Cuentos
Ferenc Herczeg

Sobre esta edición

Obra original: *Mesék* – Ferenc Herczeg , 1912.
Edición: Traducción y prefacio por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en húngaro está en dominio público en todo el mundo. El texto base en húngaro fue tomado de Proyect Gutemberg.
La portada de esta edición ha sido realizada parcialmente mediante Inteligencia Artificial.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

Los muñecos fugitivos

La hora ya se inclinaba claramente hacia la medianoche. En la oscura habitación infantil reinaba un profundo silencio; solo algunos carbones encendidos crepitaban aún en la estufa, mientras el viejo reloj de pared marcaba las doce con su voz solemne y ceremoniosa.

Tibor y Linka dormían plácidamente en sus camitas con barrotes. ¡Y no era para menos! Habían pasado toda la tarde abriéndose paso entre la nieve recién caída, jadeando mientras recorrían el patio, el jardín y también el prado que se extendía más allá, aunque su padre se los había prohibido estrictamente.

Cuando el reloj dio las doce campanadas (y además emitió un leve zumbido), comenzaron a surgir de pronto sonidos misteriosos en el silencio del dormitorio. Se oían pequeños pasos apresurados, como si ratones corrieran sobre el suelo, y voces agudas que sonaban sorprendentemente parecidas al habla humana.

—¡Ay, mi brazo! ¡Oh, mi brazo! —chilló una vocecita delgada.

Y de debajo de una cama salió arrastrándose un pequeño Paprika Jancsi de apenas medio metro de altura, el juguete que Tibor había recibido en Nochebuena. Llevaba un gorro rojo con cascabeles y unos pantalones bombachos azules. Era un Paprika Jancsi muy ingenioso: cuando se le apretaba el estómago, hacía chocar dos platillos de cobre que sostenía en las manos.

—¡Ay, mi brazo! —se lamentó el pequeño.

—¿Qué le sucede, señor Jancsi? —preguntó otra voz.

De una cesta cercana saltó un apuesto husarito que también llevaba apenas dos días al servicio de Tibor y vestía una casaca adornada con cordones dorados.

—¡Tengo un gran problema, caballero! —gimió Jancsi—. Imagínese: ayer nuestro dueño me torció el brazo y todavía tengo la mano doblada detrás de la espalda.

—Tal vez podamos arreglar eso —dijo el húsar.

Tomó el brazo de Jancsi y enderezó cuidadosamente la articulación de alambre.

—Muchas gracias —respondió Jancsi, soltando un pequeño siseo durante la operación.

—¡Vaya! —exclamó el soldadito—. ¡Pero si también tienes un agujero en el vientre!

—Mira tú, ya lo había olvidado. Ayer nuestro dueño quiso ver cómo era por dentro y me abrió con unas tijeras.

Jancsi observó su cuerpo con gesto amargo, pero al notar que un vulgar relleno de estopa asomaba por la abertura, la cubrió rápidamente con sus platillos de cobre. (Él siempre decía que estaba relleno con fino pelo de caballo).

—Hemos caído en muy malas manos —dijo tristemente el húsar—. A mí también me lavaron ayer en la nieve y me han dejado el bigote completamente estropeado.

En ese momento, un suave sollozo llegó a sus oídos. Desde un rincón de la habitación se acercaba una nueva figura.

Era la muñeca nueva de Linka, una encantadora muñeca de cabello dorado que caía sobre sus hombros y ojos azul aciano que incluso podía cerrar cuando la acostaban.

El húsar la saludó militarmente. La conocía desde hacía tiempo; ya en la tienda de juguetes habían compartido el mismo estante y de vez en cuando se encontraban durante las limpiezas.

—¿Por qué llora, señorita? —preguntó con compasión.

—Soy muy desgraciada —sollozó la muñeca—. Estaba tan feliz de abandonar por fin la tienda, donde tenía que pasar los días enteros encerrada en una caja oscura. ¡Cuánto ansiaba ver un árbol de Navidad resplandeciente y niños riendo! Pero ahora preferiría volver a mi antiguo lugar... He caído en manos de niños despiadados. Imaginen: el pequeño Tibor me mordió la nariz porque creyó que era de chocolate...

La desdichada muñeca rompió a llorar con tanta intensidad que casi se ahogaba. Sus oyentes lanzaron exclamaciones de horror. El húsar olvidó por un instante que se encontraba en compañía de una dama y dejó escapar una expresión poco elegante. Después ambos comenzaron a consolarla: el húsar asegurándole que, incluso para una muñeca, lo más importante era tener buen corazón; Jancsi, recordándole que existían artistas capaces de modelar una nariz nueva con un poco de cera.

—Si ya nos tratan así desde el primer día —dijo la muñeca—, ¿qué será de nosotros cuando se cansen de jugar con nosotros?

—Me apostaría cualquier cosa —comentó Jancsi— a que dentro de dos semanas estaremos hechos pedazos.

—Yo no temo a la muerte —dijo el húsar—, pero aun así es triste terminar destruido por culpa de un niño malcriado.

Los tres guardaron silencio. Finalmente, el húsar declaró con resolución:

—¡Amigos! No podemos tolerar esto. Propongo que huyamos. Regresemos a la tienda de juguetes, acomodémonos nuevamente en nuestras antiguas cajas y, con suerte, la próxima Navidad caeremos en mejores manos.

Jancsi aceptó de inmediato. La muñeca puso algunas objeciones, pero al final también se dejó convencer.

La puerta de la habitación estaba cerrada. Jancsi, que sabía hacer acrobacias, trepó hasta el picaporte y, colgándose de él, tiró una y otra vez hasta que la puerta se abrió con un suave crujido.

Los fugitivos escucharon con el corazón acelerado para asegurarse de que nadie se hubiera despertado. Luego salieron sigilosamente al pasillo, caminando de puntillas.

Apenas habían avanzado unos cuantos pasos cuando la muñeca, que iba al frente, lanzó un grito de terror. El camino estaba bloqueado por una de aquellas fieras nocturnas que los humanos llaman ratones. El animal, con los ojos brillantes y un chillido furioso, se lanzó hacia ellos.

El húsar llevó la mano a su espada. ¡Ay! En ese instante recordó algo que acostumbraba ocultar cuidadosamente a sus conocidos: la espada no podía desenvainarse, pues estaba moldeada de una sola pieza.

Por suerte estaba allí Paprika Jancsi. De repente hizo chocar sus dos platillos de cobre justo delante del hocico del ratón.

—¡Chin!

La bestia se sobresaltó y salió huyendo hacia su madriguera a grandes saltos.

Los viajeros continuaron su marcha, con el húsar a la cabeza. En el pasillo encontraron una aguja de tejer caída; el soldadito la recogió, pensando que serviría perfectamente como lanza.

Ahora solo temían a una criatura: Kokó, el loro.

El viejo vivía en su percha junto a la puerta del corredor. Era un ave gruñona y chismosa que había aprendido a graznar algunas groserías en lenguaje humano y, por ello, se creía el ser más sabio del mundo. No soportaba a los juguetes y, siempre que tenía ocasión, intentaba picotearlos con su curvo pico.

Los fugitivos temían que Kokó, que padecía insomnio como tantos ancianos, despertara a toda la casa con sus gritos.

—¡Ajá! ¡Ajajá! ¿Huyen? ¿Están huyendo? —gritó de pronto una voz desde la oscuridad.

No era Kokó.

Era una horrenda figurita de un pequeño africano negro que se encontraba sobre un estante en una esquina, rodeado de otras baratijas decorativas. Los fugitivos lo conocían de vista, pero nunca habían trabado amistad con él. Era una vulgar figura de yeso que no sabía hacer otra cosa que sonreír.

El negrito descendió de su estante con agilidad simiesca y comenzó a dar volteretas alrededor de los tres compañeros.

—Oye, Alí Bajá —dijo Jancsi—, ¿no pensarás delatarnos?

—¡Claro que no! —respondió el africano con una amplia sonrisa—. ¡Yo también me escaparé con ustedes!

No tuvieron más remedio que aceptarlo en el grupo.

Jancsi encontró en el suelo un viejo sobre de carta, le abrió unos agujeros y lo convirtió en una especie de túnica para que el recién llegado tuviera algo de ropa.

Como Kokó seguía durmiendo, lograron llegar sin problemas al vestíbulo.

La muñeca contempló con asombro el enorme patio.

—¡Dios mío! ¿Así de grande es el mundo?

—Mucho más grande todavía —aseguró Jancsi—. Una vez recorrí medio mundo volando cuando el pequeño Tibor me lanzó por la ventana del ático.

Entre las nubes flotaba un enorme disco dorado que bañaba el patio con una luz pálida.

—¿Qué es eso que está allá arriba? —preguntó la muñeca.

—El sol nocturno —explicó Jancsi, que disfrutaba exhibiendo sus conocimientos.

—Dios mío, tengo miedo. Preferiría regresar —dijo la muñeca.

Pero el húsar la tomó de la mano.

—No se preocupe, señorita. La protegeré hasta el último mechón de pelo de caballo que hay en mi cuerpo.

El patio estaba cubierto de nieve profunda. La muñeca avanzaba con cuidado detrás del húsar. El africano iba al final del grupo y, saltando sobre sus pies descalzos mientras temblaba de frío, no dejaba de exclamar:

—¡Ohó! ¡Ohó!

Estaba acostumbrado a climas mucho más cálidos.

Caminaron durante bastante tiempo. La pobre muñeca avanzaba con nieve hasta las rodillas y estaba agotada.

—No puedo seguir —dijo.

Y apenas habían llegado al extremo del patio.

Por suerte había una caseta cercana. Junto a su gran entrada abierta colgaba una larga cadena de hierro.

—Es la morada del perro guardián Sobri —explicó Jancsi—. Podemos refugiarnos allí; Sobri es un viejo conocido mío.

Sobri no estaba en casa. Se hallaba realizando una inspección oficial junto a la cerca del jardín.

Los viajeros se acomodaron entre la cálida paja seca y, a medida que el agradable calor recorría sus cansados cuerpos, también regresó su valor.

El africano, de excelente humor, comenzó a bailar una especie de danza tribal, agitando las piernas de forma extravagante y cantando con voz ronca. Paprika Jancsi sacó sus platillos de cobre y lo acompañó con música. La muñeca reía con una voz cristalina.

Después volvieron a pensar en el viaje.

—Su señoría difícilmente podrá seguir caminando —dijo Jancsi—. Iré a ver si encuentro un carruaje de alquiler o, al menos, un ómnibus.

De pronto, junto a la caseta apareció una gigantesca figura blanca.

—¡Dios mío! —gritó Jancsi aterrorizado—. ¡Un oso polar!

Pero no era un oso polar.

Era un conejo blanco, la mascota de Tibor. El animal también parecía asustado y, sentado sobre sus patas traseras, movía nerviosamente sus largas orejas.

Paprika Jancsi le dio las buenas noches con cortesía y le explicó el motivo de su viaje.

El conejo escuchó con atención y luego dijo tristemente:

—La verdad, señor Jancsi, no me sorprende que quiera abandonar esta casa. Yo también sufro mucho aquí. El pequeño Tibor siempre me arrastra sujetándome de las orejas...

—Entonces venga con nosotros —propuso Jancsi—. Acompáñenos a la tienda de juguetes.

—¿Hay conejos allí?

—¡Por supuesto! Hay conejos blancos y negros. Van sentados en pequeños carros con un tambor delante. Cuando uno tira del carro, ellos golpean el tambor.

—Eso suena agradable —dijo el conejo—. Y no debe de ser difícil aprenderlo. ¿Qué les dan de comer?

—¿Comer? —respondió Jancsi—. Esos conejos nunca tienen hambre porque están rellenos de paja. Usted también podría rellenarse de paja.

El conejo no comprendió del todo la idea, pero aceptó de todos modos.

Jancsi lo condujo hasta la caseta y lo presentó a sus compañeros. Cuando el conejo vio a la muñeca, abrió enormemente sus ojos de cristal. El africano le causó cierta inquietud y comenzó a mover la nariz con nerviosismo.

Entonces al húsar se le ocurrió una excelente idea.

—Si el señor Conejo tuviera la amabilidad de permitirnos montar sobre su espalda, podríamos viajar cómodamente.

El conejo era de buen corazón y no puso objeciones.

El húsar se sentó sobre su cuello, sujetando las largas orejas como si fueran riendas. Después subieron la muñeca, Jancsi y, por último, el africano, todos agarrados firmemente unos a otros por la cintura.

—¡Adelante! —gritó el húsar.

El conejo dio varios saltos enormes.

—¡Ohó! —gritó el africano al caer de cabeza en la nieve.

El conejo se disculpó y prometió avanzar más despacio. Entonces continuó moviéndose con largos pasos y el vientre casi rozando el suelo.

El viaje iba de maravilla.

Atravesaron rápidamente el jardín y, como la puerta enrejada que conducía al prado estaba abierta, pronto se encontraron en la vasta llanura cubierta de nieve.

De repente, la montura se detuvo y comenzó a olfatear el aire. Sus largas orejas se movían con nerviosismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el húsar.

—Creo que viene Sobri.

Y en efecto. El gran perro guardián apareció galopando desde detrás de la cerca, ladrando con fuerza. Había percibido que algo extraño ocurría dentro de su territorio.

El conejo perdió inmediatamente todo su valor. Olvidó sus promesas, olvidó a sus pasajeros y salió disparado a través del prado.

Toda la compañía salió despedida y cayó a la nieve casi desde los primeros saltos.

Paralizados por el miedo, permanecieron inmóviles mientras Sobri se acercaba y los olfateaba uno por uno. El perro, cuando estaba de servicio, no tenía ningún sentido del humor.

Después se lanzó tras el conejo y, describiendo un amplio arco, lo obligó a regresar al jardín.

De los demás fugitivos ya no volvió a ocuparse.

El primero en ponerse de pie fue el húsar. Luego ayudó a levantarse a la muñeca y a Jancsi.

—¿Dónde está el africano? —preguntaron.

El pobre había corrido peor suerte.

Durante la caída se había estrellado contra un mojón del camino y encontró allí una muerte trágica. Los fragmentos de yeso ennegrecían la nieve.

La muñeca se cubrió los ojos ante aquella terrible visión.

Los viajeros comprendieron que lo más sensato sería regresar a la casa.

Caminaron y caminaron. Pasó mucho tiempo; quizá una hora, quizá dos.

Pero adondequiera que miraran no veían más que nieve.

Nieve blanca.

Desesperadamente blanca.

—Parece que nos hemos perdido —dijo el húsar.

La muñeca declaró con tristeza que ya no podía seguir caminando, pero rogó a sus compañeros que salvaran sus propias vidas y la dejaran atrás.

El húsar ni siquiera quiso oír hablar de ello.

—¡Vivimos juntos, moriremos juntos!

Paprika Jancsi asintió con seriedad.

—¡Que así sea!

La muñeca tenía muchísimo frío y temblaba mientras se apoyaba en el brazo del húsar. Poco después se debilitó y cayó de rodillas. El valiente soldadito se arrodilló a su lado y protegió su cuerpo del cortante viento cargado de nieve.

Jancsi también comenzó a sentir la cabeza pesada y terminó sentándose sobre la nieve.

Así pasó mucho tiempo. La nieve ya cubría a medias a los tres amigos. De Jancsi apenas sobresalía su gorro rojo...

La muñeca dirigió una pálida sonrisa a su amigo; ya no tenía fuerzas para hablar.

El húsar contempló desesperado la interminable llanura nevada, extendida sobre la tierra como un sudario funerario.

Allá arriba, en el cielo, el viejo Invierno guiaba su rebaño de osos polares. Cuando los animales se amontonaban perezosamente, él hacía restallar entre ellos su látigo de tormenta, levantando nubes de copos blancos.

—Está nevando —decían los hombres.

Ya comenzaba a amanecer. El húsar miró a su alrededor con los párpados pesados.

¿No llegaría ninguna ayuda?

En ese momento oyó sonidos confusos a lo lejos. Unos puntos negros que saltaban sobre la blancura del campo se acercaban cada vez más.

Eran cuervos.

Toda una bandada ruidosa de cuervos que avanzaba entre graznidos y disputas en busca de alimento.

El corazón del pobre húsar se encogió de miedo. Si aquellos feroces saqueadores los descubrían, todo estaría perdido.

Un viejo cuervo, cuya cabeza comenzaba ya a quedarse calva, vio entonces el vestido bordado en oro de la muñeca.

Sus ojos de ladrón brillaron de codicia y se lanzó sobre ella con un ronco graznido de satisfacción.

Pero apenas su horrible pico tocó a la muñeca, recibió un fuerte golpe en la cabeza.

Frente a él se alzaba el húsar con la lanza levantada.

El cuervo retrocedió de un salto y luego se lanzó contra su atacante con las alas abiertas.

Sus roncos gritos atrajeron de inmediato a sus compañeros.

En un instante toda la bandada cayó sobre el valiente soldado, que protegía con su cuerpo a la muñeca moribunda.

La desigual batalla terminó pronto.

Un picotazo entumeció el brazo del héroe.

Un segundo golpe le abrió mortalmente la frente.

El húsar cayó agonizante junto a la muñeca.

Los saqueadores estaban a punto de comenzar el despojo cuando oyeron pasos que se aproximaban.

De inmediato levantaron el vuelo con lentos aleteos y desaparecieron en las alturas cubiertas de niebla.

Por el camino venía una mujer.

Era la lechera, que llevaba la leche de la mañana a la casa.

La anciana se inclinó y observó con asombro los juguetes tendidos sobre la nieve. Luego los recogió uno por uno, les quitó la nieve y los guardó en su delantal.

Un poco más adelante volvió a detenerse y levantó una pequeña estatua de yeso rota que representaba a un niño africano.

* * *

Linka y Tibor estaban sentados a la mesa, desmenuzando tranquilamente pan con mantequilla en sus tazones de leche, cuando su padre entró en la habitación con gesto severo.

—Niños, ¿dónde estuvieron ayer por la tarde mientras mamá y yo visitábamos a su tía?

Linka y Tibor intercambiaron una mirada alarmada.

—Solo estuvimos jugando un poco en el patio... —respondió Tibor, sonrojándose.

—¿No fueron al prado?

Los dos hermanos bajaron la vista. Ambos estaban a punto de echarse a llorar.

Su padre dijo con firmeza:

—Son niños desobedientes y traviesos. A pesar de mi prohibición, fueron corriendo al prado. Rompieron la figurita de yeso del negrito y además dejaron tirados sus juguetes. Durante la noche, la nieve arruinó todas esas valiosas figuras. Por eso recibirán un castigo. No tendrán ningún juguete nuevo hasta que demuestren que son dignos de ellos. ¡Y así será!

Cuando el padre salió de la habitación, Linka y Tibor rompieron a llorar amargamente.

Su madre comenzó a interrogarlos.

Los niños admitieron que habían ido al prado, pero insistieron en que no habían dejado allí sus juguetes.

Estaban completamente seguros de ello.

Y como yo no puedo creer que un niño sea capaz de mentirle en la cara a su propia madre, debo suponer que dijeron la verdad y que los juguetes realmente fueron por sí mismos al prado, tal como les he contado.

¿Qué opinan ustedes, niños?

Los tres matrimonios de Bögöly

En los viejos y buenos tiempos, cuando los gitanos todavía vivían en casas de tejas con hermosos pórticos, vivía un joven gitano de cabello ensortijado, rostro ahumado y dientes blancos llamado Bögöly.

Un día, Bögöly salió a cazar ardillas terrestres.

¿Saben, niños, cómo logran cazar ardillas terrestres los gitanos?

Van al prado llevando un cubo lleno de agua y, cuando encuentran una madriguera, la llenan hasta el borde. Cuando el agujero se inunda, la pobre ardilla sale empapada y el gitano la atrapa fácilmente.

Eso mismo hizo Bögöly.

La madriguera se llenó de agua. La ardilla salió disparada de debajo de la tierra lanzando chillidos furiosos, y el gitano le arrojó rápidamente su gorro encima para capturarla.

—¡Ya te tengo, compadre ardilla! —gritó.

—¡Suéltame, gitano, que yo no soy una ardilla! —chilló una voz aguda desde debajo del gorro.

Bögöly levantó con cuidado una esquina del sombrero y, para su asombro, vio que lo que había atrapado no era una ardilla, sino un diminuto hombrecito subterráneo de apenas un palmo de altura. Llevaba un abrigo de piel marrón, y por eso se parecía un poco al animal.

—¿Qué me darás si te dejo libre? —preguntó Bögöly.

—Te daré por esposa a mi hija Chispa y llenaré tu cubo de oro —respondió el hombrecito.

—¡Trato hecho! —exclamó Bögöly—. ¡Veamos el oro y a la señorita!

El pequeño hombre golpeó sus diminutas palmas una vez.

De inmediato, el cubo se llenó de relucientes monedas de oro.

Aplaudió por segunda vez y, entonces, una hermosísima joven salió saltando desde las profundidades de la tierra.

La muchacha llevaba un vestido de seda rojo brillante y su larga cabellera también era roja.

Bögöly tomó el cubo, tomó de la mano a la señorita Chispa y regresó a casa silbando alegremente.

Al llegar, le dijo a su esposa:

—Voy a contar mis monedas de oro. Mientras tanto, enciende el fuego y prepara el almuerzo.

—¿Enciendo un fuego pequeño o uno grande? —preguntó la joven.

—¡Uno grande! —ordenó Bögöly—. ¡Porque hoy habrá boda!

La muchacha soltó su larga cabellera roja y la agitó alrededor de su cabeza.

Al instante, de su cabello brotaron enormes llamas.

El gitano se asustó tanto que salió corriendo de la casa entre gritos.

Mientras tanto, el fuego alcanzó el techo y, en un abrir y cerrar de ojos, toda la vivienda quedó reducida a cenizas.

Más tarde Bögöly regresó y comenzó a escarbar entre las cenizas en busca de su esposa y de su tesoro.

Pero nunca volvió a encontrar rastro ni de la mujer ni del oro.

Profundamente entristecido, Bögöly construyó una nueva casa en las afueras del pueblo.

Después se echó al hombro una vieja cesta y fue al lago a pescar lochas.

Capturó algo parecido a un pez, pero apenas lo arrojó dentro de la cesta, la criatura comenzó a hablar con una voz semejante a un graznido.

—¡Suéltame, gitano, que yo no soy una locha! —dijo.

Cuando Bögöly la observó mejor, descubrió que se trataba de una pequeña mujer acuática con cola de pez.

—¿Qué me darás si te dejo libre? —preguntó.

—Te daré por esposa a mi hija Ola y llenaré tu cesta de perlas auténticas.

—Las perlas me interesan mucho —respondió Bögöly—, pero desconfío de tu hija. ¿No será demasiado ardiente? Mi primera esposa casi me asó vivo.

—En cuanto a eso, puedes estar tranquilo —respondió la mujer acuática—. Mi hija es más fría que cálida.

—¡Entonces acepto el trato! —gritó el gitano.

La criatura golpeó una vez el agua con su cola.

La cesta de Bögöly se llenó de perlas blancas del tamaño de avellanas.

Golpeó una segunda vez y, desde el lago, emergió una joven de extraordinaria belleza.

Vestía un vestido de seda verde y llevaba una larga cabellera negra.

Bögöly cargó la cesta sobre su hombro y la llevó a su casa.

Al llegar, vació las perlas sobre el suelo y le dijo a su nueva esposa:

—Voy a contar mis perlas. Mientras tanto, tráeme agua fresca.

—¿Traigo poca o mucha? —preguntó Ola.

—Mucha, porque quedé demasiado acalorado con mi primera esposa.

La joven soltó su oscuro cabello y lo agitó alrededor de su cabeza.

De inmediato brotó de él un torrente impetuoso.

El agua inundó la habitación y Bögöly saltó aterrado por la ventana.

La inundación cubrió también el patio y, si el gitano no hubiera trepado rápidamente al balancín del pozo, habría corrido una suerte todavía peor.

Desde allí observó cómo la corriente derribaba y arrastraba su nueva casa.

Cuando finalmente las aguas retrocedieron, descendió del pozo y buscó a su esposa.

Pero solo encontró barro y piedras.

La mujer y el tesoro habían desaparecido para siempre.

Por tercera vez, Bögöly construyó una casa.

Luego colgó su morral al cuello y se internó en el bosque para buscar nidos de pájaros.

En el tronco de una vieja haya podrida descubrió un hueco redondo.

—¡Ahí hay un nido de pájaro carpintero! —se regocijó el gitano. Con cuidado, metió la mano en el hueco del árbol y sintió algo vivo; pero, en cuanto lo agarró, un hablar con voz chillona le golpeó el oído.

—¡Suéltame, gitano, que yo no soy un pájaro!

Y ciertamente no era un pájaro, sino un hombrecillo emplumado, uno del tamaño de un pájaro carpintero.

—¿Qué me darás si te suelto? —preguntó Bögöly.
—Te daré a mi hija Brisa, y llenaré tu morral con diamantes del tamaño de nueces.
—Sospecho de tu hija —dijo el gitano—, ¿no será muy cálida, no será muy fría?
—En cuanto a eso, puedes estar tranquilo, mi hija no es ni fría ni cálida —lo tranquilizó el hombre emplumado.
—¡Entonces, trato hecho!

El hombrecillo emplumado dio dos aletazos; en seguida el morral de Bögöly se llenó con diamantes del tamaño de nueces, y desde el aire descendió una doncella hermosísima y sonriente. Llevaba una falda de seda azul celeste, sus ojos brillaban como piedras preciosas, y su largo cabello era rubio plateado. El gitano se alegró mucho por el trato y se llevó a Brisa a casa.

—Yo ahora contaré mis diamantes; tú, mujer, mientras tanto seca mi ropa —dijo Bögöly en casa.
—¿La seco un poco o mucho? —preguntó Brisa sonriendo.
—Hay que secarla mucho, porque mi segunda esposa la empapó bastante.

La joven esposa se soltó y ondeó su cabello rubio, y entonces de repente se levantó un vendaval tan terrible que se llevó toda la casa, como si fuera una cometa de papel. Al gitano también se lo habría llevado, si en pleno vuelo no se hubiera agarrado a una gran morera, de la cual después quedó colgando con las piernas pataleando. Desde la copa de la morera vio que sus diamantes volaban como una lluvia de chispas brillantes y desaparecían en el aire, mientras su esposa, con el cabello al viento, navegaba entre las nubes. No volvió a ver nunca más ni a aquella mujer ni a sus piedras preciosas.

El gitano Bögöly después de eso no volvió a casarse ni tampoco construyó casa alguna. Decía que no valía la pena, porque si la casa no se incendia, entonces o la arrastra la inundación, o se la llevaría el viento. Los demás gitanos también escarmentaron con la desgracia de Bögöly; ellos tampoco construyen casas normales, sino que en verano viven en tiendas de campaña, y en invierno en pequeñas casuchas.

El sótano de la casa vieja.

En una pequeña ciudad minera de las tierras altas, cerca de la frontera polaca, vivía un hombre llamado Mihálka. Mihálka era escribano en el ayuntamiento. Todo el mundo lo conocía como un funcionario diligente y de vida ordenada. Era un hombre solitario, no tenía ni esposa ni parientes, y cuando terminaba su trabajo oficial, se iba a casa, sacaba su sierra de marquetería y trabajaba. De madera fina serraba hermosos marcos de cuadros, cestitas, estuches de reloj. Su habitación ya estaba llena de ese tipo de objetos.

Ocurrió una vez que una anciana señora murió en la ciudad. La señora era la madrina de Mihálka. En los últimos años de su vida, la pobre estaba sorda y no se relacionaba con nadie; sin embargo, después de su muerte le dejó a Mihálka su casa y su dinero ahorrado. El escribano de repente se convirtió en un hombre adinerado y en el dueño de la casa.

La casa que Mihálka heredó era como la mayoría de las casas de la ciudad. Puras casitas pequeñas, de un solo piso, antiguas, están allí en la plaza, alrededor de la iglesia. Algunas se construyeron hace trescientos años, otras incluso antes. En sus ventanas hay elaboradas rejas de hierro, sus paredes son negras por la vejez, sus pasillos con arcos abovedados son tan oscuros como el vestíbulo de un sótano, y en sus patios húmedos y laberínticos nunca brilla la luz del sol.

La primera noche que Mihálka pasó en la casa, apenas pudo dormir. Aquí todo era muy solemne y sombrío. El espacioso armario de su madrina y su gran sillón parecían mirarlo casi con enfado, mientras que el reloj de pie tictaqueaba enojado, como si quisiera decir:

—¿Qué busca aquí este andrajoso escribano?

A la mañana siguiente examinó a fondo toda la casa para familiarizarse con ella. Subió también al desván y bajó al sótano con un farol en la mano. El sótano estaba lleno de barriles viejos; Mihálka los fue golpeando uno por uno, pero por cierto que en ninguno había vino.

Mientras deambulaba por el sótano, escuchó un ruido distante. Empezó a aguzar el oído y, de algún lugar detrás de los gruesos arcos abovedados, se filtró hasta sus oídos el sonido de la música y un canto ronco.

—Parece que hay fiesta en el sótano del vecino —se dijo a sí mismo el

escribano.
Un par de días después, Mihálka volvió a bajar a su sótano. Recordó haber visto un cubo abajo y quería subirlo. Entonces volvió a escuchar música allá abajo. Por la noche se encontró por casualidad con su vecino y le mencionó el asunto.
—¡En el sótano del señor vecino sí que están alegres! —dijo.
Para su gran sorpresa, el vecino respondió así:
—Debajo de mi casa no hay ningún sótano. En toda la calle solo hay un único sótano, el suyo.
Mihálka se asombró mucho por esto. Entonces, ¿dónde suenan la música y el canto? Porque siempre suenan. De noche, de día, por la mañana y por la noche, cada vez que baja al sótano, siempre oye el ruido de la fiesta lejana. Lo extraño del asunto es que los juerguistas desconocidos tocan una y otra vez la misma canción.
Esta experiencia alteró mucho al escribano. Un día visitó al anciano párroco, con quien mantenía una buena amistad, y le contó el asunto. El cura no quería creer mucho en sus palabras. Para convencerse de la verdad, se puso en camino inmediatamente con Mihálka y bajó con él al sótano. Ahora él también escuchaba la música subterránea y el canto. Por supuesto, él tampoco pudo dar una explicación al asunto.
Entre tanto, pasó un mes. El anciano párroco, cuya curiosidad también había sido excitada por el misterioso caso, visitaba a menudo a Mihálka. Cada vez que bajaban juntos al sótano, siempre escuchaban la música. La escuchaban con mayor claridad si iban hasta el final del sótano y apretaban sus oídos contra la pared. Entonces podían distinguir que, al otro lado de la pared, tocaban una flauta y un violín. Un hombre de voz gruesa cantaba incesantemente al ritmo de la música. A veces, a intervalos regulares, también intervenía una voz masculina más fina.
A la luz del farol examinaron la pared negra y descubrieron en ella el marco de piedra de una puerta antigua. La puerta estaba tapiada. Debieron tapiarla hace mucho tiempo, porque los ladrillos ya se habían ennegrecido por el tiempo y entre sus rendijas brotaba moho y hongos de sótano.
—Si derribáramos esta puerta tapiada, entonces descubriríamos la clave del misterio —dijo el párroco.
Los dos hombres decidieron atravesar la pared de ladrillos. Acordaron que no

involucrarían a ningún extraño en el asunto, sino que harían el trabajo ellos mismos. Un día bajaron al sótano, equipados con un pico y una barra de hierro. El cura, por precaución, también trajo consigo un libro sagrado y agua bendita. Cerraron la puerta del sótano sobre sí mismos, el párroco sostenía el farol, mientras que Mihálka tomó el pico en su mano.
Después de un trabajo largo y agotador, el escribano logró sacar algunos ladrillos de la pared haciendo palanca. Un agujero grande y negro se abrió en la pared y, cuando acercaron sus oídos, ahora podían escuchar mucho más claramente el ruidoso alboroto de los misteriosos juerguistas. Mihálka comenzó a profundizar el agujero con la barra de hierro. Trabajó durante un buen rato. La barra de hierro de repente atravesó la pared. Se abrió una estrecha rendija entre los ladrillos. Al mismo tiempo, el farol se apagó de repente en la mano del cura y los dos hombres quedaron en la oscuridad.
Al principio se asustaron mucho, pero luego se tomaron de las manos y, acercándose a la pared, miraron por la rendija, desde la cual una luz roja de fuego les dio en los ojos y un fuerte ruido sonó hacia ellos. Vieron algo extraño. Al otro lado de la pared había otro sótano. El sótano estaba iluminado por una antorcha encendida. Dos hombres cantando estaban sentados junto a un barril volcado cargado de copas y dos gitanos les tocaban el violín. Los hombres cantaban y bebían por turnos, y el gitano tocaba siempre la misma canción que Mihálka había escuchado tantas veces desde hacía un mes.
De los hombres que festejaban, uno era canoso y el otro parecía un hombre en la flor de la vida. Ambos eran hombres de aspecto temible. Parecían soldados, pero llevaban un uniforme que hoy en día ya no se usa en ningún ejército. Llevaban un gorro de piel con plumas de águila, su largo cabello les caía sobre los hombros y sobre su dolmán rojo se habían abrochado una piel de lobo. El mayor, cuyo largo bigote canoso le llegaba hasta las orejas, cantaba gritando y agitaba su pico. El otro sostenía una pipa humeante en la mano. Era extraño que tanto los rostros de los soldados juerguistas como los de los gitanos músicos fueran blancos como la cera, como los de un muerto.
El párroco y Mihálka vieron más tarde a un quinto hombre en el sótano. Llevaba exactamente el mismo uniforme que los otros dos, pero parecía mucho más joven que ellos. Era un joven hermoso de rostro pálido. Él no bebía, tampoco cantaba, sino que caminaba de un lado a otro entre los

barriles con enojada impaciencia. A veces se detenía ante los juerguistas y les decía:
—Vámonos ya, al amanecer tenemos que estar en Munkács.
Los otros dos entonces chocaban sus copas de vino y cantaban gritando. Y el joven pálido continuaba su paseo entre los barriles con tristeza e impaciencia.
—¿Qué clase de personas pueden ser estas? —preguntó Mihálka con voz susurrante más allá de la pared.
—No lo sé, pero veo que no son buenas personas —respondió el cura, también susurrando.
—¿Qué hacemos ahora? —preguntó además el escribano.
—Luego les hablamos…
El párroco gritó hacia el sótano:
—¡Buenos días tengan, mis estimados y queridos señores!
Ellos allá al otro lado ni le prestaron atención, sino que continuaron la fiesta.
—¡Hola, señores soldados! —gritó ahora también Mihálka, habiéndose envalentonado.

Él tampoco recibió respuesta. Gritaron hacia el agujero por turnos y luego juntos, pero los juerguistas no les prestaron atención. Al final, ambos se quedaron roncos.
—Esto no puede ser verdad —dijo el párroco.
—¿Qué hacemos ahora? —preguntó de nuevo el escribano.
—Ensancharemos la rendija lo suficiente como para que podamos pasar a través de ella —dijo el párroco.
Mihálka se asustó mucho.
—Esos son espíritus malignos —susurró—. ¿Y si nos hacen pedazos en su furia por interrumpir su impía fiesta?
—No temamos a eso —respondió el párroco—. Los saludaremos en el nombre del Señor y entonces no tendrán poder sobre nosotros.
El escribano, a regañadientes, se puso manos a la obra. Ahora el trabajo avanzaba más rápido. Después de una corta hora, el agujero era tan grande que un hombre podía pasar por él.
El párroco tomó en su mano el libro sagrado y el recipiente de agua bendita, y pasó a través de la rendija.
—¡Alabado sea Jesucristo! —dijo.

Los juerguistas no respondieron, ni siquiera lo miraron, sino que siguieron gritando, y el gitano tocaba su canción con furia. Sin embargo, el joven soldado, que durante todo el tiempo había estado deambulando entre los barriles, ahora se acercó al cura. Desde su rostro blanco como la nieve, dos ojos de mirada infinitamente triste y nublada miraron al párroco.
El cura era un anciano valiente, pero aun así se estremeció ante esa mirada.
—¡Vámonos ya, al amanecer tenemos que estar en Munkács! —dijo el joven con voz quejumbrosa y suplicante.
El cura reunió todo su valor.
—Por el Dios vivo le pregunto, mi valiente señor, dígame, ¿qué asunto tiene en Munkács?
El joven soldado lo miró fijamente y sin comprender. Su hermoso y pálido rostro se contorsionó de dolor, como si pensar le causara sufrimiento.
—El príncipe lo ordenó... El príncipe espera... —tartamudeó con tristeza.
—En el nombre de Dios le pregunto, ¿de qué clase de príncipe habla, mi valiente señor? —preguntó el cura levantando la voz.
El joven movió la boca en medio de un esfuerzo agonizante. Finalmente, a pesar de todo, habló:
—Nuestro señor, nuestro príncipe... Rákóczi...
Con eso le dio la espalda al párroco y con pasos tambaleantes continuó su inquieto deambular. El cura sacó entonces su libro sagrado y con voz alta comenzó a leer una oración adecuada para refrenar a los malos espíritus. Sin embargo, la oración no surtió efecto. Y aunque también roció agua bendita sobre los juerguistas, ellos siguieron bebiendo y aullando. Apenas se les contorsionó un poco el rostro cuando el agua bendita cayó sobre ellos.
Finalmente, el cura comprendió que no podía con los alborotados fantasmas y volvió a pasar por la rendija hacia donde estaba Mihálka. Encontró a su amigo tendido en el suelo. El escribano se había desmayado del gran susto.
Después de que el reverendo lograra a duras penas hacer volver en sí a su amigo, lo sacó al aire fresco. Allí se sentaron en el patio de la silenciosa casa y comenzaron a conversar:
—Yo ahora ya intuyo qué clase de personas son esos desdichados de ahí abajo —dijo el párroco en voz baja—. Hace doscientos años fueron soldados de Rákóczi... Cuando el príncipe ya se había cansado de la lucha que libraba contra la mala suerte, se retiró a Polonia... Entonces envió a tres de sus

soldados al castillo de Munkács con alguna orden importante... Ellos, sin embargo, como típicos juerguistas kuruc, olvidaron su deber y se entregaron a la bebida... Debieron cometer un gran pecado contra el príncipe, porque su castigo también es grande... Hace casi doscientos años que tienen que continuar su juerga incesantemente...

—¿Pero cómo llegaron al sótano? —preguntó el escribano.

—No lo sé, pero intuyo que hace doscientos años eso debió ser el sótano de alguna taberna... Me parece probable que algún líder kuruc los hiciera tapiar como castigo... En aquellos tiempos salvajes ocurrían muchas de esas cosas...

El escribano y el cura acordaron que seguirían manteniendo el asunto en secreto. No es aconsejable llevar estas cosas a la plaza pública. Ya buscarían la manera de liberar a los desdichados de la terrible maldición.

El párroco, de hecho, intentó muchas cosas. Dijo oraciones en el sótano, bendijo y esparció incienso sobre los soldados, les llevó reliquias santas milagrosas. Pero lo cierto es que ellos seguían bebiendo y gritando. Ahora que la pared había sido atravesada, en las noches silenciosas su alborotador ruido se escuchaba incluso en la casa, y el escribano ya no se atrevió a dormir más en la vivienda, sino que pasaba las noches en la casa parroquial.

Finalmente, el cura tuvo una idea afortunada. El perdón de los pecados solo podría dárselo a los soldados aquel contra quien habían pecado tan gravemente: el príncipe Rákóczi. Las cenizas del príncipe para entonces ya habían sido traídas a casa desde Turquía y puestas a descansar en la cripta de la gran iglesia de Kassa. El párroco entonces tomó un pañuelo de seda negro, lo puso sobre el altar y dijo una misa sobre él. Al día siguiente envió el pañuelo a Kassa, a un cura amigo suyo. El pañuelo descansó durante veinticuatro horas sobre el ataúd del príncipe, y después se lo devolvieron al párroco.

El viejo cura bajó al sótano con este pañuelo en la mano. Los fantasmales soldados kuruc estaban entonces bebiendo y cantando también. El párroco se acercó a ellos con valentía y ondeó el pañuelo. Entonces, de repente, el canto y la música cesaron, la antorcha se apagó y una profunda oscuridad se apoderó del sótano. En la oscuridad ciega se escuchó un suspiro agonizante, y luego se hizo un profundo silencio.

A la llamada del párroco, Mihálka se apresuró a entrar con un farol encendido en la mano. Los dos buenos amigos miraron a su alrededor con sorpresa. De

los soldados kuruc y de los gitanos no había ni rastro en ninguna parte. Los barriles también habían desaparecido. Se encontraron en un sótano ruinoso y con olor a humedad, cuyo suelo estaba cubierto de trozos de madera podrida, trapos y huesos amarillentos. También encontraron algunas hojas de espada oxidadas entre los escombros.

A partir de ese día, Mihálka pudo vivir tranquilo en su vieja casa. Nadie más volvió a perturbar su sueño.

El mono

Vivía en Budapest una viuda que tenía un pequeño hijo llamado Gyurka. Un día, la viuda le dio veinte fillérs y lo envió a la tienda a comprar queso.

Gyurka fue a la tienda. En el camino jugaba con la moneda, lanzándola al aire y atrapándola de nuevo. Pero de pronto la moneda de veinte fillérs cayó al suelo, rodó por el empedrado y desapareció por la rejilla de una alcantarilla.

El niño se asustó mucho y comenzó a llorar desconsoladamente.

Por allí pasó un policía.

—¿Por qué lloras? —le preguntó a Gyurka.

El niño le contó que su moneda de veinte fillérs había caído en la alcantarilla.

—Si no tienes un problema mayor que ese, todavía podemos solucionarlo —dijo el policía.

Entonces tomó a Gyurka de la mano y se lo llevó consigo. Caminaron juntos durante bastante tiempo por calles tortuosas y sinuosas, hasta que finalmente entraron por el portal de una vieja casa grande.

El amplio patio sombrío estaba lleno de cajas y barriles. Al fondo había una puerta de hierro.

El policía la abrió y dijo al peño:

—En este almacén está todo lo que la gente pierde. Un anciano ciego cuida estas cosas; él te devolverá tus veinte fillérs.

El policía se marchó y Gyurka entró en el almacén.

Llegó a una sala muy larga y oscura. El techo de madera estaba sostenido por vigas negras. Junto a las paredes desgastadas se amontonaban innumerables objetos perdidos: paraguas, bastones y abrigos que la gente había extraviado en alguna parte. Sombreros que el viento se había llevado. Sobre largas estanterías descansaban joyas y relojes. Cada objeto tenía una etiqueta con el nombre de su dueño.

Gyurka no encontró a un alma viviente en la primera sala y pasó a la segunda.

Allí había muchos perros y gatos perdidos, e incluso uno o dos caballos. Al fondo de la sala estaban sentados varios niños extraviados. Cada uno llevaba una etiqueta colgada al cuello con el nombre de su madre. Permanecían sentados en silencio, observando seriamente a Gyurka con sus grandes ojos.

En la tercera sala estaban reunidos todos los juguetes que los niños de Budapest habían perdido. Había una enorme cantidad de pelotas, cometas de papel, trompetas y muñecos.

Gyurka contempló con curiosidad aquellos objetos tan atractivos. Un pequeño mono de estopa, de apenas un palmo de altura, le gustó especialmente. El mono podía mover sus cuatro extremidades; tenía los ojos rojos y mostraba los dientes en una extraña mueca.

Llevaba una etiqueta al cuello donde figuraba el nombre de su dueño: Palkó Faragó.

Mientras observaba al mono de estopa, oyó una tos proveniente de un rincón.

Junto a una pequeña estufa de hierro estaba sentado un anciano de larga barba. Llevaba una visera verde sobre los ojos. Fumaba una pipa y expulsaba al aire anillos de humo azul.

El niño se acercó, se quitó educadamente la gorra y dijo que había venido a buscar sus veinte fillérs perdidos.

—Ve a la cuarta sala y encuéntralos —respondió el anciano.

En la cuarta sala guardaban el dinero perdido. Sobre largas mesas había platos de barro: en uno había billetes, en otro monedas de oro y en otro monedas de plata.

Finalmente, Gyurka encontró su moneda de veinte fillérs. Había una etiqueta en el plato con la inscripción:

«Los veinte fillérs de Gyurka».

—¿La encontraste? —preguntó el anciano.

—La encontré, tío —respondió Gyurka.

—Llévatela y ve a la tienda a comprar queso.

Gyurka agradeció la amabilidad del anciano y se dirigió hacia la salida. Cuando pasó junto al pequeño mono de estopa, se detuvo un instante.

—Sería bueno que ese mono fuera mío —pensó—. Podría llevármelo. Tal vez Palkó Faragó ya ni siquiera se acuerde de él, y el anciano no ve nada...

Miró hacia atrás. El viejo seguía fumando tranquilamente en el rincón oscuro.

Entonces Gyurka se acercó de puntillas a la estantería, escondió el pequeño mono bajo su abrigo y salió furtivamente del almacén con el corazón latiéndole con fuerza.

En casa le mintió a su madre diciéndole que había encontrado el mono en la calle.

Jugó alegremente con él hasta la hora de la cena. Después lo llevó consigo a la cama y se quedó dormido.

Al despertar a la mañana siguiente, se llevó una extraña sorpresa.

El mono, que el día anterior apenas medía un palmo, había crecido hasta alcanzar dos palmos.

Gyurka se quedó muy desconcertado. Nunca había oído que los monos de estopa crecieran.

Tuvo que ir a la escuela y, cuando regresó por la tarde para jugar nuevamente con él, retrocedió horrorizado.

Ahora el mono era tan grande como un niño pequeño.

Con mano temblorosa tomó aquel extraño juguete y lo llevó a un cuarto oscuro de almacenamiento para que su madre no lo viera.

En aquel cuarto guardaban toda clase de objetos viejos y su madre rara vez entraba allí. El niño empujó al mono detrás de un armario e incluso lo cubrió con periódicos viejos.

Ya no quería jugar más con él.

Durante la cena apenas probó bocado y, cuando lo acostaron, el sueño tardó mucho en llegar. Pensaba en cómo librarse del mono.

Decidió que lo mejor sería sacarlo en secreto de la casa al día siguiente y abandonarlo en la calle.

Al día siguiente apenas pudo esperar a que terminaran las clases.

Su madre no estaba en casa y él se encontraba solo en el apartamento.

Con el corazón acelerado se dirigió al cuarto oscuro, abrió la puerta e introdujo la cabeza con cautela.

¡Vio algo espantoso! El mono de estopa había crecido detrás del armario. Era tan grande como un hombre adulto. Su cabeza sobresalía por encima del mueble, sus dos ojos rojos miraban a Gyurka con expresión astuta y su gran boca mostraba una sonrisa maligna.

Al tercer día, Gyurka ya no se atrevía siquiera a mirar dentro de la despensa. Pero al cuarto día su madre lo envió allí.

—Ve, Gyurka, y tráeme la vieja caja blanca; la necesito.

El monstruo había vuelto a crecer enormemente. Ahora sus dos brazos peludos eran tan largos que rodeaban todo el armario. Permanecía pegado a la pared mostrando los dientes, mientras sus ojos brillaban con un resplandor rojo como el fuego.

Gyurka no se atrevía a hablar del mono. Sin embargo, estaba muy pálido y le castañeteaban los dientes de miedo. Su madre creyó que estaba enfermo y lo acostó en la cama.

Pasó una semana. El mono crecía día tras día. Al final de la semana se había hinchado tanto que llenaba toda la despensa. Con sus ojos grandes como platos y su cabeza del tamaño de un barril inclinada sobre su pecho peludo, permanecía agazapado en la penumbra, y una de sus gigantescas manos ya alcanzaba la puerta del cuarto.

Mientras tanto, Gyurka, enfermo de miedo, permanecía sentado en la habitación contigua, pensando constantemente qué sucedería si algún día su madre abría la despensa y descubría aquel terrible secreto. Pero aun así no se atrevía a decir nada.

Un día, cuando regresaba de la escuela, vio a un niño en la calle que corría detrás de un compañero mientras gritaba su nombre.

—¡Faragó Palkó, espérame! —gritaba.

¿Faragó Palkó? ¡Pero ese es el nombre del pequeño dueño del mono de estopa!, pensó Gyurka.

Corrió tras los muchachos y pronto los alcanzó.

—¿Cuál de ustedes se llama Faragó Palkó? —preguntó.

—¡Yo! —respondió un niño rubio.

—¿No perdiste un mono de estopa? —preguntó Gyurka.

Los ojos del niño rubio se iluminaron de inmediato.

—¡Sí, hace dos semanas! Era un monito muy bonito... ¿Lo encontraste acaso?

—Lo encontré, y si vienes conmigo te lo devolveré.

Gyurka llevó al niño rubio al apartamento de su madre.

—Está en ese cuarto —dijo, señalando la puerta de la despensa.

—¡Entonces sácalo! —lo animó el rubio.

Gyurka abrió la puerta con temor. Esta vez no vio al monstruo. La despensa estaba vacía.

Avanzó con cautela hacia el rincón. Detrás del armario encontró un montón de periódicos viejos. Los levantó y debajo estaba el pequeño mono de estopa. Había vuelto a medir apenas un palmo de largo.

Gyurka se lo entregó a su dueño. El niño lanzó un grito de alegría.

—¡Gracias, amigo! —dijo.

Luego estrechó la mano de Gyurka y salió corriendo con el mono de estopa bajo el brazo.

La madre de Gyurka no regresó hasta el anochecer. Cuando vio a su hijo, le acarició la mejilla y le dijo sonriendo:

—Por lo que veo, ya no te pasa nada. ¡Y yo que temía que fueras a enfermarte!

La boda del trovador

Érase una vez una princesa pobre. Quizá nunca tuvo madre, y su padre, el rey, murió cuando ella aún llevaba vestidos cortos de niña. El nuevo rey que fue coronado era un hombre iracundo y expulsó a la pequeña huérfana de su castillo, ordenándole que siguiera su camino. No le dio nada de la herencia de su padre, salvo una vieja corona de oro, porque una princesa, al fin y al cabo, no podía estar sin una corona de oro.

La princesa huérfana se retiró a las montañas azules y allí sobrevivió pidiendo limosna. Su vestido escarlata pronto se hizo jirones; andaba descalza y solo la corona de oro que llevaba en la cabeza demostraba que era una verdadera princesa. Campesinos de buen corazón le daban unas veces un pedazo de pan y otras una pequeña moneda, y con eso vivía.

Cuando ya era una joven, fue un día al bosque a recoger fresas. Mientras las recogía, oyó el galope de un caballo. Por el camino venía un trovador errante montado en un caballo blanco. Llevaba colgado al hombro su laúd, que tenía tres cuerdas de oro.

El trovador y la pobre princesa se miraron, y entonces el laúd colgado de la correa comenzó a sonar por sí solo, mientras el corazón de la princesa empezó a latir con fuerza. El joven detuvo a su caballo blanco y, sin decir palabra, le tendió la mano. Ella, también en silencio, le ofreció ambas manos. Desde entonces continuaron el camino juntos.

Cuando cayó la noche, la pobre princesa le dijo al trovador:

—Tengo frío.

El joven pulsó las cuerdas de su laúd y, ¡maravilla de maravillas!, apareció ante ellos en medio del bosque un hermoso castillo de muros de piedra y techo de cobre. Entraron por sus puertas y, a la luz de cien velas de cera, subieron una amplia escalera de mármol hasta llegar a un salón adornado con tapices de oro.

—Tengo hambre —dijo entonces la pobre princesa.

El trovador volvió a tocar su laúd y al instante apareció ante ellos una gran mesa cubierta con una alfombra púrpura, llena de platos de oro y copas de cristal. Alrededor de la mesa había mayordomos vestidos de escarlata y sirvientes africanos.

La pobre princesa se miró entonces en un espejo y, al darse cuenta de que su ropa estaba rota y sus pies descalzos, se sonrojó y dijo:

—Me avergüenzo de mí misma.

El laúd volvió a sonar y la princesa descubrió que ahora llevaba un vestido principesco bordado con oro y perlas auténticas, mientras sus pies estaban cubiertos por zapatillas de oro. Se contempló en el gran espejo de cristal y volvió a sonrojarse, pero esta vez de alegría al verse tan hermosa como un hada. Luego se sentaron a la mesa.

—Tengo sueño —dijo más tarde la pobre princesa.

El laúd sonó una vez más y apareció ante ellos un amplio lecho de seda. Tenía la forma de una gigantesca concha de oro, y sobre él se alzaba un dosel de seda bordado con piedras preciosas que representaban la luna, las estrellas y todas las maravillas de la noche.

La pobre princesa se acostó y durmió dulcemente hasta el amanecer.

Cuando despertó por la mañana, no quedaba rastro del castillo ni de todo su esplendor. Ambos estaban acostados al pie de una vieja haya, sobre el suave musgo del bosque. Sobre sus cabezas cantaba un mirlo amarillo. La princesa se frotó los ojos y vio que volvía a vestir harapos y estaba descalza.

Pasaron todo el día vagando por el bosque, pero al llegar el atardecer el trovador pulsó nuevamente las cuerdas de su laúd y otra vez vivieron en un palacio de mármol, comieron en platos de oro y durmieron en una cama de seda.

Al tercer día, la princesa le dijo a su compañero:

—Quiero un castillo que no exista solo mientras suena tu laúd, sino uno en el que pueda vivir en invierno y en verano. ¡Porque soy una princesa! Y si no haces lo que deseo, te dejaré y regresaré a las montañas azules.

Entonces el trovador fue a la ciudad. Allí se sentó en la plaza, puso su gorra en el suelo y comenzó a tocar el laúd. Los ricos se reunieron a su alrededor y, como su música les llegaba al corazón, arrojaban monedas de oro dentro de la gorra. Cuando terminó de tocar, una de las cuerdas de oro de su laúd se rompió.

El trovador recogió el dinero, compró una casa de piedra y llevó allí a la pobre princesa.

Durante algún tiempo vivieron tranquilos. Pero un día la princesa dijo:

—¿De qué sirve una hermosa casa de piedra si tengo que vestir harapos? Consígueme un vestido de seda, o te abandonaré, porque soy una verdadera princesa.

El trovador volvió a la ciudad, ganó dinero y le compró un vestido de seda adornado con perlas. Esta vez se rompió otra de las cuerdas de oro de su laúd.

Poco después la princesa volvió a decir:

—¿De qué sirven mi hermosa casa y mi vestido de seda si tengo que andar descalza? Consígueme zapatillas de oro o te dejaré.

El trovador le trajo también las zapatillas de oro, y esta vez se rompió la última cuerda de oro de su laúd.

No pasó mucho tiempo antes de que la princesa tuviera nuevos deseos. Quería un lecho de oro para su dormitorio, platos de plata para su comedor y varios sirvientes para su casa.

Entonces el trovador colocó tres cuerdas de cobre en su laúd y regresó a la ciudad. Los ricos lo recibieron con alegría y dijeron:

—¡Ahí viene el trovador de las cuerdas de oro!

Pero las cuerdas de cobre sonaban de manera tan horrible que la gente comenzó a reírse y burlarse de él. Lo llamaron impostor, y el trovador tuvo que huir avergonzado y con los bolsillos vacíos.

Cuando la pobre princesa supo que su esposo no le había traído nada, rompió a llorar, y las lágrimas corrieron por sus mejillas durante todo el día. El trovador intentó consolarla y tomó su laúd, pero ella le dijo:

—Déjalo. Tu música lastima mis oídos.

El trovador palideció, pero no respondió nada. Salió al bosque y allí, sobre una roca, hizo pedazos su laúd. Después desapareció entre la espesura y nunca más nadie volvió a verlo.

Y aquella princesa siguió viviendo en la pobreza, y sus lágrimas jamás dejaron de correr.

Ánima

I

Hace mucho tiempo, en la época de los reyes nacionales, vivía en la noble ciudad de Bártfa un vigilante de torre de larga barba llamado Noé. El padre Noé habitaba por encima de las cabezas de los hombres, en la torre de la gran iglesia de Bártfa. Sobre su estrecha vivienda estaba el campanario, lleno de campanas grandes y pequeñas.

Cuando había que llamar a los fieles al servicio religioso, Noé hacía sonar la campana mayor. Cuando alguna alma cristiana de Bártfa luchaba con la muerte, hacía sonar la campana de las almas, cuyo lamento parecía un gemido. Cuando un enemigo se acercaba furtivamente a las puertas de la ciudad o un incendio nocturno se alzaba entre las casas, tocaba la campana de alarma, que rugía con furia. En los días festivos hacía sonar todas sus campanas a la vez, y entonces aquel poderoso coro de voces de bronce hacía temblar los muros de piedra de la torre.

El barbudo Noé tenía fama de ser un hombre orgulloso y altivo. Veía de cerca las nubes que cruzaban el cielo y, por eso, rara vez sentía deseos de bajar a las polvorientas calles de la ciudad. Desde el balcón de la torre, las personas que se movían allá abajo le parecían tan pequeñas como hormigas, y por eso incluso miraba por encima del hombro al poderoso alcalde de Bártfa.

Y como estaba acostumbrado al resonar de las campanas, no disfrutaba escuchar las conversaciones inútiles de los hombres. Lo cierto era que nadie había oído la voz de Noé desde hacía años, y algunos habitantes de Bártfa afirmaban que el anciano había olvidado por completo el habla humana. Sin embargo, aunque era un viejo orgulloso y de pocas palabras, tenía un buen corazón.

Ocurrió una vez, precisamente en la noche de San Silvestre, que el padre Noé encontró a una niña abandonada al pie de la torre. Alguna persona sin alma había dejado allí a la pequeña huérfana en medio de la noche nevada. Nunca se supo de quién era hija.

Era una niña rubia, de ojos negros. Ni siquiera lloró cuando Noé la tomó en brazos; simplemente lo miró con sus grandes ojos oscuros y serios. Su

silencio conquistó el corazón del vigilante. Él tampoco dijo mucho. La llevó consigo a la torre y la crió como si fuera su propia hija.

Como no sabía cómo llamarla, la nombró Ánima, por una de sus campanas de voz plateada. Porque cada campana tiene un nombre, fundido en letras ornamentadas alrededor de su borde.

La niña pálida, silenciosa y de mirada extraña se convirtió con el tiempo en una hermosa joven. Si los habitantes de Bártfa consideraban orgulloso al padre Noé, a Ánima la habrían encontrado francamente arrogante.

De niña nunca jugó con otros niños; sus únicos compañeros eran las golondrinas de la torre y los cernícalos. Ya de joven tampoco hizo amistad con nadie, y encontraba más placer en contemplar el paso de las nubes que en las procesiones de carnaval.

No prestaba atención a la música de los domingos, pero cuando sonaba la gran campana de Bártfa, sus ojos ardían con una llama de felicidad. Para ella, el repique solemne de las campanas era la música más hermosa del mundo.

Los jóvenes de Bártfa, que la veían los domingos en la iglesia, quedaron cautivados por aquella muchacha hermosa y orgullosa. Pero ninguno conseguía entablar conversación con ella. Si alguno se atrevía a dirigirle la palabra, Ánima lo observaba en silencio de pies a cabeza y luego, con la dignidad elegante de una reina ofendida, regresaba a su torre.

Quien más se enamoró de ella fue un joven zapatero llamado Matías Kender. Aunque todavía era joven, era el orgullo del gremio de zapateros de Bártfa, y cuando el conde de Sáros encargó unas botas de cordobán en la ciudad, el maestro del gremio confió el trabajo precisamente a Matías.

Hasta que vio a Ánima por primera vez, Matías había sido un muchacho alegre y cantor. Pero desde aquel día se volvió triste y soñador. Los domingos, mientras los demás jóvenes bebían en la taberna, él permanecía de pie frente al ayuntamiento, mirando la torre de la gran iglesia hasta que le dolía el cuello.

Pensó y reflexionó tanto que finalmente, en un día festivo, tomó una gran decisión. Al mediodía se puso su dolmán adornado con botones de plata, sus

botas de amplias arrugas y, con un ramo de claveles en la mano, subió a la torre.

Iba a pedir la mano de Ánima.

—Una sola vida tengo y una sola muerte —pensó—. Si acepta ser mi esposa, moriré de felicidad. Si me rechaza, moriré de tristeza.

Con valentía desesperada comenzó a subir la empinada escalera de caracol. Pero cuando llegó arriba y se encontró frente a la muchacha bajo las enormes campanas, toda su valentía desapareció de golpe y comenzó a temblar como una hoja de álamo.

Con voz vacilante logró decir el discurso que llevaba días preparando. Explicó que pronto se convertiría en maestro zapatero, que abriría un taller con los ahorros que había reunido, que él había confeccionado las botas del conde de Sáros y que además había heredado una pequeña casa de su padre.

También balbuceó que vestiría a Ánima con botas de fino cuero rojo y un corpiño de botones de plata si aceptaba convertirse en su esposa.

La joven palideció de ira y luego soltó una carcajada orgullosa.

—Debes haber perdido la razón, zapatero —dijo—, si crees que algún día me sentaré en tu taller con olor a pegamento. ¡Ven con cuatro caballos y un lacayo en el pescante si quieres sacarme de esta torre!

El pobre Matías Kender apenas supo cómo logró descender la larga escalera de caracol y llegar a la plaza.

Cuando llegó a su alojamiento, guardó en silencio todas sus pertenencias en su morral de viajero, se echó la capa al hombro, tomó su bastón y se despidió de su maestro.

El maestro intentó convencerlo de quedarse, pero Matías respondió que se le caerían los ojos de vergüenza si tenía que seguir viendo la torre de la gran iglesia de Bártfa.

Y aquella misma noche emprendió el camino a pie hacia la Gran Llanura.

II

Al anochecer, Ánima estaba de pie en el balcón de la torre. Ya ni siquiera pensaba en el pretendiente al que había rechazado con tanta crueldad.

Observaba las nubes que navegaban con lenta majestuosidad por el cielo rojo como la sangre. Su mirada se detuvo en una nube enorme y extraña, resplandeciente con reflejos púrpuras y dorados, que avanzaba hacia la ciudad.

La nube parecía una gigantesca galera aérea que transportaba sobre su lomo un palacio principesco lleno de torres y cúpulas.

A Ánima le pareció distinguir figuras con gorros dorados en la proa de aquella nave, junto a criaturas extrañas y aterradoras.

Al poco tiempo, un pequeño fragmento de nube se separó de la gran masa y avanzó rápidamente hacia la torre, como una columna de humo flotando en el aire.

Cuando estuvo cerca, la nube se transformó en una brillante carroza. Cuatro caballos blancos con alas de cisne la arrastraban. En el pescante iba sentado un cochero, acompañado por un lacayo. El cochero tenía una cabeza peluda como la de un oso polar, mientras que sobre los hombros del lacayo se alzaba una cabeza de gallo.

—¡Es el carruaje del rey! —pensó Ánima.

Nunca había visto una carroza real, y por eso no le sorprendió que viajara por el aire.

La carroza se detuvo junto al balcón. El lacayo saltó al suelo, hizo una reverencia ante Ánima y, en silencio y con humildad, la invitó a subir.

—Quiere llevarme ante el rey —pensó la orgullosa joven—. Sin duda Su Majestad ha oído hablar de mi gran belleza y desea conocerme. Si le agrado, me tomará por esposa y seré reina.

Y sin vacilar subió a la carroza. Ni siquiera se tomó el tiempo de ponerse los zapatos o trenzarse el cabello. Partió descalza y con la cabellera suelta.

El carruaje alado la condujo hasta la nube dorada. Cuando Ánima puso el pie sobre ella, la carroza se deshizo por completo en vapor.

La joven se encontró frente a una inmensa puerta. Dos gigantes sostenían el arco sobre sus hombros; se retorcían bajo el peso, encogiéndose y estirándose, elevando con ellos toda la estructura.

Ánima dudó en entrar, pero entonces la puerta se abrió lentamente y apareció un hermoso joven.

Llevaba una corona de rayos de sol sobre la cabeza y un manto púrpura sobre los hombros. Era hermoso, pálido y triste. Caminaba extendiendo las manos como quien busca el camino a tientas, y Ánima descubrió que era ciego de ambos ojos.

Cuando él la tocó, la muchacha sintió con estremecimiento que su mano estaba fría.

—Este es el rey de las nubes —se dijo.

El rey tomó a Ánima de la mano y la condujo a su palacio.

Llegaron a un inmenso salón cubierto por una cúpula rojo-dorada. En lugar de columnas, enormes gigantes de formas ondulantes sostenían la bóveda sobre sus hombros.

El rey condujo a Ánima hasta un trono de arcoíris. Allí, mujeres de nube blanca la vistieron con una corona de luz de luna y un manto de niebla rosada.

Por toda la vasta sala del trono, los súbditos del rey estaban arrodillados.

¡Pero qué extraños súbditos eran! Señores con cabezas de ave y de elefante, prodigios aéreos sin forma definida, monstruos cambiantes que transformaban continuamente su aspecto. Todos eran mudos y ciegos, igual que su rey.

—Soy una reina —pensó Ánima con orgullosa satisfacción.

Mientras tanto, el viento del norte comenzó a soplar y todo el reino de las nubes emprendió viaje hacia la Gran Llanura.

Ánima miró hacia abajo y vio la ciudad de Bártfa, que ahora parecía del tamaño de un sombrero. También vio la torre de la gran iglesia, tan pequeña como un dedo meñique.

Entonces sonaron las campanas allá abajo.

Era el padre Noé enviando un saludo de despedida a su hija adoptiva.

A aquella enorme distancia sonaban apenas como el zumbido de insectos nocturnos.

El corazón de Ánima se encogió de dolor.

No podía alegrarse de su esplendor real. La idea de vagar para siempre hacia donde la llevaran los vientos salvajes, y la certeza de que ya no volvería a escuchar el resonar de las campanas de Bártfa, la llenaron de tristeza.

Las gigantescas estrellas que brillaban sobre su cabeza la intimidaban. Se sentía sola entre aquellos monstruos de nube mudos y ciegos, y hasta su alma temblaba cuando el rey de las nubes le tomaba la mano.

No podía amar a su esposo.

El rey de las nubes era bondadoso, pero tenía la mala costumbre de cambiar constantemente de apariencia. A veces tenía cabeza de cabra; otras veces se convertía en pez. En ocasiones le crecían alas, y de cuando en cuando se inflaba hasta parecer una enorme esfera. Ánima solo podía reconocerlo por su brillante corona.

Antes, cuando vivía en la tierra, siempre contemplaba las nubes; ahora que vivía entre las nubes, pasaba el día observando la tierra.

Y la encontraba maravillosamente hermosa.

Envidiaba a todos los que podían caminar libremente allá abajo.

Pasaron sobre aldeas, ciudades y llanuras. En los campos florecían y perfumaban miles de hierbas silvestres, mientras innumerables pájaros cantaban. A veces el sonido de la campana de una pequeña iglesia rural llegaba hasta las nubes, y entonces Ánima sentía una nostalgia tan profunda que casi rompía a llorar.

Un día, mientras volaban sobre el río Tisza, vio a un hombre caminando por la orilla.

Desde aquella altura parecía apenas un insecto, pero la reina de las nubes lo reconoció de inmediato: era Matías Kender, el zapatero de Bártfa al que había tratado con tanta crueldad.

—¡El pobre muchacho se ha convertido en un errante! —se dijo Ánima.

Al poco tiempo Matías se detuvo para descansar y se recostó sobre la hierba. Miró las nubes que pasaban sobre él, y su mirada se encontró con la de Ánima.

La idea de que un corazón humano y cálido latía por ella llenó de felicidad a la reina de las nubes.

Pero al mismo tiempo la entristeció pensar que Matías ni siquiera sospechaba lo cerca que estaban uno del otro.

Y de tristeza comenzaron a brotar sus lágrimas.

Las gotas cálidas cayeron desde las alturas y fueron a posarse sobre el rostro del joven viajero.

III

—¡Será una lluvia pasajera! —dijo Kender Mátyás mientras se secaba el rostro con un pañuelo.

Pasó mucho, mucho tiempo. Tal vez un año entero.

El zapatero recorrió medio país. Habría podido encontrar trabajo en más de un lugar, pero su gran tristeza hacía que una y otra vez volviera a tomar el bastón de caminante.

Durante sus andanzas llegó también a las montañas de los székelyes. Una tarde de verano descansaba en un valle florido. Estaba tendido sobre la hierba suave, pensando en Anima, con una brizna de pasto entre los dientes, mirando el resplandeciente cielo.

Allá arriba flotaba una nube que parecía detenida en la ladera de la montaña. La nube tenía la forma de una enorme galera; sobre ella se agrupaban extrañas criaturas monstruosas.

El zapatero observó la nube durante largo rato. De pronto su corazón dio un vuelco.

Uno de los jirones de nube tenía la forma de una cabeza femenina de cabellos al viento, y aquel rostro era el de Anima.

La mujer de nube lo miraba fijamente y con tristeza desde las alturas, como si quisiera preguntarle algo y decirle algo.

Durante sus viajes ya le había ocurrido varias veces que alguna nube errante le recordara a Anima. Pero siempre había pensado que era una ilusión de sus ojos.

Esta vez, sin embargo, la imagen era tan clara y el parecido tan evidente, que el zapatero ya no pudo quedarse en el valle.

Emprendió la subida hacia la cima de la montaña.

Era un camino largo y agotador.

Pronto cayó la noche, y tuvo que escalar la empinada ladera bajo la pálida luz de la luna.

Finalmente, cerca de la medianoche, alcanzó las nubes.

De una puerta de nube negra con bordes de plata corrió hacia él una figura femenina vestida de blanco.

Era Anima.

—¡Lo sabía, lo sabía! ¡Sabía que vendrías por mí! —gritó entre lágrimas y risas.

—¿Me has esperado? —preguntó Kender Mátyás.

—¡Te he esperado todos los días durante un año!

—¡Y yo te he buscado durante un año entero!

El zapatero tomó a la muchacha de la mano para conducirla hacia el valle.

Pero entonces un terror salvaje atravesó sus corazones, porque vieron que todo el ejército de nubes se había levantado contra ellos y los perseguía.

Mil dragones de nube reptaban por la ladera tras ellos.

Hombres de nube de cabellos flameantes estiraban sus largos brazos para atraparlos.

Gigantes espantosos, hombres con cabeza de pájaro y osos con cabeza humana corrían y rodaban detrás de ellos.

También estaba allí el Rey de las Nubes al frente de aquel ejército perseguidor.

Cabalgaba sobre un elefante; de tanta furia se había transformado en un enorme sapo.

Su corona de oro brillaba bajo la luz de la luna.

—¡Rápido, rápido! —gritó Anima.

Cuando los fugitivos habían descendido ya hasta la mitad de la montaña, la vanguardia los alcanzó sobre las alas de una tormenta rugiente.

—¡Rápido, rápido!

Con estruendos ensordecedores y cegadores relámpagos cayó sobre ellos una lluvia de rayos.

El Rey de las Nubes había hecho disparar sus cañones celestes.

Un árbol enorme se partió por la mitad con un crujido terrible y estalló en llamas junto a ellos.

Las rocas comenzaron a moverse y descendieron retumbando montaña abajo, compitiendo en velocidad con los fugitivos.

—¡Rápido, rápido!

Ya estaban cerca del pie de la montaña cuando las nubes desataron tras ellos una corriente de agua espumosa.

Anima cayó de rodillas, pero el zapatero la levantó en brazos y, avanzando entre las olas que le llegaban hasta la cintura, la llevó como si fuera una niña pequeña.

Después comenzó a azotarlos un granizo furioso.

Kender Mátyás cubrió a Anima con su capa de pastor para protegerla y siguió adelante.

Por fin llegaron al valle.

Las piernas del zapatero cedían por el cansancio, y Anima temblaba de miedo de pies a cabeza.

El trueno se apagó.

La lluvia cesó.

Sobre las montañas se levantó el sol con un resplandor triunfal.

Los fugitivos volvieron la vista hacia las alturas y ya no vieron una sola nube.

Estas descendían hacia el valle convertidas en serpenteantes corrientes de agua lodosa.

—¡Estamos salvados! —dijo Kender Mátyás.

Empapados hasta los huesos, con el cabello pegado a la frente, agotados hasta la muerte, se miraron felices.

—¿Adónde quieres que te lleve? —preguntó el zapatero.

—Llévame a casa, a Bártfa, con el padre Noé —respondió Anima.

Descansaron un poco y luego emprendieron el camino hacia el norte, en dirección a Bártfa.

Su viaje fue largo y penoso, pues tuvieron que atravesar a pie siete condados.

Quien viera durante el trayecto a aquella muchacha descalza y vestida con harapos, caminando humildemente con la cabeza inclinada junto al joven, la habría tomado antes por una hermosa mendiga que por la Reina de las Nubes.

Pero una tarde volvieron a divisar la torre de las campanas de Bártfa.

Estaban en un claro del bosque, entre altos y esbeltos pinos que parecían tocar el cielo, y a la luz del crepúsculo la ciudad de Bártfa se extendía ante ellos.

Todavía estaban lejos, pero ya podían oír las campanas del padre Noé, cuyo coro resonante daba la bienvenida a los que regresaban al hogar.

Al escuchar aquel sonido, los ojos de Anima se llenaron de dulces lágrimas.

—Anima —preguntó Kender Mátyás—, ¿sigues odiando el olor del pegamento?

—Ya no lo odio —respondió la muchacha, ruborizándose hasta las orejas.

—¿Y ahora quieres ser esposa de un maestro artesano? —insistió el zapatero.

—Sí, ahora sí quiero —respondió ella en voz baja.

Y, tomados de la mano, avanzaron con devoción en dirección al sonido de las campanas.

La trompeta de oro

Ya estaba anocheciendo, pero aún no habían encendido las lámparas de la calle. Por el crepúsculo de la desierta y estrecha calle de Nuestra Señora caminaba un hombre. Llevaba un abrigo de piel que le llegaba hasta los pies, cuyos faldones golpeaban sus pantorrillas, y sostenía un cigarro encendido entre los dientes.

Frente a la pequeña iglesia de Nuestra Señora, un muchachito se le acercó de repente ofreciéndole un periódico. Era uno de esos niños voceadores que aún andaban trabajando a deshoras. Vestía ropa ligera y era muy delgado. Su ropa campesina dejaba ver que había llegado a la gran ciudad desde algún pueblo de las tierras altas. Llevaba un gorro gastado de piel de cordero hasta las orejas y temblaba tanto de frío que parecía estar bailando sobre los adoquines.

El hombre gruñó algo con fastidio y siguió apresuradamente su camino. Al llegar a la puerta de la iglesia se quitó el gorro en señal de respeto, y entonces volvió a oír el golpeteo de los zapatos del niño junto a él.

Esta vez se detuvo y sacó dinero de su bolsillo. Durante un momento estuvo buscando entre las monedas pequeñas, pero de pronto cambió de idea y le dio una moneda de plata de un florín.

—Toma, que tú también tengas una buena Navidad.

El niño miró la moneda casi con miedo. Luego se dio la vuelta y salió corriendo sin decir palabra.

En el otro extremo de la calle de Nuestra Señora, en la esquina del gran bulevar iluminado por miles de luces, lo esperaba una anciana gorda.

—¿Te dieron algo, Jóska? —preguntó.

El niño le entregó en silencio la moneda de plata.

La anciana soltó una sonora carcajada de alegría, guardó el dinero, tomó al niño de la mano y se dirigió con él hacia los lejanos suburbios. Caminaba tan rápido que Jóska apenas podía seguirle el paso corriendo.

Frente a una taberna donde vendían aguardiente, la mujer se detuvo. Parecía estar dudando si entrar o no. Pero la duda no duró mucho.

Le dio un centavo al pequeño Jóska y le dijo:

—Esto es para ti. Puedes comprarte lo que quieras. Después espérame en el lugar de siempre, en la calle de Nuestra Señora. Dentro de media hora iré por ti y también te daré de cenar.

Lo dejó allí y entró en el establecimiento.

Jóska la observó un momento a través de la ventana cubierta de escarcha y luego emprendió lentamente el camino de regreso.

Mientras caminaba, se detenía frente a los escaparates preguntándose qué podría comprar con su centavo.

Lo que más deseaba era una trompeta.

La había querido desde que tenía memoria.

Sin embargo, las trompetas que veía en algunos escaparates no le parecían suficientemente bonitas. Jóska era un niño sensato y sabía que también mañana saldría el sol...

Cuando llegó de nuevo ante el oscuro portal de la iglesia de Nuestra Señora, pasó largo rato temblando de frío.

Cuando ya estaba muy cansado, se sentó en los escalones de la entrada.

Miraba los grandes copos de nieve que habían comenzado a caer.

Ante sus ojos soñolientos los copos parecían cada vez más grandes; algunos ya eran tan enormes como cometas de papel.

De pronto se dio cuenta de que no estaba solo.

En el escalón más alto estaba sentada una mujer mendiga con un niño pequeño en brazos.

Cuando Jóska volvió la vista hacia ella, la mendiga extendió la mano suplicante.

Y Jóska tomó su centavito, que ya estaba tibio por haberlo apretado tanto en la mano, y lo depositó en la palma de la mujer.

Luego se levantó y quiso echar a correr, porque le daba vergüenza su propia generosidad.

Pero la mendiga lo llamó por su nombre:

—¡Jóska!

Su voz sonó tan dulce y suave como un arpa.

Entonces el muchacho la reconoció.

Era la propia Virgen María.

Y el niño que llevaba en brazos era el pequeño Jesús.

La Virgen sonrió al voceador de periódicos, y el Niño Jesús también le sonrió.

—Jóska, ven conmigo —dijo la Virgen.

Las dos hojas de la puerta de la iglesia se abrieron ante ellos.

Dentro ardían mil velas.

Entre las filas de bancos formaban una guardia de honor hermosos jóvenes ángeles vestidos de blanco y de semblante solemne.

Cuando la Virgen, llevando al Niño Jesús en brazos y guiando a Jóska de la mano, pasó entre ellos, todos se inclinaron tan profundamente como los monaguillos ante el Santísimo.

El pequeño avanzaba junto a la Madre de Dios con una humildad feliz.

Sin embargo, tenía muchísimo frío.

Dentro de la iglesia hacía un frío helador, y la mano de la santa mujer era tan fría como un carámbano.

Llegaron al altar.

En el marco dorado donde normalmente brillaba la imagen de la Virgen, había ahora una puerta reforzada con bandas de plata.

Aquella puerta también se abrió ante ellos y, al atravesarla, salieron nuevamente al aire libre.

La Virgen no le decía nada a Jóska; simplemente lo conducía consigo y de vez en cuando le sonreía dulcemente.

El muchacho, por supuesto, no se atrevía a hablar.

No veía ninguna casa.

Caminaban por un sendero cubierto de nieve, bordeado a ambos lados por largas colinas.

El paisaje era exactamente igual al de la tierra donde había nacido Jóska.

Sobre las blancas colinas brillaba con claridad la luna llena.

De vez en cuando se cruzaban con alguna familia de lobos, y los animales inclinaban humildemente la cabeza y las orejas al paso de los viajeros.

Delante de ellos volaban búhos sobre alas silenciosas, tan apresurados como si quisieran anunciar a alguien la llegada de la Virgen.

Finalmente divisaron una luz rojiza sobre una colina.

Era un árbol de Navidad que brillaba solitario en medio de aquella llanura nevada.

Cien velas ardían en él, y sus ramas se doblaban bajo el peso de innumerables tesoros de colores.

Más allá brillaban otros árboles de Navidad.

Luego más.

Y más todavía.

Subieron hasta la colina y allí se detuvieron un instante.

—Este es el bosque de los árboles de Navidad —dijo suavemente la Virgen.

Ante ellos, hasta donde alcanzaba la vista, se extendía una inmensa selva formada enteramente por árboles de Navidad resplandecientes.

En los bordes crecían árboles pequeños; más adentro se alzaban gigantescos colosos.

La luz de millones de pequeñas velas encendidas teñía de rojo incluso el cielo.

Desde la base hasta la copa, los árboles relucían con adornos de oro y plata.

Enormes estrellas de diamante colgaban de las ramas y multiplicaban mil veces aquel resplandor ya de por sí deslumbrante.

Había tantos dulces de colores que parecía que las nubes hubieran estado dejando caer pasteles y golosinas en lugar de nieve durante días enteros.

Y había tantos juguetes hermosos, tan variados y maravillosos, que el corazón de Jóska casi dejó de latir.

Su camino atravesaba aquel bosque navideño.

Jóska tenía mucho frío y estaba tan cansado que apenas podía levantar los pies.

Se aferraba con fuerza a la mano helada de la Virgen y, cerrando a ratos sus ojos deslumbrados, se dejaba guiar.

Escuchaba constantemente el suave crepitar de las velas encendidas y percibía el dulce aroma de las ramas de pino chamuscadas.

Después de mucho tiempo llegaron a un claro circular en medio del bosque luminoso.

En el centro del claro se alzaba un pequeño árbol de Navidad solitario.

Solo tenía un regalo colgado de sus ramas:

una trompeta de oro.

—Esta es para ti —dijo la Virgen—. Ningún niño tiene una trompeta como esta. Pide un deseo y luego tócala. Cualquier cosa que desees se cumplirá.

Jóska extendió sus dedos entumecidos hacia la trompeta.

La trompeta también estaba helada.

Se quedó pensando.

¿Qué podría desear, si ya tenía una trompeta?

Entonces recordó qué era lo que realmente necesitaba.

—Quisiera no volver a tener frío nunca más. Y no volver a pasar hambre. Y que mi tía no me golpee cuando le lleve poco dinero.

—Toca la trompeta y todo será como deseas —dijo sonriendo la Virgen.

Jóska sopló la trompeta de oro...

¡Tarará, tarará!

Sonó tan hermosa que era una delicia escucharla.

Entonces la Virgen se inclinó y rozó con sus labios la frente de Jóska.

El bosque ardiente resplandeció con más fuerza, y una dulce calidez comenzó a recorrer todo el cuerpo del niño.

Una felicidad embriagadora llenó su corazón.

Y en aquel momento sintió que ya nunca volvería a sufrir ninguna desgracia.

* * *

El sacristán de la iglesia de Nuestra Señora, después de abrir las puertas del templo para la misa de medianoche, corrió hasta la esquina del gran bulevar y allí se dirigió a un policía diciéndole:

—Señor agente, hay un niño acostado en el umbral de la iglesia. Creo que se congeló. Es un niño vendedor de periódicos. Lo conozco porque siempre rondaba por los alrededores del templo.

—¿Murió? —preguntó el policía.

—Sí. Tiene un centavo apretado en la mano.

El policía no dijo nada más. Entró en el café de la esquina para llamar por teléfono a los servicios de emergencia.

Gyöngyöm

Este cuento que ahora voy a contarles no lo inventé yo, sino que también lo escuché de otra persona cuando era un niño pequeño.

Ya no sé si quien me lo contó hace muchos años lo había leído en un libro o si quizás también lo había escuchado de su propia madre.

Durante muchísimo tiempo guardé el cuento de la señorita Gyöngyöm en el cajón de mis recuerdos, como una antigua joya familiar. Ocurrió que durante años ni siquiera pensé en él; incluso olvidé que lo tenía. Pero después, por causa de algún niño curioso, siempre terminaba buscándolo otra vez.

Entonces lo limpiaba, lo hacía brillar, volvía a dorarlo, y si le faltaba alguna piedra preciosa, intentaba reemplazarla con alguna de las mías. Hoy, cuando finalmente se los entrego, ya ni siquiera sé cuánto hay en él de la verdad original del cuento y cuánto es añadido mío.

I

En los Cárpatos hay un gran bosque, tan grande que nadie ha visto jamás su borde más lejano.

En la fresca penumbra de aquella inmensidad habita un espíritu poderoso y misterioso. Nadie conoce su nombre, nadie ha visto su rostro. Solo se sabe que es una mujer. Y más que saberlo, se intuye que aquella gran señora invisible está llena de una bondad noble y triste, y que posee fuerzas misteriosas y fatales en las que no conviene ni pensar.

Nunca se muestra ante los hombres, pero está en todas partes dentro del bosque. Cada flor y cada baya son un ojo con el que ella ve; cada hoja es un oído con el que escucha. La gente habla de ella en voz baja y la llama la Madre del Bosque.

En un claro del gran bosque había un castillo de mármol. Allí vivía una princesa llamada Gyöngyöm.

No sé por qué le dieron aquel nombre tan extraño. Quizás porque no amaba nada tanto como las perlas auténticas. O quizás porque ella misma era tan blanca, brillante, suave y fría como una perla.

Su padre, el viejo rey, solo amaba dos cosas en el mundo: a su hija blanca, Gyöngyöm, y el vino tokaji de color dorado.

El vino siempre lo entristecía, porque al beberlo recordaba su propia juventud valerosa, cuando aún combatía en tierras extranjeras. Pero cuando miraba a su hija, el ánimo volvía a él de inmediato y se reconciliaba incluso con su vejez.

El rey consentía mucho a su hija.

Si Gyöngyöm lloraba, el anciano iba hasta su tesoro y le traía un puñado de perlas. Si la muchacha reía, también derramaba perlas sobre su regazo.

Con aquellas perlas la princesa se hizo fabricar una cota de malla ajustada al cuerpo y una corona blanca.

Por lo demás, también amaba el color blanco. Toda su ropa era blanca como la nieve.

En el jardín del castillo cultivaba únicamente flores blancas.

Cuando quería salir a pasear en carruaje, enganchaban delante de él dos ciervos de pelaje blanco y ojos rojos.

Y dondequiera que fuera, una gran bandada de palomas blancas revoloteaba siempre detrás de ella.

Gyöngyöm se amaba mucho a sí misma.

Podía permanecer horas enteras frente a su gran espejo de plata, contemplando con sonriente admiración su propio reflejo. A veces besaba su imagen y le decía:

—Te amo, blanca Gyöngyöm, porque eres la más hermosa del mundo.

Cuando caminaba por los campos y los jóvenes sembradíos se inclinaban bajo el viento de primavera, saludaba con condescendencia a las espigas y decía:

—Buenos días, queridos míos.

Cuando por la noche llegaba desde el bosque el dulce canto de un ruiseñor, sonreía desde su cama:

—¡Ese pobre pájaro va a morir de tanto suspirar por mí!

También creía que las estrellas estaban tristes porque tenían que vivir lejos de Gyöngyöm.

Así pensaba la princesa.

Cuando alguna estrella caía desde el cielo oscuro, ella se encogía de hombros.

—¡Qué tonta eres! —decía—. Aunque yo no te ame, no debías desesperarte tanto.

Llegó el momento en que Gyöngyöm debía casarse.

Pretendientes no le faltaban.

Los príncipes de los reinos vecinos acudían a verla. Unos llegaban montados en caballos adornados con penachos; otros, en carruajes dorados. Todos llevaban coronas en la cabeza y todos iban acompañados por séquitos de nobles vestidos de terciopelo y húsares con armaduras de plata.

Pero también llegaron pretendientes desde países lejanos, atraídos por la fama de la belleza de Gyöngyöm y consumidos por un gran amor.

Entre ellos había un rey hindú que cabalgaba un elefante blanco adornado con correas de oro.

Un príncipe moro montaba un camello de cuello esbelto.

También llegó un gran señor chino, transportado en una litera adornada con campanillas de plata.

Desde el norte vino un pretendiente en un trineo tirado por renos, mientras que desde el sur llegó otro en un carruaje arrastrado por cebras rayadas.

Incluso se presentó el rey de los hombres salvajes del bosque; llevaba una corona de plumas en la cabeza, un aro de oro en la oreja y una maza en la mano.

Gyöngyöm recibía a sus pretendientes en el salón blanco.

Entre dos gigantescas columnas de ópalo que se retorcían como serpientes se alzaba su trono.

La princesa observaba a cada pretendiente con una sonrisa, y poco después los despedía.

—Me gustarías, príncipe, si no fueras tan gordo... A ti podría amarte mucho, emperador, si no fueras tan delgado... Siempre soñé con un hombre como tú, solo que te imaginaba una cabeza más alto... ¡Qué lástima, rey mío, que seas tan larguirucho!

A todos les encontraba algún defecto.

Los príncipes que habían entrado por la puerta principal del palacio tan orgullosos como nubes de tormenta, salían por la puerta trasera pálidos y humildes, como pequeñas nubes de oveja.

II.

Frente al jardín del castillo, fuera de la reja dorada, estaba un joven en el camino. Su rostro era blanco como la pared y sus ojos brillaban como brasas encendidas.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó un día Gyöngyöm.

—Un hombre enamorado —le dijeron.

—¿Desde cuándo está ahí?

—Desde hace un año, o quizá más.

—¿Y qué hace?

—Mira la puerta dorada. Cuando tú sales al jardín, princesa, sus ojos comienzan a arder.

—¡Ese hombre me aburre! —dijo Gyöngyöm.

Pero esta vez no decía la verdad.

Una vez estaba divirtiéndose en el jardín y arrojó deliberadamente su pelota por encima de la reja. El hombre pálido la vio, pero no se movió.

—¡Devuélveme mi pelota! —gritó Gyöngyöm.

Luego volvió a hablar.

—¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Bajna.

—¿Qué rey es tu padre?

—No tengo padre.

—¡Qué lástima! —dijo Gyöngyöm.

Pero enseguida corrigió sus palabras.

—Aunque en realidad me da igual. Encuentro que los príncipes suelen ser más aburridos que la gente común. ¿Qué quieres aquí, Bajna?

—Verte.

—¿Verdad que me amas mucho?

El joven no respondió; puso un rostro como si estuviera a punto de morir.

—¿Verdad que sufres mucho? —preguntó la princesa con una sonrisa.

—No cambiaría mi sufrimiento por la felicidad de nadie —respondió el joven.

Gyöngyöm tuvo una idea.

—Bajna, ahora extenderé mi blanca mano a través de la reja. Si quieres, puedes besarla.

El rostro del joven se puso rojo de repente y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Bajna —dijo la princesa—, ahora sacaré mi cabeza por la reja. Si quieres, puedes besar mi mejilla.

Gyöngyöm podía oír claramente cómo latía el corazón del joven. Latía tan fuerte como si fuera a romperse por una felicidad demasiado grande.

Entonces la princesa apoyó su cabeza sobre el pecho de Bajna y dijo en voz baja:

—Bajna, quiero ser tu esposa.

Gyöngyöm tomó entonces al joven de la mano y lo condujo al bosque. Allí se detuvo bajo los árboles milenarios y le dijo:

—Aquí habita la protectora de mi familia real, la Madre del Bosque. Ella oye todas nuestras palabras y nunca olvida lo que ha oído. Debes saber, Bajna, que yo no amo a nadie. Tampoco te amaré a ti jamás. Sin embargo, seré tu esposa, porque quiero que me amen más que a cualquier otra mujer. Y tú sabes amar con más ardor y fidelidad que todos los reyes del mundo juntos. Yo seré tu señora y tú me obedecerás. Seré tu divinidad y tú me adorarás. Mi mirada será tu vida, mi sonrisa tu felicidad y mi capricho tu ley. ¿Será así, Bajna?

—¡Lo juro, así será! —dijo el joven.

—Has jurado, y la Madre del Bosque ha oído tu juramento —dijo Gyöngyöm —. Si algún día lo rompes, ella te castigará. No sé qué hará contigo, pero creo que te despedazará...

Un estruendo profundo resonó a través del bosque, como si una tormenta agitara los árboles. Sin embargo, el follaje permaneció inmóvil. Gyöngyöm se sobresaltó y echó a correr. Bajna no la alcanzó hasta llegar frente al palacio. Allí la princesa volvió a tomarlo de la mano y lo llevó al interior, directamente ante el rey.

—Padre mío —dijo—, encontré a este joven en el camino. Se llama Bajna y quiero casarme con él.

Al viejo rey le habría gustado que Bajna tuviera mejores botas, pero como no quería entristecer a Gyöngyöm, se limitó a decir:

—Parece un hombre muy respetable.

Una semana después se celebró la boda.

III.

Ya llevaban dos años de casados y Bajna no había olvidado ni un instante su terrible juramento. Ahora amaba a Gyöngyöm aún más que antes, y gracias a ese amor ardiente y constante la mujer había florecido y se había vuelto tan hermosa que los hombres apenas se atrevían a mirarla a la cara, temiendo quedar ciegos.

Al difundirse la fama de su deslumbrante belleza, fueron reapareciendo uno a uno sus antiguos pretendientes. Los príncipes vecinos, el hindú y el moro, el rey del norte y el del sur, el chino y el salvaje acudieron de visita.

Los pretendientes rechazados no parecían guardar rencor. Rodeaban a Gyöngyöm con admiración, le ofrecían regalos extraños y costosos, organizaban fiestas y torneos caballerescos en su honor y, al son de la música, alababan su belleza divina.

A Gyöngyöm le gustaba mucho que en el palacio sonaran constantemente las flautas y los violines, y que cada noche diez mil lámparas de colores se encendieran bajo sus ventanas.

Un día los reyes invitados salieron de cacería al bosque. Gyöngyöm también iba con ellos. Montaba un caballo de piel rayada como tigre y adornado con penachos púrpura (últimamente ya no apreciaba tanto el color blanco) y era tan hermosa como el sol naciente.

En el fervor de la cacería se separó de los reyes y de pronto se encontró al borde del bosque, exactamente en el mismo lugar donde dos años antes había tomado el juramento de Bajna.

Para su gran sorpresa, allí encontró a su esposo. Bajna estaba de pie junto a un arbusto observando un nido donde un pajarillo alimentaba a sus crías.

—El pájaro tiene tres hijos —dijo Bajna—, y yo desearía tener también un hijo.

Gyöngyöm se enfureció.

—La vida de una madre es puro sufrimiento y preocupación —dijo—. El llanto enrojece sus ojos, las noches en vela marchitan su rostro y las penas envejecen su corazón. Pero yo quiero seguir siendo joven, hermosa y alegre; por eso no quiero tener hijos. Y mi voluntad es tu ley. Recuerda el juramento que oyó la Madre del Bosque.

Dicho esto, clavó las espuelas en su caballo y, con su corona de perlas sobre la cabeza y su larga cola ondeando detrás de ella, galopó entre los gigantescos troncos de los árboles.

Gyöngyöm buscó a los reyes cazadores en el bosque. Siguiendo el llamado de los cuernos de plata, cabalgó cada vez más lejos, hasta que de pronto el bosque quedó en silencio y ya no supo dónde estaba.

Por aquella parte el bosque era tan espeso que la luz del sol no podía atravesar la bóveda de hojas. Por todas partes crecían helechos gigantes, tan grandes como árboles centenarios. En el oscuro corazón del bosque cantaba un pájaro con una voz dulce, profunda y desgarradoramente triste.

De repente el caballo de Gyöngyöm se detuvo y comenzó a temblar por todo el cuerpo. La princesa miró a su alrededor con la respiración contenida y el corazón palpitando de miedo. No vio ni oyó nada fuera de lo común, pero aun así sabía que Alguien se acercaba desde las profundidades del bosque. Alguien tan poderoso y misterioso como el propio destino. Ahora estaba frente a ella; incluso sentía el cálido aliento de aquella presencia invisible.

Sabía que era la Madre del Bosque.

Gyöngyöm entonces, presa de un gran miedo, cayó del caballo y se desplomó sobre el suave musgo del bosque. De manera maravillosa no perdió la conciencia; su cuerpo inmóvil, blanco como el mármol, yacía junto al corcel, pero su alma viviente revoloteaba sobre él bajo la forma de un pequeño pájaro lloroso, viendo y oyéndolo todo. Sentía que le había sucedido algo terrible, aunque no lograba comprender qué.

De pronto el bosque se llenó de ruido. Los reyes que estaban cazando llegaron galopando y encontraron el cuerpo inerte de Gyöngyöm. Intentaron despertarla y cuidarla, pero todo fue en vano. También llegó su esposo, Bajna. Apartó a todos de su lado, la tomó en brazos, trató de despertarla con besos, bañó su rostro con lágrimas y luego, sombrío como un león que transporta su presa, la llevó de regreso al palacio.

Durante todo el camino un pequeño pájaro obstinado revoloteó alrededor de su cabeza.

—¡Bajna, soy yo, estoy aquí! ¡Ayúdame! —gritaba sin cesar el pajarillo.

Pero nadie comprendía su desesperado gorjeo.

Prepararon para Gyöngyöm un lecho de seda blanca en el gran salón del palacio y la acostaron allí.

—¡Ha muerto la princesa margarita! —decía la gente.

Y todas las flores blancas que había en el reino fueron cortadas y esparcidas delante de su lecho.

Sin embargo, Bajna no creía en la muerte de Gyöngyöm. Su corazón no latía, su pecho no respiraba y sus manos estaban frías, pero una pequeña lágrima brillaba en sus pestañas, y los verdaderos muertos no lloran.

Por la ventana abierta del salón entró volando un pequeño pájaro. Era Gyöngyöm. Vio su propio cuerpo sobre el catafalco; vio a su esposo arrodillado junto a la mujer blanca, besando unas veces sus manos y otras sus húmedos ojos. Pero con su cabecita de ave no podía comprender la relación entre las cosas; sólo sentía que había ocurrido una gran desgracia.

Volaba alrededor del lecho emitiendo tristes gorjeos, hasta que un criado, agitando un pañuelo, expulsó por la ventana abierta al insistente pajarillo.

Mientras tanto, en el patio del palacio reinaba una gran agitación. Los reyes invitados se apresuraban a abandonar aquella casa entristecida. Unos montaron a caballo, otros subieron a sus carruajes. El elefante del rey hindú y el camello del príncipe moro corrían por el camino polvoriento. También el rey de los hombres salvajes se marchó y no volvió la vista atrás.

El pequeño pájaro voló hacia el jardín. Sobre el lago una gran bandada de golondrinas jugaba persiguiéndose. Cuando vieron a Gyöngyöm comenzaron todas a piar, y Gyöngyöm comprendió sus palabras.

—¡Ven aquí, hermanita! ¡Hay tantos insectos que no se pueden contar!

Gyöngyöm voló muy cerca de la superficie del lago y entonces vio reflejada su imagen en el agua. En efecto, ella era una golondrina de pecho amarillo, igual que las demás.

Ya comenzaba a anochecer. Las aves abandonaron la caza y regresaron a los nidos pegados bajo los aleros del palacio. Gyöngyöm voló con ellas y entonces alguien la llamó por su nombre desde uno de los nidos.

—¡Gyöngyöm! ¡Gyöngyöm!

Un hombre-golondrina asomó la cabeza por la redonda entrada del nido, y sus ojos brillaban de enojo.

—¡Vaya esposa golondrina que eres! —gorjeó—. ¿Pasarte todo el día fuera de tu nido? ¡Vuelve a casa inmediatamente!

Gyöngyöm sintió que debía obedecer y se introdujo en silencio en el nido.

—¡Toma, empolla tus huevecillos! —refunfuñó el macho.

Una extraña y dulce punzada atravesó el pequeño corazón de ave de Gyöngyöm cuando vio los tres tibios huevos que debía cubrir con sus alas.

Durante una semana no abandonó el nido. Día y noche vigiló sus huevos. Mientras tanto, su esposo, el diligente hombre-golondrina, le llevaba alimento.

Muchas veces la golondrina deseó saber qué había sucedido con la silenciosa mujer blanca que yacía en el salón del palacio, pero para averiguarlo tendría que abandonar sus huevos, y no tenía valor para hacerlo. Aquellos tres frágiles huevecillos eran ahora más preciosos para ella que cualquier otra cosa en el mundo.

Una semana después sintió bajo sus alas un leve movimiento y unos pequeños chillidos. Tres diminutos polluelos habían roto el cascarón. Entonces una alegría tan dulce, dolorosa y embriagadora inundó el corazón de Gyöngyöm que sus gorjeos jubilosos despertaron y reunieron a todas las golondrinas vecinas.

Gyöngyöm estaba convencida de que aquellas avecillas desnudas, que abrían durante todo el día sus picos amarillos pidiendo comida, eran las criaturas más encantadoras y adorables del mundo.

Desde entonces los padres-golondrina cazaban desde el amanecer hasta el anochecer sobre el lago y en los límites del bosque para conseguir alimento para sus crías.

Un día una gran desgracia cayó sobre Gyöngyöm. Su esposo salió volando por la mañana y no regresó al nido en todo el día. Los vecinos que volvían de cazar mariposas difundieron con excitados gorjeos la noticia de que habían

encontrado algunas plumas ensangrentadas de sus alas en la gran pradera. Algún enemigo malvado debía de haberlo matado. Quién fue, jamás se supo.

Así pues, Gyöngyöm quedó viuda.

Ahora tenía que cuidar sola de sus tres hijos. Y no era una tarea fácil. Los pequeños tenían un apetito terrible y la madre golondrina debía buscar alimento sin descanso, con las alas entumecidas por el cansancio.

Una oscura noche ocurrió algo espantoso.

Gyöngyöm despertó al sentir que las paredes del nido se desgarraban, como si un terremoto lo sacudiera. A través de una grieta la observaba un par de ojos terribles que brillaban con una luz amarilla. ¡Era el búho nocturno!

Con el corazón lleno de mortal terror, Gyöngyöm se lanzó contra el asesino para defender a sus hijos. Pero ya era demasiado tarde. El enemigo había atrapado a uno de los polluelos y se alejaba con él sobre sus silenciosas alas.

Gyöngyöm sintió que no podría sobrevivir a semejante desgracia. No podía llorar —los ojos de las aves no tienen lágrimas—, pero sobre su corazón de madre caían ardientes y sangrientas lágrimas invisibles.

Mientras reparaba su nido destrozado, volvió a pasar frente a la ventana abierta del gran salón. La mujer pálida seguía acostada en su lecho de flores. Bajna permanecía sentado a su lado, observando atentamente sus ojos cerrados, de los cuales brotaban lágrimas sin cesar.

—¿Qué te ocurre, hermosa y silenciosa Gyöngyöm? —preguntó Bajna—. ¿Qué triste sueño atormenta tu pobre corazón para que derrames tantas lágrimas?

Por un instante la golondrina olvidó que era un ave y quiso acudir junto a Bajna para consolarlo. Pero entonces oyó bajo el alero las voces hambrientas de sus dos hijos restantes, y batiendo apresuradamente las alas regresó a sus obligaciones.

V.

Los dos polluelos habían crecido y emplumado tanto que ya era posible comenzar las lecciones de vuelo. Pero entonces volvió a ocurrir una terrible desgracia. Uno de los hijos calculó mal el arco con el que quería descender sobre un arbusto y, tomando demasiado impulso, cayó sobre el césped. Un gran gato gris, que estaba agazapado al pie del arbusto sin que nadie lo notara, se lanzó de repente sobre él y despedazó al desdichado. Gyöngyöm tuvo que contemplar la muerte de su hijo. En el inmenso dolor de su corazón materno atacó temerariamente al gato, revoloteando a su alrededor y lanzando gritos desesperados. Pero ya no pudo salvar la vida de su hijo.

Aquel día volvieron a correr abundantes lágrimas por los ojos de la mujer muda que yacía en la sala blanca.

Ahora Gyöngyöm tenía un solo hijo. Lo quería tanto y lo protegía con tanto celo que no lo dejaba solo ni un instante. Sin embargo, las pruebas aún no habían terminado.

Una tarde un muchacho travieso lanzó una piedra contra las golondrinas que se reunían junto al lago. La piedra destrozó un ala del hijo de Gyöngyöm. El joven golondrino permaneció oculto durante algunos días entre los arbustos de la orilla, mientras su ala sanaba. Logró volver a volar hasta el nido familiar, pero ya no podía cazar ni soportar trayectos largos, porque una de sus alas había quedado paralizada.

Gyöngyöm cuidó fielmente de su hijo inválido, que pasaba la mayor parte del tiempo en el nido.

Se acercaba el día de Santa María Menor y entre las golondrinas comenzó una agitada preparación. Durante todo el día se reunían, recibían mensajeros de las colonias vecinas y deliberaban acerca del gran viaje.

Los vecinos rodearon a Gyöngyöm.

—Tu pobre hijo no puede venir con nosotros... Apenas puede volar hasta el extremo del jardín, ¡mucho menos cruzar el gran mar!

Gyöngyöm no respondió.

—Pero tú sí vendrás con nosotros —la animaron.

—Oh, no. Yo me quedaré con mi hijo.

Diez golondrinas empezaron a hablar al mismo tiempo, intentando imponerse unas a otras.

—¿Te has vuelto loca? ¡Morirás! En invierno aquí no hay insectos ni mariposas... El lago se congela, el jardín se cubre de nieve... Morirás de hambre si el frío no te mata antes... No puedes salvar a tu hijo, ¿por qué morir junto a él?

—Yo me quedaré con mi hijo —repitió Gyöngyöm con tristeza, pero con firmeza.

Al día siguiente la bandada emprendió el viaje. Durante varios días enormes ejércitos de golondrinas avanzaron hacia el sur. Después partieron también los pueblos emparentados: las golondrinas de roca, las de ribera y las de chimenea.

Una melancólica quietud descendió sobre el jardín y el lago.

Sólo Gyöngyöm seguía revoloteando bajo los aleros del palacio, buscando alimento para su hijo inválido. La gente la observaba con asombro desde el patio y decía:

—¡Miren, una golondrina rezagada!

Los días se hicieron cada vez más cortos. Por las noches un viento helado del norte silbaba alrededor de los tejados. Apenas quedaban insectos en el jardín, cuyas hojas ya caían, y Gyöngyöm se debilitó tanto que apenas podía mover las alas.

Por las mañanas el jardín amanecía cubierto de escarcha.

Luego descendieron de las montañas aves extrañas, de plumajes desconocidos, y se adueñaron de los alrededores del palacio. Lo devoraban todo, pasaban el día peleándose ruidosamente y rondaban el nido de Gyöngyöm con mirada hostil.

También en la orilla del lago comenzaba a brillar el hielo.

Un día Gyöngyöm voló desde el amanecer hasta el anochecer por todo el jardín, pero no encontró ni una sola mariquita para su hijo. Ya había oscurecido cuando regresó exhausta. Su hijo, enfermo y temblando de frío, erizaba las plumas.

Gyöngyöm se acurrucó junto a él para darle calor. Le habló con dulces palabras de consuelo, aunque su propio corazón estaba a punto de romperse de amargura.

De repente se dio cuenta de que su hijo ya no respondía a su voz.

Su cuerpo estaba frío y rígido.

Gyöngyöm lo cubrió suavemente con sus alas y, resignada, esperó también la llegada de su propia muerte.

VI.

La princesa Margarita llevaba medio año tendida en su lecho de seda como una muerta viviente. No se movía, no respiraba; sus miembros blancos estaban tan fríos como el mármol. Sin embargo, de vez en cuando lágrimas se deslizaban bajo sus párpados cerrados, como si dolorosos sueños atormentaran su alma.

Bajna no la abandonaba ni por una hora. Le sostenía la mano y, cuando la muerta viviente lloraba, le besaba los ojos y le dirigía tiernas palabras en voz baja.

Y una noche ocurrió el gran milagro en el que ya nadie confiaba, excepto Bajna.

Gyöngyöm despertó de su sueño mortal.

Sucedió el mismo día en que apareció la primera fina capa de hielo sobre el lago.

Al caer la tarde, la muerta viviente comenzó a temblar de pies a cabeza, como si sintiera frío. Bajna la cubrió con mantas de seda y la estrechó entre sus brazos para calentarla con el calor de su propio cuerpo.

Más tarde, los cansados ojos de Bajna se cerraron y se quedó dormido junto a ella.

Entonces Gyöngyöm despertó.

Abrió los ojos y vio a su esposo.

Para no perturbar su sueño no le habló; simplemente rodeó con ternura su cuello con los brazos.

Poco después Bajna también despertó.

No se dijeron nada.

Sólo se contemplaron mutuamente, sonriendo entre lágrimas.

La princesa Margarita recuperó la salud.

La gente opinaba que, durante su larga enfermedad, había perdido gran parte de su antigua belleza deslumbrante. Su mirada se había vuelto algo melancólica, como si hubiera llorado mucho, y alrededor de su boca había aparecido una expresión de sufrimiento.

Pero Bajna encontraba que su esposa era ahora más hermosa que nunca.

Entonces a Gyöngyöm se le ocurrió una extraña idea.

Condujo a su esposo fuera del palacio, señaló un nido de golondrinas bajo el alero y dijo que deseaba saber qué había dentro.

Trajeron una escalera y un sirviente subió hasta el nido.

Allí encontró dos golondrinas muertas por el frío.

Gyöngyöm tomó en sus manos los pequeños cuerpos sin vida y los llevó al jardín de invierno.

Su esposo cavó allí una tumba para ellas, bajo las violetas.

Durante largo tiempo Gyöngyöm permaneció contemplando aquella pequeña sepultura.

—¿En qué piensas? —preguntó Bajna.

Ella no lo miró a los ojos. Sólo dijo en voz baja:

—Me gustaría que el buen Dios me regalara tres hijos.

El deber

Era la noche de Nochevieja.

A las diez de la noche acostaron a Andorka. Cuando ya estaba en la cama, su madre se acercó silenciosamente, le besó los ojos y la frente.

Sus padres iban a casa de los abuelos, como todos los años, y Andorka dormiría profundamente.

En cuanto se supo solo en la casa oscura y silenciosa, con su acostumbrado orden casi de adulto alisó la almohada con las manos, se cubrió el cuello con el cálido edredón y, de repente, cayó al profundo y oscuro pozo del sueño.

De pronto despertó sobresaltado. Estaba tan despierto como si nunca hubiera dormido. En su corazón martillaba una pregunta llena de angustia:

—¿Qué pasa con el pequeño Pepkó?

Pepkó era su canario. Se lo había regalado su abuelo en Navidad.

—Tú mismo le darás de comer, tú mismo le darás de beber —le había dicho el abuelo—. El placer es tuyo; que el deber también lo sea.

Aquella palabra extraña y seca: deber, pronunciada con tanta solemnidad por los mayores, llenó de orgullo a Andorka.

Durante los primeros días, Pepkó vivía como un rey. Nunca le faltaba nada bueno para comer. Su pequeño dueño pasaba horas sentado frente a la jaula, escuchando su canto fresco y cristalino.

Alguna emoción misteriosa y feliz hacía vibrar al diminuto animal cada vez que entonaba sus melodías. Era evidente que se embriagaba con el sonido de su propia voz. Sus trinos le recordaban a Andorka el brillante sol de primavera, la lluvia de flores cayendo de los árboles esbeltos y las nubes doradas navegando por un cielo azul de acero.

Durante los primeros días, Pepkó vivía como un rey.

Pero luego... sí, luego el lago se congeló y empezó a caer la nieve. Los niños salían en trineo y construían fortalezas de nieve.

¿Cuándo había recibido Pepkó su última semilla de cáñamo?

¡Ayer!

No... ayer había pensado en dársela, pero no lo hizo porque se fueron a patinar...

Hoy también había querido alimentarlo, pero surgió otra cosa...

Por la noche volvió a acordarse de él, pero...

El niño permanecía acostado, mirando la oscuridad con los ojos abiertos.

Deber... deber...

Repitió varias veces aquella palabra para sí mismo. Mientras tanto, sentía un extraño sabor a moho en la boca.

¿Debía levantarse? ¿Alimentarlo ahora?

El pájaro estaba en el pasillo, donde el piso era de piedra helada.

Además, los pájaros ni siquiera comen de noche.

Permanecía inmóvil bajo la cálida cobija, sintiéndose impotente y avergonzado.

Y trataba de consolarse con astucia:

"Soy solo un niño pequeño... un niño tonto. Ni siquiera sé qué significa el deber. Tal vez sea una cuerda hecha con fibras de cáñamo."

Sintió como si hubiera logrado sacar la cabeza de aquella cuerda, y con una sonrisa astuta en el rostro volvió a quedarse dormido.

Entonces sonó el reloj.

Su voz metálica vibró largamente en la penumbra.

Andorka se incorporó de golpe en la cama.

"Ahora sí va a pasar algo... Algo terrible..."

La cuerda seguía alrededor de su cuello, apretándolo cada vez más.

Y, en efecto, ocurrió algo.

Un largo canto de pájaro, claro como perlas, atravesó la oscuridad.

Era un trino tan indescriptiblemente dulce y triste que el corazón del niño se encogió.

El canario cantaba en plena noche.

Pepkó llamaba a su dueño.

Después volvió a caer sobre la casa un pesado y negro silencio.

El niño sacó un pie de debajo de la cobija.

Luego el otro.

Se levantó casi sin pensar y salió de puntitas del dormitorio.

Atravesó la sala.

Sintió bajo las plantas desnudas de los pies el hielo de las losas del pasillo.

Se detuvo y volvió la mirada hacia el rincón.

Allí debía estar...

Allí...

Solo había oscuridad.

Poco a poco, las frías piedras comenzaron a calentarse.

Después, a arder.

Desde algún lugar muy lejano empezó a oírse un leve murmullo.

Aquel sonido le recordaba el correr de un arroyo, el susurro del bosque y el rumor del viento.

Y conforme sus oídos se llenaban de armonías, también sus ojos comenzaron a ver en la oscuridad.

La jaula brillaba con una tenue luz verdosa, semejante a la de las luciérnagas.

Pepkó yacía boca arriba, con el pico abierto, los ojos vidriosos.

Estaba muerto.

Fuera de la jaula se movían unas extrañas figuras hechas de niebla.

Eran seres diminutos, con rostros humanos muy pálidos y ojos tristes.

Rodeaban la jaula y flotaban lentamente, ondulando como las algas bajo el agua.

Entre el murmullo comenzó a escucharse un susurro.

—Era una hermosa maravilla de la creación.

—Una flor multicolor que sabía volar y cantar.

—Su voz era fresca como el agua cristalina de un arroyo.

—Dulce y ardiente como el sol de primavera.

—Ligera como una libélula dorada.

—Con la riqueza de su pequeño corazón compartía con todos.

La luz verde se apagó y con ella cesó el murmullo.

Pero volvió a encenderse, y entonces se oyó de nuevo:

—Ha muerto, y con él murieron mil canciones.

—Lo mataron, y con él asesinaron mil canciones.

—El mundo se ha quedado más pobre por mil melodías.

—¿Qué merece el asesino de las canciones?

—¡Que nunca, nunca vuelva a escuchar el canto de un pájaro!

Entonces la oscuridad cubrió definitivamente el pasillo.

Afuera ladró un perro.

Sonó una llave en la cerradura.

Cuando los padres regresaron, se llenaron de espanto al encontrar al niño en el frío pasillo.

Estaba de pie, sollozando, en un rincón, vestido únicamente con su camisón y descalzo.

No reconocía a nadie.

No respondía a nadie.

Solo repetía una y otra vez, balbuceando:

—¡Deber!... ¡Deber!...

Su madre permaneció sentada junto a su cama hasta el amanecer, calentándole el cuerpo con sus besos.

Cayó gravemente enfermo, aunque lograron salvarle la vida.

Pero jamás volvió a escuchar el canto de un pájaro, porque quedó sordo para siempre.

La calle de la Viruela

Había una vez una joven reina viuda que tenía un pequeño príncipe de siete años. La reina era una mujer de belleza maravillosa, y el principito se parecía a ella como un capullo a una rosa. Sus súbditos los amaban y jamás tuvieron enemigo alguno. Cuando en primavera la hermosa reina recorría de la mano de su hijo los jardines del palacio, todos los brotes reverdecían al mismo tiempo, todos los pájaros comenzaban a cantar y hasta las estatuas de piedra sonreían.

Cerca de la Navidad sucedió que el pequeño príncipe enfermó de viruela negra. La hermosa reina lloraba y velaba junto a su cama día y noche. Tan grande era la tristeza y el miedo en el palacio, que incluso olvidaron encenderle un árbol de Navidad.

Al caer la tarde, el niño recobró de pronto el conocimiento y, con voz débil, le dijo a su madre:

—¿Ya está encendido el árbol de Navidad?

La hermosa reina rompió a llorar.

—¡Ay, qué mala madre soy, que olvidé la Navidad de mi hijo! —sollozó—. Pero pide lo que quieras, y aunque tuviera que pagarlo con la sangre de mi corazón, lo tendrás.

—Quisiera un soldadito de madera —dijo el niño enfermo—. Que lleve un uniforme rojo y monte un caballo blanco.

—¡Te daré cien, hijo mío! ¡Cien soldados con uniforme rojo y caballos blancos!

—Pero yo quiero un soldado que sepa decir: "¡Hop, hop!" —respondió el principito—. Una vez vi uno así, pero ya no recuerdo dónde ni cuándo.

Todos los ministros, nobles y guardias del palacio, por orden de la reina, subieron a carruajes o montaron a caballo y salieron por toda la capital en busca de un soldadito de madera que hablara. Encontraron soldados para llenar un carro entero, pero ninguno sabía decir "¡Hop, hop!".

Y el pequeño príncipe seguía suspirando por aquel soldado parlante.

Entonces la hermosa reina también rompió en un amargo llanto. Tal vez aquella fuera la última Navidad de su pequeño hijo, ¿y ni siquiera podía darle esa alegría? ¿De qué servía entonces toda su gloria de reina?

Ya había anochecido. Aunque mil servidores buscaban por todas partes al soldado parlante, no lograban encontrarlo.

En medio de su dolor, la hermosa reina tomó una decisión. Cambió su bata de seda por ropa humilde, cubrió su cabellera dorada con un sencillo pañuelo, besó a su hijo enfermo y salió sola hacia la gran ciudad.

—¡Yo encontraré al soldado parlante! —dijo—. ¡El corazón de una madre me llevará hasta él!

Vestida humildemente, nadie la reconoció. Miles de personas llenaban las calles frente a los escaparates iluminados y las jugueterías rebosaban de compradores. La hermosa reina recorrió uno por uno los comercios de la avenida principal, preguntando en todos si tenían algún soldado que supiera decir "¡Hop, hop!". Pero ninguno lo tenía.

El tiempo pasó. Las tiendas fueron cerrando una tras otra, apagaron las luces y las calles comenzaron a quedarse desiertas. Solo la hermosa reina seguía caminando de un lado a otro y, donde veía una puerta abierta, entraba buscando al soldado parlante.

Al final de la avenida principal había un edificio con un pasaje; también allí había jugueterías. Tal vez allí vendieran el soldado.

La reina atravesó el patio, pero también allí solo le ofrecieron soldados mudos.

Cuando salió por la puerta trasera, el portón se cerró tras ella con un fuerte estruendo. El mercado también había terminado allí.

Se encontró en una calle angosta y oscura, entre altos edificios negros. No había una sola persona y todas las ventanas estaban apagadas. Solo una lámpara parpadeaba frente a ella y, a su triste luz, pudo leer el nombre de la calle:

Calle de la Viruela.

Al leerlo, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Apresuró el paso para escapar de aquella calle de nombre tan terrible. Pensó que en la siguiente esquina volvería a la avenida principal.

Pero la Calle de la Viruela no tenía esquina.

Las casas negras y silenciosas estaban tan apretadas unas contra otras como si hubieran jurado no dejar salir jamás a la reina.

Mientras tanto comenzó a nevar copiosamente. La reina siguió caminando, una y otra vez, por aquella calle oscura. Allí no había una sola tienda y ahora el corazón le dolía aún más, porque comprendía que no podría llevar a su hijo enfermo el regalo prometido.

Después de mucho tiempo vio una luz rojiza brillando débilmente en la noche ciega.

Era el escaparate de una pequeña tienda.

"Tienda para niños enfermos", leyó la hermosa reina.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

Quizá allí encontraría al soldado.

Entró en la tienda.

La campanilla de la puerta lanzó un agudo chirrido, pero nadie acudió a atenderla.

Solo una pequeña lámpara de petróleo iluminaba tenuemente el local. Era una tienda estrecha, baja y muy larga, como un pasillo.

La reina golpeó suavemente el mostrador.

Nadie apareció.

Entonces dijo con timidez:

—Disculpe... hay una clienta.

Nadie respondió.

Al final comenzó a avanzar hacia el fondo oscuro de la tienda para buscar al dueño. Caminó entre las sombras, tanteando entre barriles, cajas y montones de mercancías. Siguió avanzando.

En un momento volvió la vista atrás.

Estaba tan lejos de la entrada que la lámpara de petróleo apenas parecía la luz de una luciérnaga.

Entonces vio una delgada franja de luz sobre el piso.

Salía por la rendija de una puerta.

La hermosa reina encontró el picaporte en la oscuridad y llamó.

Nadie respondió.

Con temor abrió la puerta.

Entró en una oficina muy pequeña, también abarrotada de cajas y paquetes.

La iluminaba una lámpara con pantalla verde.

Frente a un escritorio cubierto de objetos y papeles estaba sentado un anciano que hacía cuentas en un libro.

Era un viejo de rostro amarillento, delgado y encorvado.

Fumaba una pipa de la que salían espesas nubes de humo.

—Disculpe —dijo la reina—. Busco un regalo de Navidad para mi hijo enfermo.

El anciano levantó lentamente la mirada cansada y dijo en voz baja:

—Busca el soldadito de madera que habla, ¿verdad?

—¡Sí, sí! —exclamó la reina llena de alegría—. ¿Lo tiene? ¡Por favor, déselo!

—Sería bueno, ¿no? —murmuró el anciano—. Pero cuesta muy caro.

—¡Le daré todo lo que tengo! ¡Hasta mi corona de oro!

El viejo comerciante negó con la cabeza.

—No puede pagarse con oro.

—¡Entonces le daré hasta la sangre de mi corazón! —dijo la reina entre lágrimas.

El anciano la miró fijamente durante un largo momento.

—Si es así —dijo con gravedad—, quizá pueda obtener el soldado. Venga conmigo.

Descolgó de un clavo un gran manojo de llaves oxidadas y, tosiendo mientras caminaba con paso inseguro, echó a andar.

Junto a la estufa había una pequeña puerta de hierro negra.

La abrió.

Una bocanada de aire frío y húmedo golpeó el rostro de la hermosa reina.

Bajaron por unos escalones de madera carcomidos y llegaron al sótano.

Era un sótano enorme, iluminado apenas por una lámpara de hierro colgada de la bóveda.

Las paredes eran negras y el suelo estaba húmedo.

—¿Adónde vamos? —preguntó la reina con temor.

Pero el anciano se llevó un dedo huesudo a los labios, indicándole que guardara silencio.

En un rincón del sótano había un gran portón abovedado, cerrado con gruesos barrotes de hierro cubiertos de óxido.

Parecía la jaula de una bestia salvaje.

El anciano condujo a la reina hasta allí.

Ella miró al interior y retrocedió horrorizada.

En la penumbra del húmedo recinto yacía una monstruosa bestia.

Un enorme búfalo negro, de largo pelaje como carbón.

Sus dos fuertes cuernos se curvaban hacia adelante y sus ojos ardían con un brillo sanguinario.

Cuando vio a la reina, se levantó de un salto.

Azotó el suelo con la cola y lanzó un bramido tan poderoso que hizo temblar la bóveda del sótano como si fuera un trueno.

Pero entonces la reina vio algo más que hizo que su corazón se detuviera por un instante.

A los pies de la bestia había un pequeño ataúd.

—Dentro del ataúd está el soldado parlante —susurró el viejo comerciante—. Si ama de verdad a su hijo, entre y tráigalo.

La madre se retorció las manos con desesperación.

—¿Cómo voy a enfrentarme yo, una mujer débil, a ese monstruo negro?

El anciano se encogió de hombros.

—A veces hasta los más débiles logran vencerlo. Otras veces derriba al más fuerte. A quienes lo buscan, con frecuencia les huye. Pero a quienes huyen de él, los persigue.

—¿Y si me aplasta, mi hijo no obtendrá el soldado? —preguntó la reina.

El anciano negó con la cabeza.

—No. Si la aplasta, la atravesará con sus cuernos. Usted no morirá, pero su corazón sangrará y le dolerá hasta el último día de su vida.

La reina pensó en su hijo enfermo y, de pronto, un valor extraordinario descendió sobre ella.

—Iré por el soldado —dijo.

El anciano introdujo la enorme llave en el candado.

Allá abajo la bestia bramó con furia y golpeó el suelo mientras inclinaba la cabeza para embestir...

Pero cuando la mujer temblorosa avanzó hacia ella con las manos juntas, el búfalo se desplomó sobre sí mismo y enseguida se transformó en una espesa nube de humo negro que salió rápidamente entre los barrotes hacia el sótano.

Solo quedaron en el suelo sus dos malvados ojos, convertidos en dos brasas encendidas.

Pero también las brasas se apagaron poco después.

La reina cayó de rodillas ante el pequeño ataúd y, con manos temblorosas, levantó la tapa.

¡Allí estaba el soldado!

Montaba un caballo blanco con ruedas y vestía un uniforme rojo.

La hermosa reina, llena de alegría, cubrió de besos al pequeño guerrero de madera.

Entonces este habló con voz firme:

—¡Hop, hop!

—¡Ahora sí creo que mi hijo sanará cuando vea al soldado! —dijo la hermosa reina.

—El soldado, sin duda, lo curará —respondió gravemente el anciano—. Pero si quiere conocer el futuro de su hijo, mire dentro de este espejo.

El fondo del ataúd estaba revestido de un espejo.

La reina miró... y lanzó un grito de horror.

Vio a su hijo jugando con el soldadito en el jardín del palacio.

Estaba sano y fuerte...

Pero qué rostro tenía el pobre principito.

Estaba cubierto de terribles cicatrices de viruela, y la enfermedad le había dejado ciego un ojo.

Era imposible mirarlo sin sentir compasión y espanto.

—¿No existe ningún remedio para eso? —preguntó desesperada la hermosa reina.

—Sí. Lo venden en la Farmacia de la Viruela. Siga por el callejón y camine siempre de frente; llegará hasta allí. Pero antes le daré un consejo. Cuando hable con el boticario, sonría y no muestre miedo. El boticario de la Viruela no vende medicinas a las personas tristes ni cobardes.

Cóndor, el vagabundo

Hace muchísimos años viajaba por la Tierra Sícula. Siempre que podía recorría los caminos a pie, porque por aquellas tierras había hermosas montañas y grandes bosques.

Una vez, mientras caminaba por el bosque, vi a un hombre que descansaba solo al pie de un viejo haya. Parecía uno de esos vagabundos que recorren los caminos. Al menos su ropa estaba llena de remiendos y harapos; por la punta de sus botas asomaban los dedos de los pies, y su gorra tenía tantos agujeros como un colador.

Cuando me acerqué, el vagabundo se levantó y me habló.

—Disculpe usted —dijo—. ¿No habrá visto por el camino mi carruaje? Lo tiran cuatro caballos grises, y en el pescante va sentado un húsar con galones de plata.

La idea de que aquel harapiento tuviera un carruaje y un húsar me pareció tan extraña que no pude evitar reírme. Pero mi risa no lo desconcertó; con toda seriedad continuó:

—No se imagina usted, distinguido señor, ¡qué poco confiables son los sirvientes de hoy! Bajé del carruaje solo un momento para dar un paseo por mi bosque —¡porque este bosque es mío!— y ese cochero, digno de que lo aten, ya perdió el camino. Ahora de verdad no sé cómo regresar a mi castillo. Y debo volver cuanto antes, porque espero invitados: vienen a visitarme unos cuantos príncipes y una docena de condes del condado.

El vagabundo ni siquiera esperó a que me repusiera de mi asombro. Con una sonrisa amable preguntó:

—Distinguido señor, ¿podría cambiarme un billete de mil coronas? Tengo la mala costumbre de no llevar nunca dinero de menor valor.

—No puedo ayudarlo —respondí.

—Entonces, ¿podría prestarme treinta *fillér* para subir a alguna carreta de campesinos? Mañana mi mayordomo le devolverá el dinero. Y, si me lo

permite, le enviaré también un pequeño recuerdo... quizá un reloj de oro o un anillo de diamantes.

Aquello ya colmó mi paciencia.

—Escuche, buen hombre, ¿por qué dice mentiras tan descaradas? —le grité.

El vagabundo me miró sorprendido.

—Vaya... ¿También usted cree que soy un mentiroso? —preguntó.

—Sí, lo creo.

El hombre harapiento se entristeció profundamente.

—Es la maldición de la tía Csipercs —dijo con voz apagada—. La tía Csipercs profetizó que nadie volvería a creerme, y su profecía se cumplió.

—¿Quién es la tía Csipercs? —pregunté.

—Es una historia muy larga, señor, y yo tengo prisa. Los príncipes y los condes llevan rato esperándome en mi palacio.

—Que esperen un poco más. Cuénteme la historia de la tía Csipercs y entonces le daré los treinta *fillér.*

El vagabundo negó con la cabeza.

—Son recuerdos muy dolorosos, distinguido señor, y por menos de una corona no puedo contarlos.

Como me gustan las historias extrañas, le prometí la corona, y él me contó la historia de la tía Csipercs.

Y yo se las contaré a ustedes, niños, tal como la escuché de sus labios.

* * * * *

—Mi nombre es Cóndor —comenzó su relato el vagabundo—. Soy oficial pintor de oficio. Debo confesar que nunca me gustó mi profesión, porque tengo un olfato muy delicado y no soporto el olor de la pintura al óleo. Tampoco me esforcé jamás por trabajar; prefería recorrer los caminos del país y vivir de lo que la gente de buen corazón quisiera darme. Por eso, los que

me envidian suelen llamarme un vagabundo holgazán, pero yo los castigo con mi más absoluto desprecio.

El verano pasado tuve una aventura muy extraña precisamente en este mismo lugar. Me cayó la noche en el bosque y dormí aquí, bajo este viejo haya. Cerca de la medianoche me despertó el fuerte sonido de una gaita. Miré a mi alrededor bajo la luz de la luna, pero no vi a ningún músico; la música sonaba como si fuera la copa del gran haya la que estuviera tocando la gaita.

Poco después vi a una anciana de aspecto valaco que giraba bailando por el claro del bosque y cantaba con una voz semejante al grito del pavo real salvaje en las montañas. La viejecita aparentaba tener más de cien años; estaba tan encorvada como una hoz y su rostro era tan arrugado como la corteza de un roble.

Aquello me pareció tan ridículo que solté una carcajada.

Pero al instante se me quitaron las ganas de reír, porque la bruja dio una vuelta sobre sí misma y se plantó frente a mí. En lengua valaca me dijo:

—Ven, hijito, ¡baila conmigo!

Sus ojos ardían con un resplandor verde, y me asusté tanto que no me atreví a llevarle la contraria. Sus dos manos se aferraron a mí como ganchos de hierro y comenzó a arrastrarme de un lado a otro como un caballo desbocado. A veces me levantaba por los aires y saltábamos por encima de arbustos tan altos como una persona. Me faltaba el aliento, las piernas ya no me sostenían, pero la espantosa anciana no se detenía.

La diversión terminó únicamente cuando el horizonte comenzó a clarear. Entonces me dijo:

—Gracias, hijito, por haber hecho bailar tan bien a esta pobre vieja. De una buena acción debe esperarse otra buena acción. Yo soy la tía Csipercs, y voy a regalarte un poder mágico. No importa qué tan grande o qué tan increíble sea la mentira que les cuentes a las personas: todas te la creerán. Si sabes mentir con inteligencia, todavía podrás llegar muy lejos en este mundo. Pero cuídate de decir la verdad. Porque si alguna vez, aunque sea por equivocación, dices una sola verdad, caerás bajo una maldición y nunca jamás volverá nadie a creer en ti.

Eso dijo la tía Csipercs.

Después se cubrió el rostro con su *catrinţa* y desapareció ante mis ojos igual que la neblina al amanecer.

Cuando Kondor, el vagabundo, llegó hasta ese punto de su relato, hizo una larga pausa y luego me dijo:

—Señor, por una corona ya he hablado bastante. Si quiere oír más, tendrá que aumentar mi paga con otra corona.

—Eso no lo haré —respondí—. Me atengo al trato original. Si no continúa con la historia, no recibirá nada. Sin embargo, como su relato no deja de ser interesante, le ofrezco un cigarro como recompensa adicional.

Kondor no contestó, pero aceptó el cigarro. Después de encenderlo, continuó su historia. Me pareció notar que ahora hablaba de mala gana y con pocas palabras; probablemente quería castigarme por haberle negado la segunda corona.

—A la mañana siguiente —prosiguió el vagabundo— comprendí que la tía Csipercs realmente me había hecho un regalo extraordinario. Entré en una taberna junto al camino, donde comí y bebí cuanto quise. Cuando llegó el momento de pagar, puse delante del tabernero un pedazo de corteza de pan y le dije:

—Cámbieme este billete de cien.

El tabernero creyó que la corteza de pan era dinero y me devolvió el cambio correspondiente.

Desde entonces viví como un rey. Cuando necesitaba dinero, ya ni siquiera tenía que buscar una corteza de pan: aceptaban una piedra o una hoja seca por el valor que yo les dijera.

Si hubiera tenido más juicio, me habría ido a Kolozsvár a hacerme pasar por conde. Pero la sangre székely me empujó a probar suerte en Valaquia. Crucé la frontera y, para que me recibieran con todos los honores, empecé a decir por todas partes que era el hijo del zar de Rusia.

La gente creyó mi mentira y, en la ciudad de Bucarest, el propio rey me recibió y me llevó en su carruaje al palacio.

En el palacio real vivía de maravilla. Me lavaba con vino y me secaba con salchichas. Cuando no tenía otra cosa que hacer, pasaba el tiempo en compañía de la hermosa princesa Flóra, hija del rey.

Debo decir que la princesa Flóra me habría enamorado aunque no hubiera sido una princesa, sino una simple pastora de gansos. Era tan encantadora, tan delicada y sonrosada, tan dulce y alegre...

No llevaba ni dos semanas disfrutando de Bucarest cuando una gran tristeza cayó sobre el rey de Valaquia. Había ocurrido que los turcos habían invadido el país.

—No se preocupe, Majestad —lo tranquilicé—. Yo me encargaré de esos infieles.

El rey me creyó de inmediato y recuperó el ánimo.

Al día siguiente salí al encuentro del enemigo. Fui completamente solo, a pie, llevando únicamente mi buen garrote.

Encontré al ejército turco formado en orden de batalla. Cuando estuve lo bastante cerca, subí a la cima de una colina, hice un embudo con las manos alrededor de la boca y les grité:

—¡Corran, infieles! ¡Porque a cualquiera que encuentre aquí dentro de cinco minutos le arrancaré una tira de cuero de la espalda!

Los turcos creyeron mis palabras y huyeron despavoridos.

Los jinetes galopaban inclinados sobre las crines de sus caballos; los artilleros abandonaron todos sus cañones; los soldados de infantería tiraban los fusiles mientras corrían como liebres.

Naturalmente, en Bucarest hubo una alegría inmensa.

Esa misma noche pedí la mano de la hermosa Flóra y el buen rey, llorando de emoción, nos dio su bendición.

Una semana después se celebró la boda.

Fui a la iglesia en una carroza de oro tirada por seis caballos. Llevaba una corona sobre la cabeza y un manto de escarlata sobre los hombros. El pueblo lanzaba sus sombreros al aire entre vítores. Doce obispos de largas barbas me recibieron a la entrada del templo.

Pero entonces ocurrió la desgracia.

El pope que iba a casarnos me preguntó si amaba a Flóra.

—¡La amo! —respondí en voz alta.

Y ahí estuvo el problema.

Porque era verdad. Amaba profundamente a mi prometida.

Había dicho la verdad.

Y en ese mismo instante se cumplió la maldición de la tía Csipercs: nadie volvió a creerme jamás.

La primera que se volvió contra mí fue la propia Flóra.

—¡No me ama! ¡Está mintiendo! —gritó, arrancando su mano de la mía entre lágrimas.

Entonces habló un hombre de la tierra székely que observaba la ceremonia desde el fondo de la iglesia.

—¡Pero si ese no es el hijo del zar de Rusia! ¡Es Kondor, el pintor! —gritó.

La cara del rey se puso roja como un pimiento.

Enseguida me agarró del cuello.

—¿Tú pretendes casarte con mi hija? ¡Si todavía hueles a pintura al óleo!

Lo que ocurrió después ni siquiera vale la pena contarlo.

Me quitaron la corona y el manto, me despojaron de todo como si desplumaran un pollo, me echaron del palacio y me expulsaron del reino.

Fue un verdadero milagro que lograra salvar la vida.

—Ahora ya conoce mi triste historia —dijo Kondor con un profundo suspiro —. La maldición sigue pesando sobre mí. Nadie cree que alguna vez fui el

prometido de la hija del rey de Valaquia. Y apostaría a que usted tampoco me cree.

Pero todo sucedió exactamente como se lo he contado.

Le entregué a Kondor la corona que habíamos acordado.

—¿Y qué hace aquí solo, en medio del bosque? —le pregunté al despedirme.

—Estoy esperando a la tía Csipercs —respondió el vagabundo—. Esta noche hay luna llena. Tal vez vuelva a darle por bailar.

Si Kondor llegó a encontrarse otra vez con la tía Csipercs, eso ya no puedo decirlo, porque desde entonces nunca he vuelto a viajar por la tierra székely ni he vuelto a ver al vagabundo.

La reina Rarámi

Hace muchos, muchos años vivía un anciano poeta en una pequeña ciudad de la Gran Llanura. Era un hombre muy viejo, de cabello blanco, rostro apacible y carácter tranquilo. La gente casi no le prestaba atención, pero los niños lo querían porque sabía contarles hermosos cuentos.

El poeta vivía en una vieja casita, al final del pueblo. Aquella casa también era famosa porque tenía un nido de cigüeñas sobre la chimenea. Desde hacía años, cada primavera llegaba la misma pareja de cigüeñas. El anciano ya conocía a sus aves y siempre las recibía con gusto. Lo primero que hacían al regresar de su largo viaje era reparar cuidadosamente el nido, que las tormentas del invierno solían dejar bastante maltratado. Durante el verano, el macho cazaba con gran empeño serpientes y ranas en el prado cercano, mientras la hembra incubaba los huevos y criaba a sus polluelos. A finales del verano, cuando el viento frío comenzaba a alborotar sus plumas, toda la familia emprendía el vuelo hacia sus lejanas tierras de invierno.

A principios de un verano ocurrió que se levantó un fuerte torbellino y arrancó el nido de la chimenea. Los dos pequeños polluelos que estaban dentro cayeron también al patio de la casa. Por fortuna fueron a parar sobre un montón de heno recién cortado, de modo que, aparte del susto, no sufrieron daño alguno.

El anciano poeta recogió con mucho cuidado a los polluelos. Cuando pasó la tormenta, se puso a trabajar. Subió por una larga escalera hasta la chimenea y sujetó una vieja rueda de carreta con fuertes ganchos de hierro. Luego volvió a colocar el nido destrozado y lo amarró con alambre a la rueda. Ahora estaba tan firme que tendría que soplar un vendaval extraordinario para volver a derribarlo. Cuando terminó, devolvió los dos polluelos al nido, bajó al patio, encendió su pipa y esperó para ver qué harían las cigüeñas.

Estas revoloteaban alrededor de la casa, haciendo sonar sus picos con evidente enojo. Más tarde descendieron con cautela sobre el tejado, bastante lejos de la chimenea, observando con desconfianza el nido remendado. Pero al final comprendieron que el trabajo del anciano había sido para ayudarlas y

volvieron a instalarse en él. Todavía hicieron algunos pequeños arreglos y, cuando terminaron, no había otra pareja de cigüeñas en toda la región que tuviera un nido tan magnífico como el suyo.

Pasó bastante tiempo desde aquella memorable tormenta. Una luminosa tarde de domingo, el viejo poeta estaba solo en casa. La ama de llaves había ido a la iglesia para asistir a las vísperas; el nido estaba vacío porque los jóvenes ya habían aprendido a volar y la madre los había llevado al prado a cazar ranas. Hasta Sajó, el perro, había ido de visita con Sobri, el perro de los vecinos.

El anciano regó sus flores y luego salió al patio para contemplar las mariposas blancas que revoloteaban alrededor de los parterres húmedos. De pronto advirtió que el macho de la cigüeña caminaba por el patio, a unos diez pasos de él. El poeta se sorprendió mucho, porque sus cigüeñas nunca bajaban al patio. El ave avanzó con paso orgulloso, balanceando el cuello con solemne dignidad. Cuando estuvo a un solo paso del anciano, se detuvo y lo miró fijamente con sus ojos negros. Entonces habló.

Con voz baja, firme y extrañamente áspera dijo:

—Pasado mañana emprenderemos el viaje.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido el poeta—. ¿Así que también sabes hablar la lengua de los hombres?

El ave no respondió a esa pregunta. Solo volvió a mover el cuello y dijo:

—Has sido bueno conmigo, querido anfitrión, y salvaste la vida de mis dos hijos. Soy solo un pobre pájaro y no tengo cómo recompensarte. Pero al menos déjame darte las gracias.

—Lo hice con mucho gusto —respondió el poeta.

Como era un hombre muy modesto y no le agradaba que le agradecieran demasiado, cambió rápidamente de tema.

—¿De verdad se marcharán pasado mañana? Lo lamento mucho. Espero que la próxima primavera vuelvan otra vez a mi chimenea.

—Si logramos cruzar el mar sin contratiempos, volveremos sin duda a establecernos aquí. No podríamos encontrar un nido mejor.

—¿Y dónde está exactamente el lugar donde pasan el invierno? —preguntó el poeta.

—Muy lejos —contestó la cigüeña—. Cuando emprendemos el viaje, las cigüeñas húngaras solemos reunirnos en grandes bandadas. Desde aquí volamos sobre Croacia, hacia la región del Karst. Es una terrible cordillera de roca desnuda, donde apenas crecen unos cuantos árboles raquíticos entre las piedras grises. Cuando dejamos atrás el Karst, vemos brillar bajo nosotros una inmensa lámina de plata iluminada por el sol: el mar Adriático. Volamos muy alto, más arriba que las nubes. Si miramos hacia abajo, los grandes veleros parecen pequeñas mariposas blancas, y el humo de los enormes barcos de vapor se arrastra sobre el agua como una oruga negra.

»A nuestra derecha queda la florida Italia. Desde allí el viento nos trae verdaderas nubes de perfume. Más adelante nuestro camino pasa sobre las islas griegas. Desde el cielo se ven tan numerosas sobre las aguas resplandecientes como una enorme manada de búfalos bañándose. En ellas hay ruinas de templos de mármol sostenidos por columnas. La mayor de todas es la isla de Creta.

»Después ya no vemos ni islas ni tierra firme; hasta donde alcanza la vista solo se extiende el mar infinito. Debemos volar día y noche, y pobre del que pierda las fuerzas: caerá al agua y sus compañeros no podrán ayudarlo.

»Tras un largo vuelo, finalmente aparece muy al sur una línea negra sobre el horizonte del mar. Entonces toda la bandada comienza a hacer sonar alegremente sus picos, porque saben que la costa de África ya está cerca. Desde lejos pueden verse las esbeltas palmeras meciendo sus copas recortadas por el viento.

»Allí desemboca en el mar un río inmenso: el Nilo. A ambos lados se extiende Egipto. Allí descansamos. Algunas familias de cigüeñas pasan el invierno en los pueblos cercanos a la costa y abandonan la bandada. Pero los demás seguimos volando hacia el sur.

»Bajo nosotros van quedando ciudades y aldeas. Sobre el gran río amarillo navegan lentamente barcos de vela. También dejamos atrás las pirámides, que desde hace miles de años recuerdan el antiguo poder de los faraones.

»Después llegamos al gran desierto. Vemos largas caravanas de camellos avanzando lentamente y hombres vestidos de blanco montados sobre elegantes caballos. También allí algunos grupos de cigüeñas abandonan la bandada para instalarse en alguna aldea. Pero los demás seguimos hacia la gran selva virgen.

»Es un bosque tan inmenso que un hombre podría vagar durante semanas, incluso meses, entre su húmeda oscuridad antes de encontrar un claro. Allí ya solo viven hombres negros. Algunos de ellos son caníbales.

»Más allá de aquella inmensa selva, a orillas del gran río Ahuri, está nuestro lugar de invierno. Y mi nido se encuentra en el jardín de la reina Rarámi...

El ave guardó silencio. Hablar como los seres humanos era algo poco natural para ella y la fatigaba.

El anciano poeta la escuchaba con creciente asombro. Incluso empezó a sospechar que quizá todo aquello no fuera real, sino un sueño extravagante. Pero el sol seguía calentando, desde la distancia llegaba el suave sonido de las campanas del domingo, las flores perfumaban intensamente el patio y la cigüeña permanecía allí, justo a su lado. Así que no podía tratarse de un sueño.

—¿La reina Rarámi es una mujer de piel negra? —preguntó el poeta.

La cigüeña negó con la cabeza.

—En treinta jornadas de camino alrededor del río Ahuri viven únicamente negros de piel tan oscura como el carbón. Solo el rey y la reina tienen el rostro blanco.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó el poeta.

La cigüeña respondió de buena gana:

—Hace muchísimos años un hombre blanco llegó por casualidad entre aquellos negros. Iba acompañado de su pequeño hijo. Era un hombre sabio, piadoso y justo. Los negros lo quisieron tanto que lo eligieron como su rey. Cuando murió, colocaron a su hijo en el trono. Pero le pusieron una condición: debía escoger esposa cuanto antes.

»El joven rey no quería casarse con una mujer negra. Pero en aquel país jamás habían visto una mujer blanca. Entonces, por un acontecimiento extraordinario, conoció a la blanca Rarámi, y hoy ella es la reina del pueblo del Ahuri.

—¿Qué acontecimiento extraordinario fue ese? —preguntó con curiosidad el poeta.

—Si quieres saberlo, te lo contaré —dijo la cigüeña.

Y entonces le contó al poeta la historia de Rarámi.

El relato de la cigüeña

Hace diez o doce años ocurrió que una canoa avanzaba por las aguas del Ahuri.

La canoa era impulsada por dos hombres negros que remaban con rápidas paladas. Por el aro de cobre que llevaban atravesado en la nariz y por sus dientes caninos afilados en punta, podía reconocerse que pertenecían a la tribu caníbal de los ñam-ñam.

Los dos caníbales estaban de excelente humor, pues aquel día habían hecho un magnífico negocio. En el mercado de Vavai habían comprado a una pequeña niña blanca por unas cuantas cuentas de vidrio. Unos bandidos negros la habían secuestrado en una costa lejana y la habían llevado al mercado para venderla.

La niña permanecía acurrucada en el fondo de la canoa, sollozando en silencio. Tenía tanto miedo que ni siquiera se atrevía a hacer el menor ruido; solo observaba, muda, a los dos salvajes. Ellos, precisamente, estaban hablando de ella.

—Mañana la mataremos y haremos un gran banquete —dijo uno.

—Serviremos a la niña blanca cocida en caldo de plátano —opinó el otro.

Pero al primero no le gustaban los alimentos hervidos, y menos aún los cocidos en caldo de plátano.

—Mejor asémosla hasta que quede bien crujiente.

Naturalmente, la niña no tenía idea de lo que decían. No entendía la lengua de los ñam-ñam.

Los dos negros no lograban ponerse de acuerdo sobre si debían asar o hervir a su presa. La discusión se fue acalorando tanto que dejaron de remar y comenzaron a gritarse el uno al otro. Uno levantó su remo y golpeó con él a su compañero. El otro tampoco se quedó atrás y se lanzó furioso a sujetarlo por el cuello.

Comenzaron a forcejear y, al perder el equilibrio, ambos cayeron de la canoa al río.

Las aguas del Ahuri, en aquella región, estaban infestadas de cocodrilos. Precisamente dos enormes reptiles andaban cazando por allí y atraparon a los dos negros incluso antes de que terminaran de caer.

Los cocodrilos, por supuesto, no perdieron tiempo discutiendo si debían comer a su presa asada o hervida. Se los devoraron de inmediato, tal como estaban: crudos.

La canoa, ya sin nadie que la guiara y con la niña blanca en su interior, quedó a merced de la corriente y descendió por el río caudaloso.

¿Qué ocurrió después con la pequeña?

Ahora lo contaré.

La canoa terminó llegando sola a la orilla. Encalló en una pequeña isla cubierta de palmeras, situada en medio del río.

La niña salió de la embarcación. La canoa, liberada de su peso, volvió a ser arrastrada por la corriente y siguió río abajo.

La niña blanca quedó completamente sola en la isla.

Los caníbales que vivían en la orilla opuesta llamaban a aquel lugar la isla de los cocodrilos.

Bajo las palmeras datileras que se inclinaban sobre el agua, en nidos abiertos en la cálida arena, habitaban por centenares aquellos enormes monstruos acuáticos de piel acorazada, siempre hambrientos.

Los negros ni siquiera se atrevían a desembarcar allí con sus canoas.

Pero la isla no solo estaba habitada por cocodrilos. También anidaban allí incontables bandadas de loros.

Durante el día, cuando el calor era sofocante, miles de aquellas aves de brillantes colores dormitaban sobre las ramas de las palmeras. Al amanecer y al atardecer, en cambio, levantaban un estruendo ensordecedor mientras volaban en enormes bandadas hacia los lejanos arrozales.

La pequeña recogía dátiles para comer y bebía agua del río.

Un día encontró, en la suave arena de la orilla, un nido donde yacían siete pequeños cocodrilos. Los animalitos le parecieron muy simpáticos y, sentándose entre ellos, comenzó a jugar.

Mientras jugaban, los pequeños monstruos intentaban atraparle las manos con sus mandíbulas chasqueantes; pero la niña tomó aquello como un juego y los reprendía, diciéndoles que debían comportarse con educación.

Al cabo de un rato se cansó y le dio sueño. Abrazada a uno de los cocodrilitos, se quedó dormida.

Apenas había conciliado el sueño cuando el río comenzó a agitarse y un enorme monstruo emergió del agua.

Era la madre de los pequeños cocodrilos, que regresaba de su excursión matutina de pesca.

Salió del río, avanzó pesadamente hasta el nido y abrió mucho los ojos al encontrar allí a la pequeña visitante junto a sus crías.

La madre cocodrilo dio varias vueltas alrededor del nido, olfateándolo cuidadosamente; después se tendió también junto a los pequeños y rodeó todo el refugio con su inmensa cola cubierta de escamas.

La niña se sobresaltó mucho cuando despertó. Incluso rompió a llorar un poco del susto.

Pero al notar que la madre cocodrilo no mostraba ninguna intención hostil hacia ella, extendió tímidamente la mano y acarició el hocico arrugado del monstruo.

Entonces el cocodrilo abrió su boca, tan grande como una puerta, donde sobresalían dientes tan largos como hojas de cuchillo de cocina, y dejó escapar un siseo prolongado, que entre los cocodrilos es señal de buen humor.

Desde aquel día, la niña pasó a ser una habitante más de la isla.

No solo la madre cocodrilo, sino todos los demás cocodrilos acabaron acostumbrándose a ella y la aceptaron como amiga.

Como era una niña inteligente, pensó que debía mostrarse agradecida por la hospitalidad y la protección que recibía, así que procuró hacerse útil.

Mientras los cocodrilos adultos salían a pescar al río, ella cuidaba de las crías que permanecían en la isla.

Trabajo no le faltaba.

Tenía que separar a los que se peleaban y reprender a los más traviesos.

También había algunos pequeños cocodrilos huérfanos, y de ellos debía ocuparse personalmente.

Durante el día acostumbraba recorrer los nidos con uno de sus favoritos, un pequeño cabezón, en brazos.

Quien la hubiera visto habría pensado que era la maestra de un jardín de infancia... para cocodrilos.

Pero no solo sabía cuidar de las crías; también era de gran ayuda para los adultos.

Los cocodrilos tienen un pequeño enemigo muy molesto: la sanguijuela, que se adhiere a sus encías. El enorme animal no puede quitársela por sí mismo.

Cuando alguno tenía una sanguijuela en la boca, se acercaba pesadamente hasta la niña y abría ante ella su espantosa mandíbula.

Sin el menor temor, la niña introducía la mano y libraba al animal de aquel desagradable parásito.

Los loros que habitaban la isla también advirtieron muy pronto que la niña los trataba con amistad y terminaron haciéndose sus compañeros.

Al atardecer, cuando la pequeña se sentaba en la orilla, cientos de loros se posaban a su alrededor. La arena parecía cubierta por un inmenso jardín de flores de vivos colores, y sobre su cabeza los árboles y arbustos parecían florecer gracias al brillante plumaje de las aves.

Los caníbales que vivían en ambas orillas del río pronto supieron de la existencia de la niña blanca que habitaba la isla.

En las noches de luna llena la observaban desde lejos.

La veían jugar con los monstruos.

También la vieron, algunas veces, cruzar el río montada sobre el lomo de un enorme cocodrilo.

Por eso los negros comenzaron a creer que era un espíritu y la llamaron Rarámi, palabra que en la lengua de los ñam-ñam significa la reina de los cocodrilos.

Con el tiempo, Rarámi cobró suficiente valor para aventurarse también en tierra firme.

Abrazada al cuello de uno de sus amigos de cuatro patas, cruzaba el río nadando para recoger flores y frutas en la otra orilla.

Algunos negros más audaces decidieron apoderarse de la reina de los cocodrilos.

Una noche de luna la acecharon y, cuando Rarámi estaba sentada entre los arbustos de la ribera, tarareando para sí misma, se lanzaron sobre ella con intención de capturarla.

Pero el ataque fracasó.

Al escuchar el grito de terror de Rarámi, dos enormes cocodrilos surgieron del agua y se abalanzaron sobre los caníbales mostrando sus mandíbulas chasqueantes.

Los hombres se asustaron tanto que huyeron despavoridos y no dejaron de correr hasta el amanecer.

Desde entonces nadie volvió a atreverse a perseguir a Rarámi.

Así transcurrieron los años.

Cuántos exactamente, la muchacha blanca no lo sabía, porque nunca los contó.

Además, en aquella región no existía el invierno y los árboles daban dulces frutos durante todo el año.

Su vestido se había deshecho hacía mucho tiempo y, para protegerse del ardiente sol, confeccionó una túnica con plumas de loro que recogía bajo los árboles.

Su ropa resplandecía con tantos colores que cualquiera habría podido confundirla con un enorme loro.

Como nunca hablaba con seres humanos, terminó olvidando el lenguaje.

Solo conservó la costumbre de recitar, cada mañana y cada noche, las oraciones que había aprendido de su madre.

Un día, después de haber vivido muchos años en la isla, ocurrió algo extraordinario.

Era un abrasador día de verano.

Todos los cocodrilos dormían y hasta las aves permanecían inmóviles bajo la sombra de las palmeras, vencidas por el calor.

Entonces apareció un espejismo en el cielo.

Aquellos fenómenos no eran raros en esa región.

Pero la imagen que Rarámi vio aquella vez la dejó maravillada.

El espejismo mostraba un palacio coronado por cúpulas doradas.

El palacio se alzaba junto al agua, entre esbeltas palmeras.

Desde su entrada descendía una amplia escalinata hasta la orilla.

Sentado en los escalones había un joven.

Su rostro era blanco.

Rarámi sintió una alegría inmensa.

Hacía tanto tiempo que no veía a una persona blanca que había llegado a creer que todo el mundo estaba habitado únicamente por gente negra.

A los negros les tenía miedo, pues sabía que eran caníbales sanguinarios.

¡Ahora, por fin, veía a un hombre blanco!

Además, el joven tenía un rostro tan noble, tan sereno y tan triste, que Rarámi sintió de inmediato por él un profundo cariño fraternal.

Impulsivamente extendió los brazos hacia aquella visión que temblaba en el horizonte.

El joven levantó su rostro melancólico y también la vio.

La sorpresa y la alegría iluminaron sus facciones.

Durante un instante se contemplaron mutuamente: la muchacha sentada en la orilla y el joven resplandeciente en el cielo, como si quisieran grabar para siempre en su memoria los rasgos del otro.

Después la imagen comenzó a desvanecerse.

Finalmente el espejismo desapareció por completo, y sobre el horizonte incendiado por el sol la muchacha ya solo distinguía jirones de niebla plateada.

Desde aquel día, la reina de los cocodrilos dejó de ser feliz.

Comprendió cuán sola estaba.

Dormida o despierta, no podía dejar de pensar en el joven de rostro blanco.

Los cocodrilos y las aves advirtieron, sorprendidos, que su amiga había perdido la alegría de otros tiempos.

Rarámi permanecía durante horas sentada e inmóvil en la orilla, contemplando con anhelo el lejano horizonte, mientras a veces brillantes lágrimas rodaban por sus mejillas.

Fue un verano muy caluroso, y casi todos los días el espejismo volvía a desplegar sus engaños.

Le mostraba bosques de palmeras, enormes barcos navegando por el mar y caravanas atravesando el desierto.

Pero nunca volvió a mostrarle el palacio de cúpulas doradas ni al joven blanco.

Cuando llegaron las lluvias de otoño, el espejismo desapareció por completo y, con él, también desapareció la esperanza de Rarámi de volver a ver al joven.

Los animales de la isla notaron que, desde la mañana hasta la noche, Rarámi vagaba por el bosque lamentándose.

Tal vez sentían compasión por su amiga, pero no podían hacer nada para aliviar su tristeza.

Después de las lluvias otoñales llegó una larga sequía.

Entonces los caníbales que vivían a orillas del río llevaron finalmente a cabo un antiguo y perverso plan: incendiaron el bosque de la isla.

Durante la noche desembarcaron en secreto en uno de sus extremos y prendieron fuego a la maleza reseca.

Desde hacía mucho tiempo querían expulsar de aquellas tierras a los cocodrilos junto con su reina.

En medio del río se desató un incendio terrible.

Las aves, aterradas, pasaron toda la noche volando bajo el cielo enrojecido por las llamas, lanzando gritos lastimeros.

Rarámi, para no perecer quemada, se refugió en el agua junto a los cocodrilos.

Al amanecer el fuego se había extinguido.

Pero el floreciente paraíso de la isla se había convertido en un desierto ennegrecido por el humo.

Entonces Rarámi decidió abandonar, junto con sus amigos, aquel lugar triste y buscar un nuevo hogar río abajo.

Ese mismo día emprendieron el viaje.

Rarámi navegaba de pie sobre una enorme hoja de loto.

Había fabricado unas riendas con largas lianas acuáticas y las había colocado alrededor del cuello de cuatro gigantescos cocodrilos.

En la mano sostenía un junco a manera de cetro con el que guiaba a sus animales de tiro.

Cientos de cocodrilos la acompañaban.

Al frente avanzaban los viejos más experimentados, de terribles dientes, abriendo paso entre las aguas.

Los jóvenes nadaban alrededor de Rarámi.

Detrás de la caravana flotante seguían otros grupos formando una amplia retaguardia.

Los loros acompañaban a su amiga en densas bandadas, ora adelantándose velozmente, ora regresando para girar sobre su cabeza o rozar el agua en pleno vuelo.

Por donde pasaba la reina de los cocodrilos, los negros caníbales eran presa del terror.

Quienes iban en pequeñas embarcaciones remaban desesperadamente hacia la orilla.

Creían que había llegado el fin del mundo.

Los sacerdotes paganos invocaban a sus ídolos con cantos desgarradores, golpeando enormes calderos de bronce y haciendo sonar sus cuernos en un estruendo infernal.

El viaje duró ocho días y ocho noches.

Finalmente los emigrantes llegaron a una región más tranquila.

En la orilla también había grandes grupos de personas, pero estas ya no gritaban al ver aquella extraña comitiva.

En cambio, se persignaban.

Aquellos habitantes también eran negros, pero vestían túnicas blancas, vivían en casas bien construidas y alrededor de ellas había jardines florecientes y campos cultivados.

En una curva del río, entre altas palmeras, apareció un palacio coronado por cúpulas de oro.

El corazón de Rarámi comenzó a latir con fuerza.

Reconoció el mismo palacio que un día le había mostrado el espejismo.

También reconoció la amplia escalinata de piedra que descendía hasta el agua, aquella donde había visto sentado al joven blanco.

Pero ahora la escalinata estaba vacía.

Entonces Rarámi dirigió con su junco su insólito carruaje flotante hacia los escalones.

Mientras la reina de los cocodrilos se acercaba al palacio, en el gran salón se celebraba precisamente un importante consejo. Allí, Varega, el joven rey blanco, deliberaba con los sabios negros de su reino.

—Señor —dijo uno de los ancianos de cabellos blancos—, tu pueblo desea que coloques una reina en tu trono. El pueblo recibiría con gusto a una señora de rostro blanco, pero como en todo tu reino, aparte de ti, no existe una sola persona de piel blanca, tendrás que resignarte al pensamiento de tomar por esposa a una joven negra.

El joven rey movió tristemente la cabeza.

—¡Jamás lo haré! —respondió con firmeza—. Sólo existe una mujer en el mundo a la que convertiría en mi reina. Pero ella está muy lejos de mí.

—¿Y quién es esa mujer? —preguntaron varios.

—No conozco su nombre —respondió Varega—. Sólo la he visto una vez. Me la mostró un espejismo. Estaba sentada a la orilla de un río; cocodrilos reposaban a sus pies y pájaros se posaban sobre sus hombros. Es la mujer más hermosa del mundo. Y también, sin duda, la mejor, pues es capaz de conquistar el corazón de las criaturas irracionales.

Los sabios se miraron unos a otros con preocupación al oír las extrañas palabras de su rey.

—¡Ay, señor! —dijo entonces el más audaz de ellos—. Por el bien de tu pueblo te suplicamos que olvides esa desdichada obsesión. El espejismo ha jugado contigo una ilusión engañosa. Las imágenes del espejismo no son más que hijos mentirosos del aire y de la luz del sol.

Pero el joven rey permaneció inflexible.

—Yo sé que la reina de los cocodrilos existe y creo que algún día volveré a encontrarla. Si no conservara esa esperanza, sería el hombre más desdichado de toda África.

Apenas había terminado de hablar cuando uno de sus guardias irrumpió corriendo en la sala.

—¡Majestad! —exclamó sin aliento—. ¡Dignaos acudir al jardín y contemplar un milagro! ¡La reina de los cocodrilos viene a visitaros! ¡Avanza por el río, acompañada por un centenar de cocodrilos y rodeada por un millar de aves salvajes!

—¡Es ella! —gritó Varega.

Y, olvidándose de toda dignidad real, echó a correr hacia la orilla del río.

Los sabios levantaron los largos faldones de sus túnicas y corrieron tras él.

Lo que contemplaron afuera era verdaderamente prodigioso.

Rarámi se acercaba a la orilla. El agua rugía a su alrededor por la multitud de cocodrilos que nadaban estrechamente juntos, mientras el aire vibraba con el batir de las alas de la inmensa bandada de aves.

La muchacha, sonrojada, era de una hermosura maravillosa.

Rarámi y el joven rey se miraron y al instante se reconocieron mutuamente.

Siguiendo el impulso de sus corazones, extendieron los brazos el uno hacia el otro.

Ambos sonreían y los ojos de ambos estaban llenos de lágrimas.

Pero entonces habló uno de los ancianos.

—Majestad —dijo al rey—, a esta joven le ha sido concedido un gran poder sobre los animales. Pero ¿quién puede asegurar que no haya recibido ese poder del Maligno?

El joven rey tomó la mano de Rarámi, que acababa de poner pie en tierra, y con voz apacible le dijo:

—Hablad, señora mía, y haced callar a quienes dudan.

Pero la pobre Rarámi hacía mucho tiempo que había olvidado cómo hablar.

Contempló con mirada vacilante el rostro del rey y, cuando por fin comprendió que debía decir algo, pronunció lo único que todavía permanecía vivo en su memoria:

recitó su oración.

Los ancianos se inclinaron entonces profundamente ante ella y la condujeron al interior del palacio.

Así fue como Rarámi se convirtió en reina del reino de Ahuri.

Sin embargo, antes de ser coronada, tuvo que aprender de nuevo a hablar.

Aprendió con rapidez, pues su prometido fue también su maestro de lengua.

Desde entonces vive feliz y sus súbditos la aman con verdadera devoción.

No sólo los hombres, sino también los animales.

Los papagayos que llegaron con ella siguen anidando hasta el día de hoy en el jardín del rey.

Y los cocodrilos continúan habitando el río frente al palacio.

Ellos desempeñan una importante misión:

son los guardianes personales de la reina.

Desde que ellos vigilan las aguas del Ahuri, ningún nyám-nyám antropófago se atreve ya a cruzar el río durante la noche.

* * * * *

La cigüeña parlante terminó su relato.

El anciano poeta la había escuchado con la mayor atención y no la interrumpió ni una sola vez.

Todavía quería hacerle algunas preguntas, pero en ese momento rechinó el picaporte de la puerta y desde la calle se oyó el alegre ladrido de un perro.

La ama de llaves regresaba de las vísperas, y Sajó, el perro, también volvía de visitar a Sobri, el perro de los vecinos.

Al oír que se acercaban, la cigüeña dio de pronto un fuerte impulso con las patas, desplegó las alas y se elevó hacia el cielo.

Dio una o dos vueltas alrededor del tejado y luego descendió junto a la chimenea. Allí se sostuvo sobre una sola pata y contempló atentamente al poeta, que permanecía sentado abajo.

Al día siguiente se reunieron en el prado muchísimas cigüeñas.

Y al tercer día toda la bandada emprendió el viaje.

Aquella mañana el anciano poeta paseaba precisamente por las afueras de la ciudad cuando la nube de aves migratorias pasó sobre su cabeza.

Una de las cigüeñas volaba algo más baja que las demás y al poeta le pareció reconocer en ella a la que había anidado en su casa.

Entonces juntó las manos alrededor de la boca, a modo de bocina, y le gritó:

—¡Buen viaje! ¡Presenta mis respetos a Su Majestad la reina Rarámi!

La cigüeña respondió con uno o dos sonoros castañeteos de pico y, batiendo rápidamente las alas mientras hendía el aire luminoso de la mañana, siguió a sus compañeras rumbo al sur, hacia el mar.

El verso de la urraca

Había una vez un alumno llamado Pali.

Era el primero en el arte de pelear, de romperse los pantalones, de levantarse tarde y de ser glotón; pero, por desgracia, era el último cuando se trataba de estudiar.

Siempre que se hablaba del porvenir de Pali, su maestro movía la cabeza con preocupación. Y, de vez en cuando, también movía la cabeza del propio Pali..., sujetándolo de una oreja.

Un hermoso día de primavera, el ilustre muchacho andaba otra vez vagando por el bosquecillo cuando descubrió un nido de urraca en lo alto de un árbol.

Naturalmente, sin decir palabra, se quitó la chaqueta y trepó al árbol en un santiamén.

Dentro del nido encontró un solo huevo.

Pero aquel huevo —¿lo oís, niños?— era de oro.

Cuando, lleno de avidez, alargó la mano para cogerlo, oyó una voz.

En la rama más alta del árbol estaba posada una vieja urraca, que le habló desde arriba.

—No toques mi nido, Palkó —carrasqueó el ave—, y te convertiré en un gran señor. Porque has de saber que yo soy el rey de las urracas.

—¿Y qué puedes darme tú? —preguntó el muchacho con asombro.

—Puedo concederte un poder mágico. Te enseñaré el verso de la urraca.

—¿Y para qué sirve? —preguntó Pali con curiosidad.

—Quien conozca el verso de la urraca será el mejor alumno de cualquier escuela, aunque no estudie absolutamente nada. Porque ese verso posee un poder encantado y hechiza al maestro.

—¡Trato hecho! —gritó el muchacho—. Pero si me engañas, rey de las urracas, mañana volveré y destruiré tu fortaleza.

Así llegaron a un acuerdo.

Pali no tocó el huevo de oro, y el ave le enseñó el verso de la urraca.

Lo repitió una y otra vez, hasta que el muchacho se lo aprendió de memoria.

Al día siguiente Pali comprobó que el rey de las urracas era un ave honrada.

El maestro lo llamó para que recitara los ríos de la patria.

El muchacho cerró los ojos y comenzó a declamar el verso mágico tal como lo había aprendido de la urraca:

> Ákombákom, saco de paja,
> seis por siete son trece;
> para mí suena, para ti suena,
> ¡hurra, compadre urraca!

El maestro cerró también los ojos y, lleno de deleite, comenzó a marcar el compás con la mano.

Se veía claramente que estaba completamente hechizado.

—¡Muy bien, hijo mío, Pali! Veo que te has aprendido perfectamente los ríos de nuestra patria. Si sigues así, estaré muy satisfecho de ti.

Y le puso un flamante sobresaliente en el registro.

Desde entonces Palkó vivió como un rey.

En verano se bañaba y jugaba a la pelota; en invierno patinaba sobre hielo y libraba batallas de bolas de nieve.

Jamás volvía siquiera a mirar sus lecciones.

Y cuando el maestro le preguntaba algo, él recitaba el verso de la urraca y todo quedaba resuelto.

El maestro estaba tan satisfecho de él que incluso lo nombró vigilante de la clase.

El encantamiento también dio resultado en el instituto.

Los profesores no se cansaban de alabar la diligencia y la inteligencia de Pali, mientras que sus padres estaban inmensamente orgullosos de aquel hijo tan sobresaliente.

Como era un estudiante tan brillante, decidieron dedicarlo a la carrera académica.

Después de aprobar el examen de bachillerato —también con las máximas distinciones—, el joven Pali ingresó en la universidad.

Naturalmente, tampoco allí se esforzó mucho en las ciencias.

Pero asistía puntualmente a los exámenes y, cualquiera que fuese la pregunta, siempre salía del paso recitando el verso de la urraca.

En el examen doctoral, el severo profesor le exigió que recitara los novecientos noventa y nueve artículos del gran código nacional de leyes.

El joven Pali respondió sin vacilar:

> Ákombákom, saco de paja,
> seis por siete son trece;
> para mí suena, para ti suena,
> ¡hurra, compadre urraca!

Mientras lo recitaba, todos los profesores cerraron los ojos y marcaron el compás con visible deleite.

Después se levantó el magnífico rector de la universidad y, con lágrimas en los ojos, abrazó al joven Pali.

—Desde que existe nuestra universidad jamás había ocurrido que alguien pudiera recitar los novecientos noventa y nueve artículos sin omitir uno solo. ¡Usted es el primer estudiante que no ha olvidado ni uno!

La fama de aquel extraordinario joven llegó también a oídos de los directores de los periódicos, quienes publicaron entusiastas artículos saludando a la

nueva estrella que acababa de aparecer en el firmamento científico de la patria.

El propio rey leyó aquellos artículos y exclamó:

—¡Un hombre así es el que necesito!

Mandó llamar inmediatamente a Palkó al palacio real y lo nombró gran sabio de la corte.

Desde entonces Pali vivió en un palacio de mármol, viajaba en una carroza de cristal y vestía ropas de terciopelo.

En los banquetes se sentaba siempre a la derecha del rey.

Y Su Majestad incluso pensaba ya en casarlo algún día con su hija menor.

Pero sucedió que el rey necesitó dinero.

Nada menos que mil florines.

Reunió entonces a los grandes señores del reino para pedirles consejo acerca de cómo conseguir aquella suma.

Sin embargo, todos los nobles volvieron la mirada hacia el señor Pali, diciendo que fuese él quien aconsejara, pues era el hombre más sabio del país.

Finalmente el rey dijo:

—Señor gran sabio, recitad los novecientos noventa y nueve artículos del gran código de leyes. Entre ellos seguramente habrá alguno que indique de dónde debe obtener dinero un rey cuando no lo tiene.

El gran sabio se levantó, hizo una profunda reverencia ante Su Majestad y recitó lo único que sabía:

> Ákombákom, saco de paja,
> seis por siete son trece;
> para mí suena, para ti suena,
> ¡hurra, compadre urraca!

Cuando los grandes señores oyeron el verso de la urraca, comenzaron a reír con tal fuerza que estuvieron a punto de caerse de sus enormes sillones.

Porque el verso sólo poseía poder mágico en la escuela; fuera de ella, el encantamiento no surtía efecto.

El rey, sin embargo, no se rió.

Se enfureció, creyendo que el gran sabio pretendía burlarse de él.

Hizo una señal a sus guardias para que arrojaran al insolente al calabozo.

Entonces el señor Pali comprendió que toda su sabiduría había llegado a su fin.

Lleno de miedo, cayó de rodillas ante el trono y confesó con sincero arrepentimiento que jamás había estudiado y que no sabía absolutamente nada más que el verso de la urraca.

La ira del rey se apaciguó un poco.

Le perdonó la vida a Pali, pero aun así hizo cumplir una justicia severa. Ordenó que le quitaran inmediatamente al gran sabio su túnica de terciopelo, que lo vistieran con ropa infantil de pantalón corto, que le colgaran una cartera escolar a la espalda y que lo inscribieran de nuevo en el primer grado de la escuela primaria.

Y así, aunque Pali ya era un hombre barbudo, tuvo que volver a sentarse en el pupitre, entre los chiquillos de seis y siete años, que casi reventaban de risa cada vez que lo miraban.

Tampoco pudo volver a sacar provecho del verso de la urraca, porque, por orden del rey, el maestro llevaba una pluma de urraca en el bolsillo, y aquella pluma rompía el poder del encantamiento.

Una vez, sin embargo, volvió a intentarlo con el:

«Ákombákom, saco de paja,
seis por siete son trece,
para mí suena, para ti suena,
¡hurra, compadre urraca!»

Pero el maestro no le puso un sobresaliente, sino que lo tomó de la oreja.

Pali sigue ocupando todavía hoy el pupitre de la escuela. Si estoy bien informado, ahora cursa el tercer grado de primaria y, para cuando presente el examen de bachillerato, quizá ya tenga una barba tan grande como la de un obispo serbio.

Hasta aquí la historia.

(Advertencia**.** El autor previene a sus lectores que aún están obligados a asistir a la escuela para que no intenten poner a prueba el verso de la urraca en clase. Podría suceder que el maestro llevara una pluma de urraca en el bolsillo y el autor no se hace responsable de las posibles y lamentables consecuencias.)

El gendarme a prueba

Voy a contar este cuento para poner a prueba vuestro valor.

No recomiendo en absoluto que las niñas lo escuchen.

Pero el muchacho valiente, el que no se asusta de un sapo verrugoso ni sale corriendo delante de un ganso que sisea; el que no se esconde debajo de la cama cuando retumba el cielo y que es capaz de quedarse solo en una habitación oscura, ese muchacho que preste atención.

En un pequeño pueblo de la gran llanura húngara vivía un campesino llamado Pali Magyar.

Ya cuando apenas era un chiquillo del tamaño de un puño, era tan valiente que se atrevía incluso a sostenerle la mirada al gallo de su propia madre.

Como caminaba siempre erguido y con aire marcial, los vecinos del pueblo lo apodaron Palkó el Erguido.

Palkó el Erguido era conocido porque detestaba de todo corazón cualquier riña o desorden.

Si en alguna parte del pueblo dos grandes perros pastores se enzarzaban en una pelea, Palkó les vaciaba encima un cubo de agua para impedir que se hicieran daño.

Los ancianos del pueblo solían decir:

—Ya veréis: este muchacho acabará siendo gendarme.

Cuando Palkó creció lo bastante como para que comenzara a despuntarle el bigote, un hermoso día se despidió de su pueblo natal y, con su paso orgulloso, marchó a la gran ciudad.

Llegó al anochecer y se presentó directamente en el cuartel de la gendarmería para pedir que lo alistaran como gendarme.

En la sala del cuartel había doce gendarmes de grandes bigotes sentados alrededor de una larga mesa.

Todos llevaban sombreros adornados con plumas de gallo.

Cuando el sargento, que ocupaba la cabecera de la mesa, oyó el deseo del joven campesino, se retorció el enorme bigote.

—¡Eh, muchacho! Eso no es tan fácil —dijo—. Sólo puede ser gendarme quien no conozca el miedo ni de oídas.

—Pues yo no me asusto ni de mi propia sombra —respondió con firmeza Palkó el Erguido.

—Eso ya lo veremos —replicó el sargento.

Entonces mandó que vistieran a Palkó con un uniforme de gendarme y le pusieran un sombrero con pluma de gallo.

Después lo condujo a la calle, delante del cuartel, y le dijo:

—Ahora comienza tu servicio de prueba. Desde el anochecer hasta el amanecer montarás guardia aquí. Si ocurre cualquier desorden, tendrás que restablecer el orden. Vigila bien los incendios y las inundaciones. Pon en su sitio a los alborotadores y a los borrachos nocturnos. Y detén cualquier carreta que circule demasiado deprisa.

—¡Sí, señor! ¡Entendido! —respondió Palkó.

Saludó con rigidez militar, dio media vuelta y se internó en la oscura calle.

Un viento frío soplaba entre las casas y no había un alma en las calles.

Sólo aquí y allá parpadeaba alguna soñolienta farola.

Mientras caminaba con su orgulloso paso, de pronto oyó un zumbido y vio aparecer una luz blanca en la esquina de la calle.

Palkó supo inmediatamente de qué se trataba.

Un automóvil.

Uno de esos carruajes mecánicos que andan sin caballos.

El vehículo pasó junto a él a una velocidad endiablada.

Dentro iban tres personajes: uno con cabeza de gallo, otro con cabeza de búfalo y otro con cabeza de perro.

—¡Más despacio! —les gritó Palkó.

El de cabeza de gallo respondió con un canto; el de cabeza de búfalo mugió; el de cabeza de perro ladró, y al instante siguiente el automóvil ya había desaparecido por el otro extremo de la calle.

El gendarme no había dado ni cien pasos cuando volvió a oír el zumbido del coche y a ver la luz de sus faroles.

—¡Ahora sí que los detengo! —se dijo.

Saltó al centro del camino, delante del vehículo que venía lanzado, y con voz atronadora gritó:

—¡Alto!

¿Os atreveríais vosotros a hacer eso, muchachos?

Si os atrevéis, seguiré contando.

El automóvil se detuvo bruscamente, tan cerca que uno de sus faroles de latón rozó el pecho del gendarme.

El de cabeza de gallo comenzó a cantar furiosamente.

El de cabeza de búfalo mugió.

Y el de cabeza de perro lanzó un par de ladridos.

—¿Cómo te atreves a detenernos? —gritaron—. ¿Sabes quiénes somos?

—Yo soy el diablo con cabeza de gallo.

—Yo soy el Satán con cabeza de búfalo.

—Y yo soy el Maligno con cabeza de perro.

—Si son ustedes demonios —respondió Palkó—, paseen en carruaje por el infierno, pero no por mi calle. Aquí está prohibido correr a tanta velocidad. Ahora sírvanse acompañarme al cuartel de la gendarmería.

—Ve tú delante —se burló el de cabeza de gallo—; nosotros iremos detrás.

Los de cabeza de búfalo y de perro soltaron una carcajada.

Palkó comprendió que pretendían engañarlo, así que subió al automóvil y se sentó junto al de cabeza de búfalo.

—Ahora tengan la bondad de conducir hasta el cuartel de la gendarmería —dijo—. Y procuren no atropellar a ningún hombre con la cabeza llena de vino.

—¡Tendremos cuidado! ¡Tendremos cuidado! —cacareó el de cabeza de gallo.

Giró el volante y, de pronto, el automóvil se elevó en el aire como un murciélago y siguió su carrera por encima de los tejados.

El de cabeza de búfalo observaba a escondidas a Palkó para ver si palidecía de miedo.

Pero Palkó cruzó tranquilamente los brazos sobre el pecho y permaneció sentado en su sitio.

—¿Conducimos bien ahora, señor gendarme? —preguntó ladrando el de cabeza de perro.

—Muy bien —respondió Palkó—. Al menos aquí arriba no podemos hacer daño a nadie.

Después de sobrevolar la torre de la gran iglesia, el de cabeza de gallo volvió a girar el volante, y el automóvil descendió de nuevo sobre el empedrado de la calle y continuó su marcha.

Llegaron a un gran puente de piedra, bajo el cual rugían las oscuras aguas del río.

Entonces un angustioso grito de auxilio llegó a los oídos de Palkó.

—Detengámonos un momento, señores demonios —dijo.

A la pálida luz de la luna distinguió una figura humana luchando en medio del agua.

Era una mujer de largos cabellos y vestido blanco.

Extendía los brazos y pedía ayuda con desesperación.

A su alrededor nadaban tres o cuatro grandes peces en las negras aguas.

La rodeaban jugueteando; unas veces se hundían y otras reaparecían, y de cuando en cuando se lanzaban contra ella mostrando sus espantosos dientes de tiburón.

—¡Tengo que salvarla! —dijo Palkó el Erguido.

Y, sin vacilar, se arrojó de cabeza al agua.

¿Vosotros también os atreveríais a hacerlo, muchachos?

Si os atrevéis, seguiré.

Palkó era un excelente nadador.

Alcanzó enseguida a la mujer que se ahogaba y la arrastró hasta la orilla.

Pero cuando, con ella entre los brazos, subía por el empinado terraplén, la desmayada mujer se transformó de repente en una ola de agua, que se deslizó ruidosamente por sus ropas y regresó apresuradamente al río.

El gendarme se sacudió el agua y volvió la vista hacia el automóvil.

Pero éste ya había desaparecido, navegando entre un claro luminoso de las nubes nocturnas que cruzaban el cielo.

Palkó continuó su ronda con paso firme y acompasado. Caminaba entre altas y oscuras casas. No se veía un alma viviente por ninguna parte. Al cabo divisó un resplandor rojizo.

Era la puerta de una pequeña taberna. El gendarme se acercó y miró por la puerta de cristal para comprobar si todo estaba en orden. Pero, en efecto, dentro reinaba un gran desorden. Tres mendigos harapientos estaban sentados alrededor de una mesa jugando a las cartas. Palkó advirtió enseguida que aquellos no podían ser vagabundos honrados y temerosos de Dios, porque de

los tres solo uno tenía cabeza; los otros dos jugaban sin ella. También descubrió muy pronto que la partida se disputaba por la cabeza. Junto a cada jugador había un cuchillo largo y afilado sobre la mesa y, en cuanto uno de los descabezados ganaba, se levantaba de un salto, cortaba la cabeza del cuello del otro y se la colocaba sobre los hombros. Después la partida continuaba.

Entonces habló uno de los vagabundos, precisamente el que tenía la cabeza puesta.

—Sería bueno que entrara aquí algún hombre... un hombre con cabeza. Le cortaríamos el cuello y luego jugaríamos las cartas por dos cabezas.

¿Qué creen, muchachos, que hizo Palkó? Lo mismo que ustedes habrían hecho en su lugar. Abrió la puerta y entró en la taberna con pasos resonantes.

Pero, en cuanto los vagabundos vieron el sombrero de gendarme con pluma de gallo, derribaron de inmediato la lámpara, y Palkó quedó sumido en una oscuridad absoluta. Avanzó tanteando. Oía cómo aquellos miserables se escabullían a su alrededor; también alcanzaba a ver el brillo fugaz de las hojas de los cuchillos, pero no logró atrapar a ninguno.

De pronto, una llamarada iluminó sus ojos. La lámpara caída había incendiado la taberna.

—¡Tabernero! —gritó Palkó.

Nadie respondió. Mientras tanto, el fuego crecía con fuerza.

La mano del gendarme encontró el picaporte de una puerta. Lo presionó y entró en la habitación contigua. Quizá el tabernero estuviera durmiendo allí.

La estancia ardía ya como una fragua. Las paredes resplandecían al rojo blanco y el techo de madera, que comenzaba a desplomarse, dejaba caer una lluvia de gruesas brasas encendidas. Y allí, en medio de aquel infierno de fuego, un anciano gordo e indefenso gemía en una cama envuelta en llamas. Era el tabernero.

Sin preocuparse por la lluvia de brasas que caía sobre su cabeza, Palkó corrió hacia él, lo sacó de la cama y lo cargó en brazos para salvarlo del incendio. Apenas había dado dos pasos hacia la puerta cuando el tabernero lanzó de

repente un alarido, se transformó en una lengua de fuego y estalló como una gigantesca rana ígnea, chamuscando el bigote y el uniforme del gendarme.

Una espesa nube de humo negro envolvió a Palkó, privándolo por un instante de la vista y del oído. Una ráfaga de viento frío dispersó el humo y, al mirar a su alrededor, el gendarme descubrió que estaba otra vez en la calle.

Todo estaba silencioso y oscuro. No quedaba el menor rastro del incendio, de la taberna, del tabernero ni de los vagabundos.

—¡Qué calle tan extraña! —murmuró Palkó para sí.

Y reanudó su patrulla con paso medido.

La calle torcía unas veces a la derecha y otras a la izquierda, pero nunca parecía terminar. Habría avanzado unos quinientos pasos cuando oyó voces humanas. En algún lugar había una gran algarabía. Siguió la dirección del ruido y finalmente llegó a un alto y largo muro.

Del otro lado se oían cantos y gritos de una multitud desenfrenada.

Palkó encontró una puerta enrejada y miró por ella.

Ante sus ojos apareció un gran cementerio.

Entre las cruces y lápidas se agitaban centenares de esqueletos. Con sus manos de hueso enlazadas unos con otros, corrían bailando sobre las tumbas; otros se lanzaban las calaveras como si fueran pelotas. Y todos cantaban con voces estridentes.

Palkó golpeó la puerta.

—¡Señores! —gritó—. ¡Les ruego que guarden silencio!

Los espectros corrieron inmediatamente hacia la reja y clavaron en el gendarme sus ojos, que ardían con un resplandor verdoso.

—¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Un hombre vivo! —chillaban mostrando los dientes.

Palkó los recorrió con una mirada severa.

—¿No les da vergüenza causar semejante escándalo en plena noche? Si son ustedes difuntos, descansen en paz y no perturben el sueño de los vivos.

—¡Entra! —aullaban los espectros—. ¡Te haremos pedazos! ¡Beberemos tu sangre!

Y lanzaban sus garras hacia él a través de la verja.

El gendarme bajó el picaporte y entró en el cementerio con la cabeza bien alta.

¿También ustedes habrían entrado, muchachos? Entonces son unos valientes.

En cuanto Palkó miró a su alrededor, toda la multitud de fantasmas se desvaneció de pronto en una niebla blanca. La luna brillaba serenamente sobre el tranquilo camposanto.

Palkó recorrió con paso marcial las hileras de tumbas y, una vez convencido de que todo estaba ya en perfecto orden, salió de nuevo por la pequeña puerta y prosiguió su camino en la noche.

Apenas había avanzado cien pasos por la calle cuando volvió a ver ante sí el cuartel amarillo de la gendarmería. Delante de la puerta estaba el sargento del gran bigote, con una pipa humeante entre los labios.

—Bueno, muchacho, ¿qué novedades hay? —preguntó.

Palkó saludó rígidamente.

—Con el debido respeto, mi sargento: no hay ninguna novedad de importancia.

El sargento observó al joven con extrañeza.

—¿No te ocurrió nada durante la noche?

—Hubo algunos pequeños disturbios, pero nada serio.

—Muy bien, hijo. Entonces ve a dormir. Además, debes de estar cansado.

Lo condujo al cuartel y le mostró su cama. En el dormitorio había doce camas de hierro, todas iguales. Todas estaban vacías.

—Descansa —dijo el sargento—. Y cuando más tarde lleguen tus compañeros de habitación, no les hagas caso.

Palkó se acostó y enseguida se quedó dormido.

Sin embargo, media hora después algo lo despertó.

Oyó unos rugidos, gruñidos, resoplidos y silbidos tan fuertes que hacían temblar todo el cuartel.

La puerta se abrió de golpe y entraron sus compañeros de dormitorio.

¡Vaya compañía tan extraña!

El primero en irrumpir fue un enorme león macho, lanzando un rugido atronador. Después entró pesadamente un gigantesco oso blanco. Luego se deslizó, con silenciosas patas de gato, un tigre de ojos incandescentes. Tras él venían una gran hiena de pelaje desgreñado y un leopardo. Y seguían llegando más fieras. También había un jabalí y un lobo. En total eran doce. Cerrando la marcha se arrastraba una inmensa serpiente de cascabel.

Las fieras bostezaban ruidosamente y, tras recorrer el dormitorio gruñendo y olfateándolo todo, cada una se acostó en una de las camas vacías.

Pero como eran exactamente doce y Palkó ya ocupaba una de ellas, la serpiente de cascabel se quedó sin cama.

Aquello irritó visiblemente al reptil. Haciendo sonar furiosamente su cascabel, se deslizaba de una cama a otra. Ni el león, ni el tigre, ni ninguna de las demás fieras quería compartir el lecho con ella. Todas la apartaban mostrando sus dientes.

Los gruñidos furiosos y el incesante cascabeleo no parecían tener fin.

Finalmente, Palkó perdió la paciencia.

—¿Qué les pasa, compañeros? ¿Piensan seguir con este alboroto hasta el amanecer?

Y, como la serpiente seguía recorriendo la habitación de un lado a otro, la llamó.

—Si la cosa está así, compadre serpiente, ven a mi cama. Al fin y al cabo, nosotros dos somos los más delgados de todos.

La serpiente se deslizó hasta la cama de Palkó y se irguió; sus pequeños ojos brillaban como diamantes.

El gendarme tomó entre sus manos el cuerpo frío del reptil y lo metió en la cama como quien recoge la cuerda de un cubo de agua.

—Acuéstate a mis pies —dijo—. Y ahora no hagas sonar más el cascabel.

Como tenía muchísimo sueño, se volvió sobre el lado derecho, se cubrió la oreja con la manta y cayó de inmediato en un profundo sueño.

A la mañana siguiente despertó y se encontró solo en el dormitorio. La serpiente de cascabel y las demás fieras ya se habían marchado hacía mucho tiempo; solo Dios sabía adónde.

El sol brillaba espléndidamente en el exterior y, mientras se vestía, Palkó se acercó un instante a la ventana. Entonces vio resplandecer entre los rayos del sol una inscripción formada por letras de colores de arcoíris.

La leyó, y decía:

«La fortuna favorece al valiente.»

Y aunque ni una sola palabra de mi cuento fuera verdadera, esta frase sí lo es por completo. Algún día ustedes mismos lo comprobarán en la vida; por eso, nunca tengan miedo ni siquiera de su propia sombra.

El jinete de crin de caballo

No es bueno que el hombre rebusque entre los recuerdos de tiempos ya remotos; el aliento de los días desaparecidos e irrecuperables despierta ideas alocadas incluso en la cabeza más sensata.

Cuando hace poco tuvimos que desalojar la antigua casa familiar, en un rincón oscuro del ático, detrás del tiro de la chimenea, encontré una cuna de mimbre, que estaba llena hasta el tope de papeles amarillentos, trapos descoloridos y cachivaches infantiles adornados.

Entre tanta cosa variopinta, rebuscando, di con un husar hecho de cuero, cuya vista hizo que de golpe revivieran en mi mente los recuerdos dormidos de la infancia, y comenzaron a agitarse alrededor como un enjambre de brillantes mariposas.

¡El jinete de crin de caballo! ¡Cuántos recuerdos mágicos, cuántos deseos infantiles, cuánta felicidad desbordante y cuántas decepciones dolorosas están ligados a él! Tomé al husar en mis manos y le quité el polvo y las telarañas. El tiempo lo había maltratado bastante. Su rostro estaba horriblemente manchado, le faltaba la nariz; bajo su uniforme gastado y deshilachado, aquí y allá sobresalían las varillas de alambre y el relleno de crin de caballo; sin embargo, el muchacho de dos palmos de alto me miraba con sus ojos rígidos, firmemente y con fiereza, como corresponde a un caballero mutilado cuando, veinticinco años después, vuelve a ver a su antiguo general.

Me vinieron a la mente las duras batallas que libramos juntos en el patio de las gallinas… ¡Ah! cómo se dispersaba aquella orgullosa multitud de pavos cuando, con un grito de guerra salvaje, nos lanzábamos sobre ella.

Pero no solo nos movía la sed de combate; muchas veces también nos animaba una noble caballerosidad. Cuando nuestra gata roja desapareció durante tres días de la cocina, hicimos un solemne juramento de no comer ni beber hasta que devolviéramos a nuestra amiga. Viva o muerta.

Partimos entonces en una expedición aventurera de descubrimiento. Descendimos al oscuro vientre de la tierra, al fresco sótano, donde entre

barriles que resonaban de forma fantasmal brotaban los brotes de las remolachas invernales de mamá, y solo un rayo de luz que se filtraba por una estrecha rendija recordaba el mundo soleado de arriba. Avanzamos valientemente hacia el pajar, donde entre la penumbra crujía el heno y se deslizaban ratas que chillaban… Finalmente encontramos a la gata en el cobertizo de leña, en compañía de cinco pequeños gatitos, a los que lamía con ternura.

¡Ah, qué distinto, qué completamente distinto era todo entonces! Un año era la eternidad, el límite del mundo llegaba hasta las colinas de viñedos, la casa era un reino, el patio una provincia; el palomar lo veíamos como una torre de altura vertiginosa, y el hoyo de cenizas bajo el fogón como una cueva. El acontecimiento del día era encontrar un huevo de gallina en el corral o una horrible rana metida en el bebedero; con un brillante botón de dolmán o una vaina de cartucho de cobre nos sentíamos ricos; un vidrio de ventana roto era una catástrofe absoluta.

Cuando recibíamos un juguete nuevo, presumíamos con él ante los habitantes del corral de gallinas, que expresaban su opinión con un significativo cacareo y un envidioso aleteo. La golondrina que anidaba bajo el alero era nuestra golondrina; a los gorriones del vecino los recibíamos con insultos si se atrevían a posarse en nuestro techo.

Los muebles de la casa eran seres mudos pero inteligentes, y si en un mal humor pateábamos la mesa, después en secreto la acariciábamos para reconciliarnos.

El perro komondor que movía la cola y el gato que ronroneaba eran nuestros criados consentidos, que se restregaban confiados contra nosotros y cumplían nuestras órdenes dadas con voz severa con fingida humildad, pero bostezando y de mala gana.

Desde el fondo del pozo asomaban cabezas de niños curiosos y sorprendidos; los frascos de conservas de mamá eran vigilados por el “hombre negro”, en quien no creíamos mucho, pero aun así le teníamos miedo.

El sol, el mismo sol bendito, solo brillaba con tanta calidez para que pudiéramos rodar en el pasto del jardín; la lluvia caía para hacer navegar nuestros barquitos de papel.

En la penumbra del atardecer perseguíamos los insectos que zumbaban enojados frente a la casa; y cuando las campanas tocaban la bendición vespertina, una extraña somnolencia se apoderaba de nuestros miembros y queríamos subir al regazo suave de mamá, donde cabíamos los dos. Un rato después mirábamos aún la luna brillante, en cuyo plato está el viejo cargando su haz de leña, y mientras papá hablaba con los vecinos de guerra, epidemias e impuestos, nos guiñábamos somnolientos: ¡bah!, qué importa, con tal de estar ya en nuestra cama… ¡que venga después la guerra, el cólera y los impuestos!…

Mientras me arrodillo frente a la cuna volteada, ante mis ojos espirituales aparece una figura infantil ya olvidada desde hace mucho. Mi hermana Vica. Murió a los cinco años de difteria. Era dos años menor que yo; hoy o mañana ya harán casi veinte años desde que la mano de hueso de la muerte arrancó aquel pequeño brote humano aún inmaduro. La herida que su muerte nos dejó ya se ha cerrado desde hace tiempo, sus rasgos casi se han borrado de mi memoria, y durante una década apenas pensé en ella. ¡Qué extraño! Ahora de pronto la vuelvo a ver delante de mí, con una claridad sorprendente.

Una niña encantadora y fuerte, con ojos color de aciano y la cabeza rubia cortada al ras; al hablar, ceceaba un poco y solía mantener la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

En realidad la habían bautizado como Viktória, pero mi abuela no pudo acostumbrarse a ese nombre de sonido extraño para ella, y la llamaba Vica. Yo le decía simplemente: ¡Vica, gatita, palomita de maíz!

Era una niña de temperamento vivo, siempre inquieta y en movimiento. Se metía mucho en la cocina, y cuando mi madre la sacaba de allí con la cuchara de madera, ella se reía y bailaba polka por todo el patio. Estaba muy apegada a mí; por lo demás, era confiada como todos los niños de buen corazón y deseaba con gran intensidad ser niño. Mis demostraciones de fuerza en la cerca del jardín eran su público más entusiasta, y cuando yo le contaba mentiras sobre batallas entre hunos que imaginariamente libraba cada día contra los niños gitanos del borde de la ciudad, en sus grandes ojos se encendía un fuego de auténtico entusiasmo.

La pobre Vica sentía una admiración amorosa y maravillosa por mi jinete de crin de caballo. El húsar era el objeto de sus sueños; el deseo imposible de poseerlo amargaba su pequeña vida. Cuando quería describir algo como bello, sublime o impresionante, decía: “es como el húsar”. A menudo, sin ninguna introducción, comenzaba con voz lenta y monótona:

—Dame el húsar.

—Cuando congele el infierno…

—Dámelo —repetía sin cansarse.

—No seas fastidiosa, Vica.

—¡El fastidioso eres tú!

De esto generalmente nacía una pelea sana, que pronto nos hacía olvidar el motivo de la discusión. Nuestros padres no prestaban atención a esa extraña obsesión de Vica, aunque estoy convencido de que otro húsar parecido no la habría satisfecho: era mi húsar el que quería, porque su individualidad ejercía sobre ella un encanto mágico. Y un día, finalmente, el húsar fue suyo; y ese milagro ocurrió así:

Era el día de mi santo. Recibí un traje nuevo y un reloj de oro. Debo confesar que encontré defectos en ambos regalos: el reloj tenía el problema de no hacer tic-tac, y el traje tenía la falla de que saco, chaleco y pantalón venían en una sola pieza, mientras que yo consideraba la máxima elegancia poder quitarse el saco de vez en cuando.

En mi primera euforia de alegría corrí con el rostro radiante a la casa de mi abuela que vivía cerca, para que me admiraran como correspondía. Vica, por supuesto, venía conmigo. En el patio de la abuela había un gran gallinero, cuyo techo solía escalar para cantar un par de cocorocós. También lo hice entonces, y mientras, en mi entusiasmo festivo, agachado sobre el techo movía los brazos y silbaba con voz aguda, Vica abajo aplaudía con admiración. Pero nuestra alegría terminó pronto. Al bajar del gallinero, me enganché con un clavo y —¡Jesús, María!— en el codo del saco nuevo se abrió una rasgadura de tres dedos de ancho…

Quedamos destrozados. Yo rompí a llorar, mi hermana palideció del susto. La abuela, aunque nos preparó los dulces más ricos y la moneda de plata que se daba por el día del santo, ni siquiera fuimos a verla; nos fuimos a casa vagando con el corazón triste. Presentía que en casa me esperaba una terrible reprimenda. A Vica casi se le partía su buen corazón mientras caminaba a mi lado con pasitos cortos. De pronto me tomó del brazo.

—¿Sabes qué, Dudi? No llores, yo voy a coser el agujero…

—¿Tú sabes coser, Vica? —pregunté desconfiado.

—¿Yo? ¡Oh sí! Ya verás, lo voy a dejar tan bien cosido que nadie lo va a notar…

Lo dijo con tanta seguridad que yo también me animé. En casa me deslicé directamente al cobertizo de leña, y Vica anduvo merodeando la mesa de costura de mamá hasta que logró “tomar prestadas” las herramientas necesarias. Poco después llegó tras de mí con aguja, hilo, unas enormes tijeras de sastre y un dedal tan grande que le cabían tres dedos. Yo me recosté sobre una canasta. Vica se arrodilló a mi lado y comenzó a coser con cara muy seria, con puntadas grandes y torcidas, una arriba, otra abajo. Cuando terminó, ella misma miró su obra con desconfianza: el saco era azul oscuro y el hilo blanco. Pero con su ingenio resolvió también eso; trajo tinta y con la punta del dedo tiñó el hilo de negro con cuidado —y ahora de verdad ya no se notaba nada…

En mi alegría hice algo que pronto lamenté: le regalé a Vica el jinete de crin de caballo. Mi hermana apenas podía creerlo y casi palideció de tanta felicidad.

—¿De verdad me lo das, Dudi? —preguntó sin aliento.

—Te lo doy, Vica.

—¿Para siempre? —Para siempre, por toda la eternidad.

—Di: ¡por Dios verdadero!

—¡Por Dios verdadero!…

Vica tomó al húsar en su brazo y, con un grito de alegría, corrió al jardín.

Cuando por la noche me desvestían, Vica ya estaba arrodillada en su camita con barandales, y con el húsar bajo el brazo recitaba, con la cabeza somnolienta, la oración de la noche.

—¿Y esto qué es? —preguntó mi madre cuando, al desvestirme, la manga del saco de pronto crujió en mi codo… ¡Dios mío! ¡Vica había cosido mi saco a la camisa! Mi madre estaba enojada, pero también se reía; yo, en cambio, considerando el día de mi santo y mi estado de sueño, me salvé con un leve regaño.

Al día siguiente Vica ya jugaba desde temprano con el húsar, y a mí me consumía la envidia amarilla…

—Todo el trato no vale, porque Vica no cosió bien el saco, y no es cierto que nadie haya notado el agujero, porque mamá sí lo notó y me dieron un regaño, y el "por Dios verdadero" no cuenta, así que hay que devolver el húsar…

Así razonaba yo. De la argumentación nació una discusión, de la discusión una pelea, y al final Vica, con el rostro encendido de rabia, arrojó con orgullo el húsar a mis pies:

—¡Toma, quédatelo, ya no lo quiero!…

Yo ya lo esperaba, porque conocía el temperamento ardiente de mi hermana; también sabía que en el siguiente instante ya estaría arrepentida de su generosidad impulsiva, así que tomé mi botín y huí triunfante al jardín.

A partir de entonces vigilé mi tesoro con aún más celo. El valor que tenía para Vica lo hacía más precioso también para mí. Cuando iba a la escuela, lo escondía cuidadosamente, a veces debajo del barril de agua, otras bajo algún armario; y como noté que durante mi ausencia unas manitas misteriosas lo buscaban, le encontré escondite en el pajar donde Vica no podía alcanzarlo.

Cuando jugaba en el jardín con mi húsar, mi hermana lo observaba desde la cerca con una envidia triste en cada movimiento mío…

¡Pobre Vica! Toda su vida apenas se extendía una cuarta de tiempo, y sin embargo fue lo bastante larga para que su pequeño corazón ardiente sufriera todas las miserias del deseo que consume, la tristeza de la renuncia y el dolor del amor sin esperanza. Vica enfermó de pronto.

Confieso que la envidié sinceramente. No conocía estado más agradable que la enfermedad: te vendan la cabeza y el cuello, te acuestan en la cama, no tienes que ir a la escuela, te consienten tus padres, y si uno es lo bastante astuto para quejarse un poco de vez en cuando, recibe naranjas, dátiles y dulces.

A mí me mandaron con la abuela, y por supuesto el jinete de crin de caballo vino conmigo. Me sentía solo en casa de la abuela —quizá porque Vica no estaba, o quizá porque toda la casa estaba dominada por un ambiente grave, casi solemne.

La casa estaba justo detrás de la iglesia, cuyos dos enormes campanarios góticos se veían desde el patio; el sonido de las campanas hacía vibrar las ventanas durante el día. De las paredes del dormitorio nos miraban señores de levita y mirada severa, y damas de cuello largo entre flores pintadas.

Pero lo que más me interesaba era el viejo reloj del armario. ¡Qué reloj tan extraño! Bajo la carátula floreada, en lugar de péndulo había una mariposa dorada que se balanceaba, y entre dos columnas de alabastro había un jardín con un castillo barroco, una fuente, tulipanes de cera rojos y césped verde intenso. En el jardín había un caballero español con boina y guitarra, que miraba con nostalgia la ventana cerrada del castillo. Cuando el reloj daba la hora, la ventana ojival se abría y aparecía una diminuta damita que inclinaba la cabeza rígidamente. El caballero tocaba con fervor su laúd, la fuente giraba su chorro de vidrio, y del interior del reloj salía una melodía antigua, profundamente dulce. Yo miraba todo eso con el corazón acelerado y la respiración contenida, como un sueño encantado hecho realidad.

Pero ahora debo volver a hablar de Vica.

La abuela me dijo un día que nuestra pobre Vica estaba muy grave.

—¡Ah! —pensé—, entonces le dan muchísimos dulces.

Por la tarde llegó Borka, la sirvienta, diciendo que iba por medicina y que Vica pedía que le enviara mi húsar prestado, porque así se curaría de inmediato.

—¿Mi húsar? —balbuceé— ¿mi húsar? ¿dónde lo habré puesto…? ya lo buscaré…

No sé qué espíritu malo me poseyó. Entré corriendo, apreté el húsar contra mi pecho, salté la cerca y salí corriendo hacia el campo. Solo me sentí seguro cuando estuve solo en el sauce. Vagabundeé mucho tiempo junto al arroyo. ¡Oh, esa Vica! No le basta con no ir a la escuela, con recibir dulces, ¡ahora también quiere mi húsar!

Cuando anocheció, empecé a sentir miedo de la soledad; los viejos sauces podridos en la penumbra parecían figuras humanas saltando y sombras de monstruos amenazantes.

Cuando volví a casa jadeando con el húsar bajo el brazo, la abuela estaba sentada en silencio y tristeza en el patio. Me senté junto a ella. Sobre los macizos del jardín volaban murciélagos y polillas nocturnas.

La luna apareció entre los campanarios de la iglesia; las bóvedas góticas y las piedras talladas brillaban con una luz mágica. Cuando veía la iglesia bajo la luz de la luna, me invadía un deseo misterioso y romántico. En mi imaginación recorría ese bosque de piedra, donde habitan monstruos góticos y florecen flores de piedra bajo la luz lunar.

Cuando en el cuartel tocaron la llamada de retreta, una tristeza pesada me invadió. Tal vez sí debía haberle dado el húsar a Vica…

Esa noche tuve un sueño extraño. Caminaba por el jardín del reloj musical; sobre mi cabeza la mariposa dorada se balanceaba sin descanso, la fuente murmuraba, la música sonaba, pero quien tocaba el laúd era mi jinete de crin de caballo, y desde la ventana del castillo Vica me miraba asintiendo…

De pronto desperté en la cama; había luz de vela en la habitación.

—¡Abuela! —gemí.

—¿Qué pasa, hijo?

—El húsar… el húsar… hay que dárselo a Vica-cita…

La abuela me besó con ternura y, con un llanto contenido, dijo:

—Vica-cita se fue al cielo… se volvió un ángel…

Mis recuerdos se desvanecen aquí. Ya no puedo imaginar qué sentí o pensé entonces. Pero hay una imagen que permanece clara en mi mente, como si no hubiera sido hace veinte años sino ayer.

Volví a la casa de mis padres. Era una tarde calurosa de verano. El patio estaba lleno de desconocidos susurrando, que miraban curiosos un pequeño ataúd de metal frente a nosotros. El aroma de las flores de tilo se mezclaba con el olor de velas de cera y hojas marchitas. El sacerdote cantaba en voz baja; se oía el arrullo de las palomas en el techo. Yo miraba la cinta negra cosida a mi sombrero de paja, y lloraba porque mi madre también lloraba.

Mi madre estaba pálida como la muerte; de vez en cuando le escapaba un grito ahogado. Entonces apretaba convulsivamente mi mano, y yo sentía que el mundo entero iba a derrumbarse.

Tal vez habría sido mejor darle el húsar a Vica…

Al día siguiente, al sentarnos a la mesa, un lugar quedó vacío. Mi padre empujaba la sopa sin ganas, y mi madre miraba ese asiento vacío con los ojos húmedos.

—Pobre niña mía —dijo con voz temblorosa—, en su agonía ya ni me reconocía, solo hablaba de un húsar…

Solté la cuchara. Ahora entendía con claridad que habría sido mejor darle el jinete de crin de caballo a Vica-cita, y en mi alma empezó a surgir la oscura intuición de lo frágil que es la felicidad humana.

Veinte años después, el jinete de crin de caballo vuelve a aparecer ante mí, fiel incluso en la muerte de la pobre Vica. No pertenezco aún a quienes ya han hecho las paces con la vida, pero quizá daría todo lo que he logrado y lo que aún espero del futuro si pudiera volver a estar frente a Vica una vez más, entregarle el húsar y decirle:

—Toma, Vica-cita, palomita de maíz… toma, por Dios verdadero, de verdad te doy el jinete de crin de caballo.